



**EL VIENTRE
DE ALQUILER**

del Multimillonario

Irlandés

CIARA COLE

Tabla de Contenido

[El Ventre de Alquiler del Multimillonario Irlandés](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[OTRA HISTORIA QUE TE PUEDE GUSTAR](#)

[La Novia Raptada del Príncipe Rico](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Quatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

El Vientre de Alquiler del Multimillonario Irlandés

Por Ciara Cole

Todos los Derechos Reservados. Copyright 2016-2017 Ciara Cole.

[¡HAZ CLIC AQUÍ](#)

**para suscribirte a mi boletín de noticias y recibir actualizaciones
EXCLUSIVAS sobre ofertas, anticipos y novedades!**

Capítulo Uno

Era el mayor paso que había dado Logan en sus treinta y pocos años de vida. Por lo que no era de extrañar que, a pesar de toda la investigación que requería, adoptara un enfoque bastante práctico. No quería dejar ningún cabo suelto en todo lo relacionado con su decisión de convertirse en padre.

Cientos de mujeres habían contestado al anuncio y, después de varias semanas de criba, su equipo había elaborado una lista de las 10 mejores candidatas. Todas las mujeres tenían sus encantos y sus virtudes. Sin embargo, para Logan, la mayoría de ellas parecían hermosas muñecas de plástico a tamaño real – rubias o morenas, de largas piernas y, algunas, atributos quirúrgicamente realzados. Pero una destacaba de una forma que Logan no sabía definir.

¿Tendría que ver con lo *sana* que parecía su aura? Se acarició el labio superior mientras observaba las fotos y los vídeos de la candidata llamada *Cara*. Era una de mujeres que habían llegado al top ten.

Y la única de aspecto natural, sin maquillaje, aires refinados ni ostentosos ropajes. No parecía que le preocupara mucho ser sofisticada.

Tenía la piel bronceada, ojos castaños y hoyuelos. Era perfecta.

Dos semanas antes de aquello, Cara estaba en un café mirando el tablón de anuncios. La noche anterior había dormido en el autobús, preocupada por cuánto le iba a durar el dinero. Necesitaba trabajo y un sitio para dormir - poco se imaginaba lo fácil que se lo iba a poner el destino.

Uno de los anuncios captó su interés: *Se busca aspirante a actriz. Edad 25-28 años, sana, que no consuma drogas ni alcohol. Dispuesta a hacer escenas peligrosas. Que pueda comprometerse a una producción de un año de duración. Discreción absoluta. Enviar email para recibir instrucciones.*

Cara no sabía nada sobre actuar. Su principal talento era la pintura, y llevaba consigo unos cuantos cuadros que esperaba vender, pero sin un lugar en el que trabajar, no podría producir más. Por eso

necesitaba saber más sobre aquel enigmático anuncio; era su única esperanza.

Aquel mismo día respondió y fue invitada a una mansión que parecía sacada de una película. Era alucinante. Cara perdió la cuenta de las mujeres que entraron mientras esperaba en un enorme vestíbulo. Había cámaras por todas partes, y la gente que parecía estar a cargo iba vestida con un máximo de elegancia corporativa. Cara observó a las otras candidatas, pero ninguna parecía interesada en hablar con ella - tal vez porque tenía pinta de vagabunda y ellas parecían recién salidas de una sesión fotográfica.

Había estado huyendo durante el último mes, por lo que apenas se había preocupado de su apariencia. Pero deseaba poder contar al menos con el beneficio de un brillo de labios o incluso un poco de talco.

Cara suspiró y se encogió de hombros. No tenía expectativa alguna, pero se sintió animada observando toda aquella actividad a su alrededor. ¿Sería algún tipo de reality show? La impresionante casa, las cámaras y los ocupados asistentes pululando por todas partes - y, por supuesto, las hermosas mujeres que esperaban su turno. Cara había visto bastante televisión como para poder alimentar su imaginación, y se preguntó si sería uno de esos programas cursis en los que un famoso buscaba novia.

Sofocó una risa ante aquella idea. Sí, claro. En ese caso ya se podía ir marchando porque nadie la iba a elegir para algo así.

Pero quizás estaba de suerte.

Cuando llegó, le habían pedido que rellenara un formulario, y pronto escuchó su nombre. Cuando, cinco minutos más tarde, salió, lucía una enorme sonrisa en el rostro. ¡La habían elegido! Bueno, había sido preseleccionada. Y en aquellos momentos, una sonriente azafata la acompañaba a lo que iba a ser su habitación.

-La prueba de selección es continua, por lo que necesitamos que esté aquí durante los próximos días, para hacer ensayos y otras comprobaciones - explicó la simpática ayudante, que se presentó como Jessie. Jessie acompañó a Cara al ascensor y subieron al tercer piso.

-Se alojará en este piso con las otras veinticuatro candidatas. Va a compartir la habitación con otras dos mujeres, ¿tiene algún inconveniente?

Cara parpadeó. -Oh, no, ninguno. ¿Ha dicho que me alojaré aquí durante los próximos días?

-Puede que hasta una semana, con todos los gastos pagados, por supuesto- añadió Jessie, sonriendo.

Cara tuvo que sofocar un grito. Aquello tenía que ser un sueño; se pellizcó para asegurarse. Ay. No, no estaba soñando.

Sólo tenía que averiguar de qué iba todo aquello y hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Trató de preguntar tentativamente a Jessie por todo aquel misterio.

-No se preocupe, si llega al final, se le proporcionarán todos los detalles. Hasta entonces, la mayor parte de la información se mantendrá en secreto para garantizar una mayor privacidad. Espero que lo entienda.

Sonaba un poco raro, pero no estaba en condiciones de ser quisquillosa.

Y, sin embargo, ni en sus sueños más salvajes se habría imaginado en lo que se acababa de meter. En dos semanas, no sólo formaría parte del top ten, sino que llegaría a ser la elegida de entre todas aquellas preciosas y atractivas mujeres.

¿Quién lo hubiera pensado? Aún no podía creer que no se tratara de una broma, ni siquiera cuando voló en primera clase para conocer a su *jefe*. Una limusina le esperaba en el aeropuerto y, cuando llegaron a una immaculada finca bordeada de árboles y césped con una preciosa mansión en medio, estaba completamente alucinada.

Vaya, *otra* mansión. Qué bonito. Necesitaba un lugar seguro para que no la encontrara el chiflado de su ex novio, y no podía haber escogido un sitio mejor, pensó. Pero, ¿cómo podía saberse segura si aún no sabía lo que le esperaba?

No sabía por qué había sido elegida. Había visto el tipo de mujeres que se presentaron para el mismo puesto, y ella no podía competir con ninguna. Entonces, ¿por qué estaba allí? ¿Por qué ella?

Pronto tendría la oportunidad de formular esa misma pregunta al hombre responsable de todo aquello, cuando lo viera cara a cara unos minutos después de su llegada. La condujeron a una oficina tipo biblioteca señorial. Detrás de un enorme escritorio se encontraba una figura que se puso en pie cuando ella entró acompañada de un silencioso secretario. Para entonces, Cara se sentía muy lejos de estar tranquila, pero al mirar al hombre que tenía enfrente, olvidó sus nervios. Parpadeó varias veces para

asegurarse de lo que estaba viendo. *Guau*. ¿Quién demonios era aquel hombre?

Era guapísimo. De aproximadamente un metro ochenta, hombros anchos y un cuerpo compacto que quedaba muy bien enfundado en su impecable traje a medida. Ojos verdes, cabello castaño claro, y una atractiva barba que decoraba su admirable mentón. Parecía una estrella de cine, con un toque rústico en los pómulos y barbilla. Sus labios, sin embargo, sólo podían calificarse de *exuberantes*. Cara se quedó mirando y sintió los primeros indicios de atracción física desde hacía un par de años. Ni siquiera la reciente historia con su ex le había provocado tantas mariposas en el estómago.

Él se presentó y le preguntó si estaba lista para escuchar su proposición.

Cara pensó que no le importaba escuchar cualquier cosa que saliese de aquella sensual boca, y menos con aquel seductor acento irlandés. Le pilló por sorpresa, pero sólo se sumó al misterio que constituía aquel hombre. Quién era y qué hacía allí en aquella apartada mansión. Y qué demonios quería con alguien como ella.

-Bueno, veamos de qué se trata- dijo despreocupadamente, acomodándose en la silla más cercana.

-Me puedes llamar Logan.

Ella asintió. -De acuerdo, Logan. -¿Qué truco hay? Sé que no tiene nada que ver con el cine. No he hecho ninguna prueba de actuación, pero me han sometido a todo tipo de exámenes médicos y me han preguntado por mis antecedentes. ¿De qué se trata? Teniendo en cuenta que aún no he firmado nada...

Él dejó que continuara con su cháchara y, cuando estuvo seguro de que se había quedado sin cuerda y le dejaría hablar, hizo una pausa para crear efecto. Y a continuación dijo: -Necesito un vientre de alquiler para que tenga a mi hijo.

Era lo último que esperaba Cara.

-Sabes lo que es un vientre de alquiler, ¿verdad?- preguntó Logan cuando ella lo miró con la boca abierta.

-Claro que sí- respondió, intentando recuperarse del shock. Volvía a estar nerviosa y comenzó a agitarse en su asiento. No podía creer que hubiese viajado tan lejos para aquella broma.

-Si se trata de eso, creo que ambos hemos malgastando el tiempo- dijo Cara con tanta tranquilidad

como pudo, deseando salir corriendo de aquella estancia y de la casa. ¡Tenía que estar loco!

Poseía un aire tosco, como una especie de Jason Statham pero más joven y sexy, aunque si debía ser sincera, no parecía que estuviera loco.

-¿Por qué no me dejas explicártelo todo y luego decides?- preguntó Logan, sentándose en un elegante sillón a la izquierda de Cara.

Ella se estremeció, apretó los puños y relajó las rodillas, obligándose a actuar de forma razonable. Forzando una risa, dijo: -Estoy tratando de decidir si realmente tengo curiosidad para oírlo.

-Entonces, permíteme que despierte tu interés: un año, dos millones de dólares, tres reglas.

Cara se quedó prendada de su acento y de la forma en que sus palabras consiguieron despertar su curiosidad. -Te escucho- añadió, con un nudo en la garganta.

-Durante un año, vivirás en mi casa, con todos los gastos pagados más una prestación hasta que nazca el bebé. Al final de ese año, recibirás dos millones de dólares. A cambio de todo eso, deberás acatar tres estipulaciones: abstenerte de alcohol y drogas, someterte a una adecuada atención médica y personal durante todo el embarazo, y mantener el acuerdo en absoluta confidencialidad, sin excepciones.

Cara lo miraba fijamente y sin pestañear, pero él no parecía sentirse molesto por aquel escrutinio, ni por su siguiente pregunta. -¿Hay alguna razón especial por la que deseas hacer esto? y ¿por qué me has elegido a mí?

-¿Por qué lo hago?- Una pequeña sonrisa apareció en sus labios - por primera vez. -Porque me gusta tener el control.

Cara se lo había imaginado. Aquel hombre transmitía un aire de seguridad y daba la sensación de estar acostumbrado a salirse con la suya. Pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

-Estoy en una etapa de mi vida en la que quiero planear mi futuro, y eso incluye un heredero. Nunca he mantenido una relación romántica a largo plazo y, en cuanto al matrimonio, digamos que no soy fan de esa institución. Me resulta difícil relacionarme con mujeres en general, y he decidido que un vientre de alquiler se ajusta perfectamente a mis necesidades.

Se levantó de forma súbita y sus ropajes parecieron moverse con él, como si estuviesen fusionados a su fortaleza. Se paseó por el elegante suelo de madera sin apartar ni un momento los ojos de Cara.

-Y en cuanto a tu segunda pregunta, ¿por qué te escogí a ti, Cara Stiles? ¿Por qué crees que lo hice?

Ella se encogió de hombros. -No tengo ni idea.

-Tengo un buen presentimiento, y siempre me dejo guiar por mis instintos.

Cara le creyó, podía percibir algo primitivo en él a un nivel subliminal. Ella provenía de una familia de clase media, pero nunca se habían llevado bien; era demasiado inconformista. Su temperamento artístico contrastaba con su desbordante energía, por lo que tenía que estar constantemente haciendo algo. Si se veía obligada a sentarse durante un momento, se inquietaba y movía nerviosamente.

Había intentado sobrevivir con su arte sin demasiada suerte, y acababa de salir de una relación abusiva. Su ex la estaba acosando, por lo que había huido en busca de un sitio en el que esconderse una temporada, hasta que él pasara página.

Cara no podía decirle a su familia dónde se encontraba en ningún momento, porque su ex sabía exactamente cómo sacarles información. Pero, ¿era aquello suficiente para aceptar lo que le proponía aquel apuesto desconocido?

-Parece que sabes mucho de mí y yo no te conozco de nada. ¿Quién eres?- preguntó, frunciendo el ceño.

-Sé lo bastante de ti como para saber que eres la candidata adecuada- dijo Logan. -Pero si hay algo que se me haya escapado, cualquier cosa, me lo contarás, ¿verdad? porque no me gustan los secretos, Cara.

Al escuchar su nombre de su boca, sintió una extraña y placentera sensación de hormigueo en la columna vertebral. Cara ocultó un escalofrío e inhaló profundamente. Aquel ricachón no tenía ni idea de que estaba huyendo de su abusivo novio, y que por eso no tenía ni casa ni dinero. Pero, por alguna razón, no estaba dispuesta a revelarlo. Además, ni siquiera estaba segura de acceder a nada.

-No he hecho nada de lo que me avergüence- dijo honestamente. -No te preocupes.

-Tú tampoco tienes que preocuparte por mí- fue su inesperada respuesta. -Puedes averiguar casi todo sobre mí en internet.

-¿Eres famoso?

-Soy rico- respondió Logan en tono seco. -Muy rico. Uno de los cinco CEOs irlandeses más ricos

del país. Mi empresa de software, que fundé cuando tenía veinticinco años, vale miles de millones. Un observador diría que soy excéntrico por elegir esta opción para conseguir un heredero, pero cuando me conozcas mejor, entenderás que es la alternativa más razonable. Mi bebé, mis términos. Tú sólo tendrás que someterte a los procedimientos necesarios y asegurarte de estar sana durante nueve meses una vez que concibas. Después, serás libre para seguir con tu vida, y yo tendré a mi heredero.

-Claro y simple- murmuró Cara. Su mente rebotaba como una pelota de ping-pong. -Tengo que pensarlo. Pasar de nueve meses a un año atada con un embarazo, no es ninguna broma. Tanto mi cuerpo como mi mente sufrirán un montón de cambios. Como seguramente sabrás, nunca he estado embarazada. No sé lo que es ser madre.

-No tendrás que preocuparte por la responsabilidad. Una vez que nazca el bebé, no será problema tuyo. Yo me encargaré de todo.

Cara se mordió el labio y observó su intensa y verde mirada. Había algo auténtico en él, en aquellas delicadas líneas de su preciosa piel bronceada, alrededor de labios y ojos. Era sumamente apuesto, enormemente rico y rebosaba atractivo y presencia. Podía tener a cualquier mujer que quisiera rogándole ser la madre de sus hijos. Y sin embargo había escogido aquel insólito pero privado método con el que la igualmente poco convencional Cara se sentía identificada.

-Necesito tiempo para pensarlo- repitió.

-Tienes tres días- dijo él bruscamente, dirigiéndose hacia la puerta y abriéndola. -Estaré fuera por negocios. Cuando regrese, me darás tu respuesta o pasaré a la siguiente candidata. Una vez que me decido a hacer algo, no me gusta perder el tiempo. Puedes quedarte aquí mientras consideras mi propuesta. Mi ayudante Meg se encargará de que tengas todo lo que necesites.

Y, como por arte de magia, la propia Meg apareció. Cara se levantó de su asiento con las rodillas temblorosas y logró caminar hasta la puerta. Apenas miró a Logan, dudando poder aguantar una mirada tan de cerca de aquel magnético hombre. No entendía por qué le hacía sentir de aquella forma, y lo atribuyó a una simple reacción macho-hembra. No sabía si él sentía lo mismo, sólo sabía que aquel tren de pensamiento era peligroso.

Capítulo Dos

¿Cómo le pasaba algo así a una chica de una pequeña ciudad de Georgia? Cara se haría aquella pregunta una y otra vez durante los siguientes días.

Tenía veinticinco años, y había sido sumamente tímida. Se ruborizaba cuando alguien le hacía algún cumplido, cosa que le daba mucha vergüenza. Cuando se mudó de su ciudad natal a la capital, que era 50 veces más grande, se sintió aterrorizada. Había sido muy fácil rendirse ante los avances del encantador Jude, su ex novio, con el que llegó a tener una relación de cuatro años antes de romper con él un mes atrás.

Era el único amante que había tenido, y no había disfrutado del sexo con él. Nunca se esforzaba por complacerla, y a veces le hacía daño, mucho daño. Cara había aguantado todo aquello además del abuso físico que había comenzado hacía un año, hasta que decidió que había llegado el momento de dejarle.

Se trasladó de la cama del espacioso cuarto de huéspedes al espejo y contempló su figura de 1,70 metros, con sus colmados senos y cóncavo estómago. Sus caderas tenían un tamaño generoso y se adaptaban perfectamente a su vaqueros. Se imaginó el aspecto que tendría embarazada y gimoteó, poniéndose de lado para ver su trasero y sus un tanto gruesas pantorrillas. Sabía exactamente donde iba a ir a parar todo el peso del embarazo.

De repente, Cara se dio cuenta de lo que estaba pensando. ¿Iba a hacerlo? Parecía un buen arreglo - vivir gratis durante un año en aquella maravillosa mansión - y lo único que tenía que hacer era llevar en el vientre al vástago de aquel irlandés. Si a él le parecía bien, a ella también. Nunca se había imaginado que gestaría el bebé de un misterioso millonario. Desde que lo conoció, pasó varias horas al día buscando información en internet sobre Logan Shane.

No tenía un pasado impoluto. Había acertado en que poseía un aire de hombre duro debajo de su pulido exterior. Aquellos ojos verdes albergaban tanto misterio y peligro que no había duda alguna de que era problemático.

Según su perfil, publicado en unas cuantas revistas masculinas, e incluso en algunas de las principales publicaciones de moda, era un ejemplo perfecto de hombre que se ha hecho a sí mismo. Estaba metido en todo negocio importante de software, desde videojuegos de alta gama a aplicaciones de tecnología avanzada.

Cara suspiró y se desnudó lentamente y, con el mismo ritmo, se dirigió al elegante cuarto de baño. Había preparado un baño de burbujas, y se sumergió en él con un suave gemido. Cómo había echado de menos el lujo de un baño o ducha caliente. Se estaba asegurando de disfrutar de al menos uno al día desde que estaba allí. En la mansión había tres empleados para atender a Cara: una cocinera, una ama de llaves y un mayordomo, que al igual que la eficiente Meg, sabían mantenerse fuera de su vista y aparecer justo en el momento en el que los necesitaba. Si Cara decidía quedarse y llevar a cabo la gestación subrogada, haría lo que estuviese en su mano para cambiar el ambiente de la vivienda. No le gustaba el silencio, le hacía sentir hipersensible.

No, a Cara no le gustaba ni el silencio ni la inactividad. Florecía en una atmósfera activa, y sólo con pensar en estar allí encerrada, incluso con todas aquellas comodidades, se ponía de los nervios. Pero el dinero era demasiado bueno para dejarlo pasar. Tendría que vender muchísimos cuadros para tener una ínfima parte de aquella suma.

Se había informado sobre lo que implicaba la subrogación, tanto legal como subjetivamente. Parecía que tanto famosos como gente corriente utilizaban vientres de alquiler todo el rato, sobre todo cuando tenían problemas de fertilidad. Una imagen del viril Logan Shane acudió a su mente, y Cara dudó que aquel hombre tuviera dificultades para procrear. Seguramente era lo que le había dicho y estaba haciendo las cosas de aquella manera para evitar tener que cargar con una novia o esposa.

También se preguntó brevemente si sería gay, pero lo descartó enseguida. No sabía por qué estaba tan segura, pero algo le decía que el señor Shane tenía gustos de hetero. Tenía esa mirada que hacía que se deshiciera por dentro. Ni por un segundo se imaginó que le interesara de forma sexual o física, pero no cabía duda de que era muy consciente de sus encantos. Cara era lo bastante engreída para saber que le había gustado lo que vio.

Era bueno saber que no habría necesidad de tener contacto físico. Cualquier fertilización necesaria

tendría lugar en una clínica especializada, gracias a Dios, porque Cara tenía intención de mantenerse lejos de todo hombre durante tanto tiempo como le fuera posible. Cuatro años atrapada en una relación estancada le habían enseñado un par de cosas, como que estar con un hombre no era la solución a sus problemas.

Tal vez aquel paréntesis del embarazo era justo lo que necesitaba para evitar pensar en idilios o en nuevas relaciones. Considerar un embarazo como una distracción necesaria parecía un poco indecoroso, pero Cara estaba siendo objetiva. Aquella gestación subrogada podría ser exactamente lo que necesitaba en ese momento de su vida. Entonces, ¿qué iba a decidir?

Cara fue conducida al íntimo y sumamente elegante comedor donde Logan la estaba esperando.

Desde que se enteró de que había regresado y que cenaría con él, estaba con el alma en vilo. Se sorprendió cuando su ayudante apareció en la habitación unas horas antes para entregarle ropa. Cara reconoció que entre su escaso vestuario no había nada elegante para una cena de postín con un millonario, y le conmovió lo considerado que podía llegar a ser Logan.

Aunque ni por un momento se le ocurrió pensar que era un santo. Tenía toda la pinta de ser un *chico malo*, y Cara sabía de sobra que no debía hacerse ilusiones en cuanto a la clase de hombre que era. Sólo por querer un bebé no dejaba de ser el despiadado magnate que todos conocían.

Pero cuando entró al comedor y lo vio, sintió una extraña sacudida en el estómago. Logan la miró, y sus ojos verdes parecieron estrecharse y resplandecer. Algo ocurrió entre ambos, trocando tiempo y espacio, y Cara sintió que temblaban los cimientos... trasladándola a una época antigua en la que los hombres veían a las mujeres como trofeos esperando a ser reclamados y a ser lanzadas sobre sus hombros.

Por una fracción de segundo, se imaginó cómo sería ser *reclamada* por un hombre como Logan Shane; ser poseída por él. Se quedó sin aliento. De entre todas las tonterías que había pensado desde que se conocieron, aquella era la más peligrosa e indecente.

De delicado rostro ovalado, figura esbelta y voluptuosa, y cabello castaño recogido... la

acompañante de Logan vestía un bonito y femenino vestido beige con falda con vuelo por encima de la rodilla. *Preciosa.*

Logan no esperaba que le gustara tanto con él puesto, complacido de haberlo elegido. Aunque no podía decir que era un experto en mujeres, sabía alguna que otra cosa, y para él, Cara le hacía justicia al conjunto. Le hizo recordar lo bella que era incluso cuando no se esforzaba. ¿Por qué encontraba aquello tan atractivo?

Eh, tío, para un poco, pensó Logan. Se levantó cuando Cara llegó a la mesa y la ayudó galantemente con la silla. -Estás muy guapa- dijo, y le pareció que ella se estremecía. ¿Era el vestido demasiado liviano? ¿Tendría frío? Había elegido el comedor pequeño en vez de una de las numerosas y elegantes salas, pensando que estaría más cómoda.

-¿Va todo bien?- le preguntó, sosteniendo su mirada mientras ella tomaba asiento. Cara sonrió de repente, y aquella deslumbrante blancura en contraste con su tez bronceada, junto a la forma en que sus hermosos ojos color avellana se iluminaron, hizo que Logan volviera a sorprenderse a sí mismo pensando en lo atractiva que era. Nunca había conocido a nadie como Cara.

-Un poco nerviosa- contestó ella con aquella cándida sonrisa, haciendo que Logan sintiera ganas de sonreír también.

-No estés nerviosa. Gina es una extraordinaria cocinera; de hecho, es una famosa chef personal- explicó Logan, que se sorprendió a sí mismo bromeando y haciendo ver como si Cara estuviera preocupada por la comida. Sabía que no era así, y que tenía que ver con su decisión respecto a la subrogación. Logan ansiaba saber su respuesta, pero antes quería tranquilizarla. -Relájate- añadió. -Disfruta de la comida. Los negocios y todo lo demás, vendrán después.

-De acuerdo- dijo Cara, que encontró gracioso que Logan pensara que estaba nerviosa por el tema de la subrogación. ¿No sabía que provocaba un efecto de lo más intenso en las mujeres? ¿Y que posiblemente las dejaba sin aliento y acarameladas como le estaba pasando a ella en aquel momento?

Era la forma en que su ágil y prominente figura de anchos hombros se veía con aquel traje, y el impecable aspecto de su camisa y corbata. El brillo de una piel acariciada por el sol y su magnífica barba, hicieron que Cara deseara deslizar los dedos por su rostro.

Sabía que no debía tener pensamientos sexuales sobre Logan. Nunca podría haber nada entre ellos, sobre todo si decidía ser su vientre de alquiler. Esperaba que fuera una fase pasajera, y que si aceptaba su proposición se sentiría cómoda con la idea de gestar a su hijo y se centraría solamente en eso.

La cena fue una delicia. Cara disfrutó de cada bocado de la mejor cocina que había probado jamás. Logan le informó de que Gina siempre estaba disponible para preparar sus comidas cuando estaba en casa, pero si Cara decidía quedarse y tener el bebé, la contrataría a tiempo completo.

-Si como así todos los días, me pondría gordísima- bromeó Cara, riendo. -Sería imposible decir que no.

-Algo me dice que en lo que respecta a tu salud y la del bebé, evitarás cualquier exceso- comentó Logan de forma perspicaz.

-Tienes razón. Puede que sea una atolondrada par algunas cosas, pero nunca haría algo que pusiera en peligro mi salud o la de un bebé no nato.

En aquel momento se encontraban en el salón, tras acabar de cenar. Cara caminaba delante de Logan, pero se dio la vuelta para hablar con él.

-He tomado una decisión. Lo haré.

El corazón de Logan se detuvo por un instante, y asintió con la cabeza. -Me alegro. Una vez que me encargue de los aspectos jurídicos con respecto al tiempo, la remuneración y otras cláusulas, podremos empezar con la parte médica del asunto. Esperemos que no tardes demasiado a concebir, de hecho, me aseguraré personalmente de que se invierta el máximo esfuerzo y se utilicen las mejores técnicas para que así sea.

-Sólo lo mejor para el heredero Shane, ¿eh?- dijo ella con una sonrisa. -Nunca he estado tan poco segura de algo en toda mi vida. Pero he accedido. Aún no me lo creo.

-Ni yo- respondió él. -Deseo esto con todas mis fuerzas. He pensado mucho sobre la mejor forma de hacerlo, y ahora que he encontrado a la madre de alquiler perfecta, me preocupaban ciertas cosas. Como si lo llevarás a cabo o no, si eres capaz de seguir normas, si el procedimiento tendrá éxito... pero ahora me doy cuenta de que lo más importante de todo el proceso es cómo te sientes tú.

La observó con su penetrante mirada y Cara no pudo apartar la vista. Se sentía como si pudiese ver

a través de ella, sus más profundos temores y obsesiones.

-Puedo llevar a cabo todas las investigaciones necesarias y ponerme al día. No puede ser tan difícil, ¿verdad?- dijo Cara con una sonrisa. -Pero hay una parte de mí que sabe que no soy sofisticada, y que puedo sentirme explotada y salir herida.

-Todo está en el aire para mí también- dijo Logan, sin apartar los ojos de ella. -Y no me refiero a todo el tiempo y esfuerzo invertidos en el proceso de selección que te trajo a California. Es un estado tolerante con la gestación subrogada, una de las razones por las que elegí una casa aquí. De eso hace ya seis meses, así que, como ves, llevo un tiempo invirtiendo en todo esto. Pensé en usar una agencia, ya que ofrecen una experiencia mucho más regulada, pero en el fondo supe que cuando encontrara a una mujer en la que poder confiar, no tendría ningún problema.

En aquel momento Cara quedó convencida de que, efectivamente, Logan confiaba en ella... sabía que no era una estafadora que le iba a hacer perder el tiempo. Si algo salía mal, ¿qué recursos legales tenían? Algunos estados ni siquiera reconocían los contratos de subrogación gestacional, o no los contemplaban en absoluto, como Cara había averiguado durante su investigación.

-Poco a poco, Cara- dijo Logan, con una de sus escasas sonrisas socarronas.

-Estoy dispuesta a tomarme las cosas con calma por el bebé. Me aseguraré de que estemos en sintonía en todo momento y, si alguna vez te sientes incómodo, lo hablamos y lo solucionamos juntos.

Logan tomó su mano, y a Cara le sorprendió tanto aquel gesto que se quedó mirándolo fijamente, los marcados pómulos y el intenso verde bosque de sus ojos. -Estoy trabajando con el mejor de los médicos; se ha encargado de un montón de subrogaciones gestadas. Sé que es tu primera vez como madre de alquiler, y como madre a secas, pero, si te aseguro que hasta el más mínimo detalle será tratado con minucioso cuidado, ¿te sientes un poco más tranquila?

Cara reflexionó un momento. Había tomado muchas decisiones malas en su vida. Pero, al ver lo importante que era aquella subrogación para Logan, cuánto la deseaba, pensó que tal vez, y sin que sirviera de precedente, podría mejorar la vida de alguien.

Desde el momento en que Logan le informó de sus intenciones, supo que no basaría su decisión en la generosa compensación de dos millones de dólares. Aquel hombre le había proporcionado algo en lo

que crear, aparte de su amor por el arte. En el transcurso de aquella aventura, ¿podría encontrar por fin su lugar? Llevaba tiempo preguntándose dónde encajaba en el orden superior de las cosas.

Y no lo sabría a no ser que lo intentara.

Capítulo Tres

Logan no estaba bromeando cuando le dijo que contaría con todo un equipo de expertos una vez que empezara el proceso. Cara se asombró de la rapidez con la que, una vez que se redactaron los documentos y comprobaron que eran compatibles, se encontraron en la fase de pruebas médicas. Si las superaba, después vendría la inseminación artificial.

Había momentos en los que se cuestionaba su decisión, pero en general tenía una actitud optimista de que aquello era algo que iba a finalizar pasara lo que pasase.

Se sintió un poco aliviada al enterarse de que pasaría algún tiempo antes de que tuviese lugar la inseminación, ya que era primordial esperar al momento adecuado. Aunque ya se había mudado de forma oficial a la casa de Logan y firmado el contrato, prefería adentrarse poco a poco en el procedimiento de la subrogación. Porque, una vez que ocurriera y se quedara embarazada, no habría marcha atrás.

Todo aquel tiempo de espera significaba que Cara y Logan estaban un poco perdidos en cuanto a cómo relacionarse entre ellos. La mansión era tipo rancho, con acres de terreno y sus propios establos, zona arbolada e incluso lago, por lo que había un montón de actividades al aire libre, como senderismo y equitación, para mantener a Cara ocupada.

Pero primero, reclamó una de las innumerables habitaciones del edificio como estudio de arte. Estaba deseando coger de nuevo sus pinturas y pinceles. Sentía como si sus manos tuvieran algo que decir y necesitaba una vía de escape para los desordenados pensamientos de su mente.

Y lo mejor de todo, ahora que estaba lejos de la influencia negativa de su ex, se sentía libre por primera vez en muchos meses. *Ahora ya puedo respirar*, pensó con una sonrisa.

Logan se paseaba por la oficina mientras dictaba un documento a su ayudante. Había decidido trabajar desde casa, lo que no suponía ningún problema, dado que su empresa se dirigía prácticamente sola y él podía controlar los asuntos más importantes desde cualquier ubicación.

Al pasar junto a la ventana, volvió sobre sus pasos repentinamente tras notar un movimiento fuera. Se quedó allí plantado, admirando la imagen de Cara galopando alrededor del mozo de cuadra que la observaba dando instrucciones.

Incluso desde aquella distancia, podía percibir su bonita risa y su sonrisa encantadora. Logan suspiró. *Qué inquieta era.* Ese día, estaba montando a caballo, el día anterior la había encontrado en la cocina hablando a grito pelado con Gina, que le explicaba una nueva receta.

Logan sacudió la cabeza sin percatarse de que sus reflexiones internas habían despertado la curiosidad de su ayudante, que se acercó a él y miró por encima de su hombro.

-Todavía no entiendo por qué la has escogido- dijo Meg en tono ligero.

Logan resopló y se apartó de la ventana, volviendo a su escritorio. -¿Y por qué *no*?

Meg resistió la tentación de poner los ojos en blanco. A Logan le encantaba responder con otra pregunta. -Creo que sois... diferentes. Ella es tan... tan...- Meg se puso a gesticular con las manos y, en aquel momento, se escuchó un grito de alegría que resonó por toda la estancia, seguido de la inconfundible risa de Cara.

-*Eso*- concluyó Meg, apuntando con el pulgar en dirección a la ventana. -Chillona, descontrolada y todo lo que se considera como inestable o fuera de control.

-A mí me parece un desafío- dijo Logan en un tono de voz tan bajo que Meg apenas le oyó.

-¿Qué?- exclamó Meg sin poder creerlo. -¿La consideras un desafío?

-Toda la experiencia es un desafío. Sí, Cara Stiles es indisciplinada. No parece estarse quieta. Pensaba que iba a estar ocupada yendo de compras, almorzando o relajándose en un spa, y manteniéndose fuera de mi vista, pero en su lugar está siendo un torbellino dentro de la casa. Y de repente me acuerdo de que Cara no es como la mayoría de las mujeres, y que esa es una de las razones por las que la elegí.

-Logan, no estoy criticando tu elección- dijo Meg en tono neutro. Conocía a su jefe prácticamente desde que fundó la compañía - llevaba trabajando para él ocho años, y era una de las pocas personas con las que se permitía algo de intimidad. Lo conocía muy bien y, sin embargo, por primera vez no era capaz de adivinar qué le pasaba por la cabeza.

Cuando decidió contratar un vientre de alquiler, le rogó que utilizara una agencia, que mantuviera

algún tipo de estructura, pero en lugar de ello, Logan publicó aquellos anuncios que atrajeron a todo tipo de mujeres que ni siquiera iban a conocer todos los detalles hasta el último momento.

-Entonces, ¿qué quieres decir? ¿Por qué la cuestionas si sabes cuánto tiempo llevo planeando y deseando esto?- preguntó Logan.

Meg suspiró profundamente. -Necesito saber que no se trata de caridad. Había mujeres mejor calificadas y más adecuadas, pero tu complejo de salvador te ha hecho elegir a la que te parece que necesita mejorar su situación.

-¿Y si se trata de que sé que está en el momento adecuado de su vida para poder enfrentarse a todo esto? ¿Qué dices a eso? No sé exactamente por qué estaba de paso, desempleada y, posiblemente, sin recursos, a juzgar por las pocas pertenencias que ha traído consigo, pero, sí, quizás pensé que si tuviera que elegir a alguien, mejor a una persona que también se fuera a beneficiar de la experiencia - y que no aceptara sólo por el dinero.

-¿Y qué más te da? Es un acuerdo comercial. ¿O no?

Logan no quiso pensar demasiado antes de espetar: -Por supuesto que lo es. Cara es una mujer muy hermosa, y no voy a fingir que estoy ciego, pero se trata exclusivamente de un negocio. No la veo como una mujer, sino como un vientre de alquiler.

-Tienes razón- acordó Meg con una alegre carcajada, antes de ponerse seria y dedicarle a su jefe una mirada firme. -¿En qué estaría pensando?

-Sea lo que fuera, sácatelo de la cabeza de inmediato. Cara tiene una función muy importante que desempeñar, y como futuro padre voy a ofrecerle todo el apoyo que necesite. Quiero tener familia y, aunque sólo voy a ser yo haciéndome cargo, es algo para lo que estoy preparado.

Meg se detuvo a tiempo de decirle que no estaba sólo. La tenía a ella - si pudiese reconocer que era algo más que su ayudante personal... Durante mucho tiempo había mantenido sus sentimientos bajo control. Logan tenía amantes y aventuras, pero nunca nadie le había robado el corazón. Meg esperaba pacientemente su oportunidad, aunque sabía que era casi imposible que Logan se enamorara de alguien, y mucho menos de ella. Pero había algo en todo aquel asunto con Cara que la hacía sospechar. Los había estado observando continuamente, para asegurarse de que no surgiera nada entre ellos.

De pronto, miró por la ventana y vio a Cara aterrizando sobre su trasero tras bajarse del caballo. Su torpeza la hizo estallar en carcajadas, e incluso el personal del establo se reía con ganas, y Meg sonrió maliciosamente, preguntándose por qué había considerado a Cara una amenaza. No tenía nada que ver con el tipo de mujer que solía interesar a Logan, tanto en lo romántico como en lo sexual.

-¿Te has quedado más tranquila?- preguntó su jefe con una pequeña sonrisa cuando vio la expresión de alivio de su rostro.

-Estoy de acuerdo con todo, siempre que tú lo estés- respondió Meg, volviendo a adoptar el papel de eficiente secretaria. -Pero añadiré una cosa: aún faltan un par de semanas para el día de la inseminación, y si en ese tiempo cambias de opinión, también te apoyaré.

-No voy a cambiar de opinión, pero gracias por tu apoyo, Meg. ¿Podemos terminar este documento?

Dos días más tarde Logan se preguntaría si debía haberse tragado sus palabras...

Cara se despertó con el delicioso aroma de bacon, huevos y café recién hecho. Su estómago respondió con un ruido, y se imaginó a Gina preparando el desayuno. Se levantó de la cama con la intención de seguir aquel placentero olor. Pero primero se aseó en el cuarto de baño, pensando en lo mucho que le gustaba la comida de Gina después de dos semanas de estar allí. Aquella mujer podía hacer que hasta un tomate frito tuviera un sabor hedonista.

Tras un rápido vistazo al reloj del dormitorio, vio que eran más de las once y se sintió culpable por haber dormido de más y aún así esperar un buen desayuno. Pero había estado ocupada hasta bien entrada la madrugada con su nuevo cuadro, y no había probado bocado desde la cena.

Llegó a la cocina salivando, lista para atiborrarse con toda aquella comida de aroma celestial, cuando visualizó otro tipo de sabrosa ofrenda que le ocasionó una clase de salivación completamente distinta.

Logan estaba de espaldas a ella, con el torso desnudo y unos pantalones de chándal que dejaban a la vista sus pecaminosas y tonificadas caderas. Los ojos de Cara se quedaron clavados en sus anchos y musculosos hombros, y en la forma en que se movían los músculos de su espalda, justo por debajo del

despliegue de tinta que adornaba su hermosa piel bronceada. El tatuaje era una insondable amalgama de nudos alternados con motivos dispares como una cruz, una flor, una estrella, y hasta la cabeza de un tigre. El diseño de los nudos seguía unas líneas que no parecían tener fin, lo que intrigó de inmediato a la artista; aunque, si era del todo sincera, no lo estaba admirando por el efecto artístico.

Cara había decidido hacía tiempo que no se parecía en nada a cómo se imaginaba que eran los multimillonarios blancos. La mayoría solía tener más de treinta años, enormes barrigas y entradas. Pero Logan era joven, en mejor forma que cualquier hombre que conocía, sexy, guapo, y completamente irreal.

Nunca se hubiera imaginado que llevara tanta tinta bajo aquellos trajes hechos a mano que siempre vestía. Parecía que todas las historias sobre su pasado eran ciertas - historias de un clásico matón que había crecido en las calles de Dublín, hasta que un programador del centro comunitario se encargó de su educación. Logan Shane dejó atrás los delitos menores que había cometido durante su adolescencia, y ahora era el propietario de una empresa de software de enorme rentabilidad, gracias a la cual se había convertido en millonario.

A Cara no le impresionaba su éxito, al menos no tanto como su atractivo trasero. ¿Por qué demonios estaba soltero? ¿Y cómo iba a deshacerse de aquella desmesurada atracción sexual que sentía por él?

Avergonzada, Cara trató de salir de la cocina sin hacer ruido, pero Logan notó su presencia y la miró por encima del hombro. -Ah, eres tú. Me preguntaba cuándo te ibas a levantar. ¿Tienes hambre?

El apetito de Cara en aquel momento no era de comida, y su entrepierna se humedecía de forma sospechosa.

-Buenos días, Logan. Sí, tengo un poco de hambre.- Se sentía estúpida. ¿Por qué había salido de su cuarto llevando únicamente una enorme camisa vieja y sin ropa interior?

-He preparado suficiente para dos. A veces me entra mucha hambre después de hacer ejercicio- dijo, colocando un plato en la encimera.

Sin pensarlo, Cara se acercó y se quedó mirando a la humeante comida. -Vaya. No diría que es lo más adecuado para después de un entrenamiento, pero tiene una pinta deliciosa.

-Un desayuno irlandés es lo más adecuado para cualquier momento- comentó Logan, entregándole

una taza de aromático latte. -Come.

-Pero ...- Cara se mordió el labio, insegura.

-No te preocupes, puedo hacer más para mí. Hay ingredientes de sobra.- Puso el ketchup junto a ella, y Cara echó un vistazo a sus marcados pectorales y abdominales, imaginándose que los rociaba con salsa de tomate y se servía el desayuno en ellos.

¿En serio, Cara? Controla esas malditas hormonas. ¿No has aprendido nada de tu vida amorosa?

Cara estaba allí para llevar a cabo un trabajo, y debía recordarlo. Dio las gracias a Logan y bajó la cabeza. Tal vez aquella deliciosa comida le sirviera de distracción. Tras tomar el primer bocado, comprobó que era deliciosa.

Todo estaba perfectamente cocinado y sazonado. Los huevos eran exactamente como le gustaban, y le encantaron las rodajas de morcilla blanca que combinaban a la perfección con el tocino, las salchichas y los champiñones. Y, junto a las tostadas con mantequilla, el tomate frito y las alubias, todo era un auténtico festín. El hambre se apoderó por fin de Cara, que olvidó su retraimiento y empezó a comer.

Muy pronto, Logan se acercó con su propio plato. Habían comido juntos varias veces, pero aquella vez se respiraba una atmósfera distinta, creada en cierta manera por el hecho de compartir comida preparada por él.

Aquel hombre sabía cocinar, se cuidaba, era considerado y nada estúpido. Cara se sentía cada vez mejor con su decisión de ser su vientre de alquiler. Logan Shane iba a ser un padre estupendo, y era una pena que no deseara tener una familia tradicional, porque haría muy feliz a cualquier mujer. ¿Quién no iba a querer estar con un hombre apuesto, joven y rico, que además se desenvolvía tan bien en la cocina?

Cara miró a Logan con disimulo y pensó que le encantaba su barba casi rojiza. Le gustaba prácticamente todo de su rostro y cuerpo, aunque nunca dejaba que sus pensamientos fueran más allá. Evitaba imaginar cómo se sentiría con aquel atlético cuerpo encima de ella, o debajo, o fundidos los dos. ¿Cómo podía pensar en sexo en una situación como aquella?

Casi gruñó de consternación cuando antes de comenzar a comer, Logan se disculpó y se fue a por una camisa. Quiso decirle que no se preocupara, que si él no se sentía incómodo, ella tampoco. Pero no

lo hizo. En su lugar, dedicó aquellos minutos de respiro a intentar controlar su palpitante sexo.

-Esperaba poder hablar contigo, de modo que ahora es una estupenda oportunidad- dijo Logan cuando regresó. -Gina ha tenido que ir a visitar a su familia, y Meg está en un viaje de negocios representando a la empresa. Así que me toca ponerte al día sobre los últimos acontecimientos.

-¿Qué ha ocurrido?- preguntó Cara, con curiosidad.

-Las leyes de maternidad subrogada son sumamente complicadas. Mi abogado ha sugerido que nos hagamos pasar por un matrimonio.

Cara casi se ahogó con el café. -¿Un matrimonio?

Logan levantó las manos en un gesto tranquilizador. -Sólo es para la clínica de fertilidad. Conseguiré un certificado de matrimonio falso a través de mis antiguos contactos. Tú no tienes que preocuparte de nada, ya que no es vinculante, es sólo fingido.

-Oh.- Cara dejó escapar un suspiro de alivio. Por un momento, había entrado en pánico. Le había costado someterse a la idea de convertirse en madre y no quería tener que pensar también en casarse. Sabía que iba renunciar a la tutela del bebé una vez nacido. Sería concebido con su óvulo, lo que significaba que estaría genéticamente emparentada con él o ella. Sin embargo, Cara era consciente de que sería una madre horrible, y ni siquiera había pensado nunca en tener hijos antes de aquello. Por lo que para ella no suponía ningún problema renunciar al bebé.

-Supongo que esto es a lo que te referías con el anuncio de *actriz*. ¿Nos tenemos que hacer pasar por un matrimonio todo el rato?- quiso saber, con una sonrisa irónica.

-Me temo que va a ser necesario, para asegurarnos de que la clínica no encuentre ninguna laguna. Vamos a necesitarlos en casi cada paso del proceso, así que no podemos permitirnos ningún fallo que provoque sospechas- le explicó. -No debería decírtelo así de repente, pero no creo que te suponga ningún problema, teniendo en cuenta que no es cierto.

-Entiendo. Estoy segura de que puedo aparentar algo tan simple como ser la esposa de un millonario- bromeó Cara.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Logan. Por una fracción de segundo, la mirada de Cara permaneció en aquella tentadora boca. Se imaginó que no eran prácticamente dos desconocidos,

sino una pareja enamorada. ¿A qué sabrían sus besos? ¿Cómo sería el tacto de aquellas capaces manos que parecían tener el tamaño perfecto para agarrar su redondeado trasero y apretarlo mientras cabalgaba salvajemente sobre él hasta gritar y correrse?

-Cara, ¿qué piensas?

Su ronco y marcado acento parecía aún más pronunciado, llevando los actos sexuales más osados e ilícitos a la ya encendida imaginación de Cara. No quería saber lo que estaba pensando. ¿O podía adivinarlo y le estaba advirtiendo de forma sutil? Cara casi podía jurar que percibió una nota de amonestación en su voz, y suspiró internamente. ¡Maldita inexperiencia! Un hombre como Logan debía tener mujeres de todo tipo de procedencia y nacionalidad arrojándose a sus pies. Cara no quería que sospechase su creciente deseo, ni que le hiciera cancelar el acuerdo. Ahora que estaba metida de lleno, sería muy frustrante si Logan de repente decidía que, después de todo, no era la persona adecuada y que quería usar otra.

Alguien que al menos se comportara de forma profesional y que no pareciese querer tirárselo a la primera de cambio.

-Estaba... tengo que fregar esto y volver al estudio.- Se puso en pie y comenzó a recoger la mesa de forma apresurada.

-No eres mi criada, Cara. Deja todo como está.

-Ni tú mi cocinero y me has preparado el desayuno. Esta es mi forma de darte las gracias. No te preocupes, siempre ayudo a Gina a recoger.

Le dedicó una sonrisa y no espero a escuchar su respuesta. Estaba empezando a preocuparse por cómo reaccionaba ante él como hombre, y cómo iba a soportar estar tan cerca durante nueve meses. En caso de que la inseminación resultara según lo previsto y se quedara embarazada.

Hasta entonces, Cara no se había permitido pensar en lo bueno y malo de lo que estaba haciendo. Por lo que sabía, no era precisamente legal sacar un beneficio económico de un acuerdo de gestación subrogada, y se suponía que el dinero sólo debía cubrir los gastos incurridos por el embarazo. Dos millones de dólares eran un montón de gastos.

Pero la motivación para convertirse en vientre de alquiler no había sido monetaria. Una parte de

ella se estaba empezando a preocupar por otro motivo que no estaba dispuesta a confesar. Desde el primer momento en que vio a Logan, se sintió atraída hacia él. Era una atracción puramente física. A su cuerpo se le antojaba el fruto prohibido. Tener sexo con un extraño, sólo con un contrato de por medio, y un contrato muy poco convencional. ¿Era la excentricidad de todo aquello lo que estaba haciendo que sus emociones adquirieran una absurda complejidad?

Acababa de salir de una horrible experiencia amorosa. No debería encapricharse tan pronto de *cualquiera*. Todavía tenía pesadillas con su relación de hacía meses y, por lo que había averiguado, Logan poseía su propio lado oscuro y podría causarle más problemas que su ex.

Cara sabía que aquello no era un juego. Y aunque lo fuera, no estaba a la altura de Logan, y acabaría lastimada. Pero ¿cuánto tiempo iba a poder controlar su desconcertante respuesta ante su presencia?

Capítulo Cuatro

Logan lanzó un juramento y se tumbó de espaldas. Odiaba las tormentas. Contempló el techo y trató de bloquear el estremecedor sonido del trueno y el constante golpeteo de la lluvia en los cristales. Nunca podía dormir cuando había un temporal. Desde que a los nueve años experimentó la peor noche de su vida durante una tormenta, no había vuelto a ser el mismo. Puede que las pesadillas cesaran al final de su adolescencia, pero jamás pudo deshacerse de la horrible sensación que se apoderaba de él cuando llovía de forma torrencial.

También era el momento en que más sólo se sentía.

Pero aquella noche se dio cuenta de que no estaba tan sólo. Había otra persona en la casa - Cara. Se preguntó qué pensaría ella de las tormentas. Por lo poco que la conocía, probablemente ni se inmutaría, ya que parecía que le gustaban las cosas a un ritmo trepidante.

Tuvo que sonreír al acordarse de aquella mañana y su desayuno juntos. Poco a poco, su sonrisa se desvaneció ante la imagen de un delicado y bronceado muslo expuesto de forma inconsciente cuando Cara se sentó en el taburete de la cocina. Descubrió que le gustaba verla comer y observar cómo reaccionaba ante cada sabor. No había esperado darse cuenta de lo tersa y lisa que era su piel, asomando por debajo de la camiseta.

Su mente barajó la posibilidad de que no llevara nada debajo. Aún se maravillaba de haber sido capaz de concentrarse en la conversación. Cara, con su belleza natural, alegre personalidad y sensualidad exótica, siempre le sorprendía. Era todo energía y espíritu aventurero, por lo que le resultaba intrigante a un comedido y prudente Logan. Pensaba en ella en los momentos más inesperados, como ahora, y las ideas más extrañas acudían a su mente.

Como la forma en que su sonrisa le resultaba cálida y directa, como si nunca hubiera sonreído a nadie más de aquella forma - era ridículo. Pero Cara Stiles tenía ese don. Le hacía sentir *especial*.

Esas eran las extrañas ideas que le preocupaban. No quería pensar en ello porque no lo entendía. Había contratado a Cara para que fuera su vientre de alquiler y, como le había dicho a Meg, la veía como

eso y nada más. Compartir cada vez más tiempo con ella, le estaba ayudando a conocerla mejor, y creaba cierta conexión entre ellos. Aquello era importante para ambos como futuros padres subrogados, de eso estaba seguro.

Pero, ¿era ese el motivo por el que ocupaba su mente durante aquella tormenta? Estaba en un sitio extraño, lejos de sus seres queridos - no pudo evitar preguntarse cómo se sentiría. No había nada malo en preocuparse un poco...

De repente, lo oyó.

Tal vez porque había estado pensando en ella, en aquel momento percibió el débil eco de un grito. Tan débil que casi lo achacó a su imaginación.

Pero se levantó de inmediato y cogió una bata.

Ignóralo, le dijo el lado sensato de Logan una y otra vez, delante de la puerta de Cara. La tormenta continuaba, pero la última persona que le preocupaba en aquellos momentos era él, y la forma en la que le enervaban el embate de la lluvia, el viento y los truenos.

No, su mente la ocupaba la mujer que estaba gimoteando al otro lado de aquella puerta.

El antiguo Logan se habría sentido molesto ante cualquier tipo de complicación, y habría irrumpido en la habitación, gritándole que dejara de importunarle.

Pero, por alguna razón, superó aquel impulso. Si todo iba bien con la inseminación la próxima semana, estaba a punto de ser padre. Debía ser más tolerante, y si no podía empezar con la mujer que iba a dar a luz a su hijo, ¿con quién iba a hacerlo?

Tras tomar aliento, llamó delicadamente y a continuación abrió la puerta antes de entrar.

Logan pronunció su nombre un par de veces, pero Cara no se movió del lugar donde yacía acurrucada, de espaldas a la puerta. Se acercó a ella y le puso una mano en el hombro - y Cara dio un enorme salto hasta el otro extremo de la cama.

-Tranquila, soy yo- dijo él, alzando las manos. -¿Estás bien?

Su rostro estaba bañado en lágrimas. Temblaba descontroladamente y apenas parecía entender lo que le decía.

-¿Logan?- Lo miró sorprendida con los ojos entrecerrados, recobrándose poco a poco. -¿Qué

haces aquí?

Se apartó el pelo de la cara y la fina tela del camisón se tensó contra sus pechos, revelando sus grandes areolas marrones. ¡Mierda! Logan tragó saliva, y aquella vez fue él quien tuvo dificultades para concentrarse.

-Has gritado. Y estabas llorando. ¿Te ocurre algo?

Su rostro se desmoronó y sacudió la cabeza en silencio. Parecía muchos más joven. Logan no debería estar teniendo aquellos pensamientos pornográficos ante la imagen de su cuerpo con el camisón casi transparente y las ropas de cama arrojadas a los pies, dejando al descubierto sus estupendas piernas y el adorable esmalte azul en las uñas de sus bonitos pies.

Un trueno particularmente fuerte resonó por todo el cuarto, y ambos dieron un respingo.

Fue tan inoportuno que Logan sintió una sonrisa en sus labios, y hasta la boca de Cara pareció adquirir un gesto divertido. -Las tormentas me alteran- admitió. -Creo que es esa sensación de descontrol. Ya sabes, los elementos, y saber que no puedes hacer nada contra ellos, y que sólo te queda aguantar y esperar.

Vio cómo Cara comenzaba a relajarse. -He tenido una pesadilla. Son peores durante una tormenta. Tienes razón, es algo mucho más poderoso que nosotros, y... puf... muy frustrante.

Su sonrisa aumentó tímidamente y se apartó el cabello de las sienes. -Aunque me parece casi imposible que a ti te afecte.

-Me afecta. Para empezar, no me gusta que mi metódica vida se vea interrumpida de cualquier forma.- Logan se puso serio. -Pero odio especialmente las tormentas porque me recuerdan a la noche que murieron mis padres.

Cara le escuchó consternada. -Lo siento mucho.

Él se encogió de hombros y apuntó a una esquina de la cama. -¿Puedo?

Ella pareció dudar un instante, pero asintió con la cabeza.

-Espera un poco- dijo Logan, alzando un dedo. Cara observó con interés como se retiró del cuarto para volver con unas velas. Las encendió y las colocó en rincones y mesas, antes de apagar el resto de las luces.

La habitación quedó sumida en un cálido y luminoso fulgor que tranquilizaba al instante. Cara había dejado de temblar, y observaba con entusiasmo a Logan mientras éste depositaba la última vela sobre la mesita de noche, antes de sentarse con cuidado en el borde de la cama.

Cara no sabía qué pensar. -Me siento mal por haberte despertado.

-No me has despertado. No podía dormir con este estruendo. Con las velas es mejor, ¿verdad?

Cara asintió. -Lo atenúan todo, hasta el sonido de la lluvia. El cuarto no parece tan frío. Gracias, Logan.

Iba enfundado en una bata de seda negra que se había soltado un poco, por lo que pudo echar una ojeada a sus morenos pectorales y abdominales. Se mordió el labio y apartó la mirada, pero notó cómo él se ajustó de nuevo la bata. Le divertía pensar que se sentía cohibido por llevar tan poca ropa.

Siempre se mostraba perfecto e imperturbable, pero a ella le gustaba cuando revelaba una grieta en su armadura. Le hacía querer que se abriera más. Pero, ¿podía pedirle eso cuando ella era incapaz de hacer lo mismo?

Sabía que no podía contarle lo de Jude, su ex, y cómo se perdió a sí misma intentando conservar un amor equivocado, porque no veía la forma de encontrar algo mejor.

Sabía de sus engaños, pero había mirado hacia otro lado. Había querido estar con alguien - encajar - a cualquier coste. Tenía tanto miedo de que la dejara, que había aguantado muchas cosas que no debiera.

-Muestro esta fachada alegre y despreocupada,- dijo, como para ella misma. -pero estoy muy lejos de sentirme estable y serena.

Miró a Logan con timidez, no muy segura de si le estaba prestando atención. Al toparse de frente con su verde mirada, sintió una opresión en la garganta.

-Todos tenemos defectos. Nadie espera que estés libre de ellos. Yo no me preocupo de lo que otras personas piensen de mí. Simplemente me pregunto si puedo hacer frente a la imagen del espejo. Si es así, todavía puedo redimirme- explicó Logan.

Lo expuso de una manera tan clara, que Cara lo miró asombrada de lo sublime que sonaba. Había pensado que era un engreído, demasiado egocéntrico para importarle lo que ocurriera a su alrededor. Y

sin embargo, hablaba como alguien que podía ser introspectivo y que tenía más sustancia de lo que decían de él todos sus millones.

-¿Cómo murieron tus padres?- quiso saber Cara.

La pregunta le sorprendió, pero no pareció importarle. -En un accidente de coche. Arrollados por un camión en un cruce. Un conductor borracho que se dio a la fuga.- Hizo una pausa y se pasó la mano por el cabello. -Recuerdo estar en casa, en la cama, y que había una enorme tormenta aquella noche. Mi abuela me despertó, y mis primos y yo estábamos allí cuando recibieron la noticia de que mis padres habían muerto.

Le había cambiado la voz, su acento irlandés se había vuelto más pronunciado y era difícil no dejarse hechizar por él, al igual que por el hombre sentado frente a ella. Logan apoyó la espalda en el cabecero de la cama, dejando de dar la sensación de estar a punto de irse. Cara también se sentía mucho más relajada, sorprendida de no espantarse por aquella situación. Logan en su cama - no de la forma que se había imaginado.

-Debió ser devastador.

Él suspiró. -Reviví ese momento una y otra vez durante mucho tiempo. Pero encontré muchas vías de escape para el dolor – del tipo equivocado. Mis primos, mayores que yo, se metieron en pandillas, y aquello parecía la única forma de conseguir algún tipo de apoyo. No me enorgullezco de algunas cosas que hice, pero, en retrospectiva, fueron nimias y estúpidas.

-Al menos te ha ido bien. Pocos tienen esa suerte- dijo Cara. Consideró la idea de hablarle sobre su relación abusiva y lo sombrío que había sido su mundo, pero, ¿podría hacerle pensar que no era apta para ser madre de alquiler? Él había cometido errores, al igual que ella - pero, ¿y si acababa juzgándola, como dijo que nunca haría?

Por el momento, no podía arriesgarse, pero se lo contaría algún día, cuando tuviera oportunidad. Quería que primero conociera su verdadero yo, no la insegura y sumisa Cara del pasado.

Iban a crear juntos una nueva alma, y Cara no quería que ninguna sombra los acechara. Algún día reuniría el valor para sincerarse con Logan y, con suerte, encontrarían un terreno común y hasta se convertirían en amigos. ¿Era eso pedir demasiado?

Logan no había esperado despertarse en la cama de Cara, con su cuerpo envuelto sobre el de él. Saboreó la sensación de tenerla tan cerca y descubrió que era más que agradable. Sintió cierta agitación en sus genitales, que se habría convertido en excitación en estado avanzado si no hubiese saltado de la cama a toda prisa.

Por suerte, Cara no se despertó. Horas más tarde, cuando se encontraron en el desayuno, una tímida Cara le dio las gracias y confesó que no le gustaba dormir sola. -No había dormido tan bien en mucho tiempo- añadió.

Y él tampoco, pero no se lo podía decir. Las cosas se estaban poniendo demasiado cómodas entre ellos, y empezaba a ver señales de peligro. Quería un bebé, no una pareja. Pero, ¿y un simple devaneo? ¿Era aquello prudente con un contrato de al menos un año? ¿Cómo podían convertirse en amantes con todo aquel asunto de la subrogación?

Quizás no fuera tan buena idea tener a la madre de alquiler bajo el mismo techo. Pero en su ansia por tener el control de la situación, Logan no confiaba en nadie lo suficiente como para dejar que viviera a su aire. Había leído cosas horribles sobre la gestación subrogada, y quería tener a Cara donde la pudiera ver, para asegurarse de que seguía las normas. Pero no había planeado que le gustara tanto. Al verla por primera vez cada día, le producía una extraña felicidad. Oír su risa en la distancia, o incluso a través de las paredes de la mansión, hacía que se sintiera reconfortado.

Era una lástima que tuviera que ocultarlo y hasta luchar contra aquel sentimiento. Como estaba haciendo entonces.

Había adquirido la costumbre de agudizar el oído para escucharla siempre que estaba en casa. En aquel momento, podía oírla en su estudio, maldiciendo y jurando mientras se desplazaba de un lado a otro del cuarto. El sonido de varias cosas cayendo al suelo, tal vez un caballete.

Logan estaba demasiado ocupado como para prestar atención a todos los detalles de la vida de la señorita Cara Stiles. Pero, justo cuando se decía eso, su mente regresaba a aquella madrugada y a su cálido cuerpo junto a él, sus húmedos e invitadores labios y sus pechos apretados contra su brazo, haciendo que se diera cuenta de que sí la veía como mujer. Por una fracción de segundo, había deseado

poder sujetarla y apoderarse de su boca, averiguar si su sabor era tan grato como su aspecto.

Era una especie de torbellino - en más de un sentido. Logan no podía negar que se sentía atraído por su voluptuoso cuerpo, pero no entendía por qué tenía que ser tan estridente e inquieta... incluso cuando se dedicaba a las tareas más simples.

Sabía cuánto le gustaba pintar, y pensó que quizás debería empezar a mostrar interés. Con el fin de conservar la cordura de ambos, por supuesto.

Se alegraba de que un asunto inesperado hubiese obligado a Meg a retrasar su regreso unos días. Estaba seguro de que no aprobaría la actitud de Logan y le intentaría disuadir de comportarse de forma inusual. Pero, ¿era aquella preocupación suficiente para detenerle?

Cara se había pasado toda la mañana intentando trabajar en su nuevo cuadro. Al caer la tarde, estaba desanimada con los resultados, ya que había malgastado mucho tiempo rondando por el estudio sintiéndose melancólica y perdida.

Últimamente se encontraba alicaída, y había vuelto a tener pesadillas. La tormenta de la noche anterior había empeorado las cosas. Por suerte, la presencia de Logan con el truco de las velas había ayudado bastante. Recordaba haberse despertado en algún momento de la mañana y ver su rostro junto al de ella.

Sin pensarlo, le había acariciado ligeramente la barba, que produjo una sensación muy agradable en su mano, ni demasiado suave ni demasiado áspera, simplemente perfecta. Tras lo que había vuelto a dormirse con un suspiro de satisfacción. Para cuando despertó de nuevo, Logan ya se había ido y su lado de la cama estaba vacío y frío.

Al verle aquel día se había mostrado muy tímida. Cara se preguntó si su falta de concentración no se debería a aquello. Su interés en este nuevo hombre y los malos recuerdos del anterior, no combinaban muy bien. Y si a eso añadía su deber para con el contrato de subrogación, era raro que no se hubiese vuelto loca.

Cuando Logan apareció justo en aquel momento, encontró a Cara golpeando furiosamente el lienzo con un pincel. De repente, una enorme mano asió la suya y detuvo sus agresivos movimientos,

provocando que un pequeño grito de sorpresa escapara de sus labios. Cara dio un respingo y miró a Logan.

-¿Qué estás haciendo?- le preguntó él en tono suave, y ella resopló en respuesta.

-No estoy pintando, a juzgar por este desastre- añadió. -A principios de semana estaba inspirada, pero ahora me he quedado en blanco y no puedo expresar lo que concebí cuando empecé con el cuadro.

Mientras hablaba, se movía sin parar de gesticular de un lado a otro, y tiró un bote de pintura de una banqueta, que hizo un ruido metálico en el suelo, derramando su contenido azul Prusia.

-Vale, añade torpe a la lista de cómo tener un mal día- se quejó, a punto de agacharse, pero la voz de Logan la detuvo.

-No te muevas.

Cara se tensó, sorprendida por la autoridad de su tono. Se quedó inmóvil como una estatua, siendo consciente de lo cerca que estaba de él y de lo abrumadora que era su presencia detrás de ella.

-Respira, Cara. Profundamente - dentro y fuera.

-Logan...

-No hables- ordenó él.

¿Qué? Cara estaba confundida y excitada a la vez. Pero, ¿con quién se creía que estaba hablando?

-Estupendo- exclamó él, cuando Cara no dijo nada más. -Respiraciones profundas, Cara.

Cara comenzó a respirar como le decía. Con profundas inspiraciones que elevaban su pecho. *¿Qué está intentando decirme con esto?* se preguntó.

-Ahora, date la vuelta. Despacio-

Cara giró sobre sus talones a regañadientes y le miró con una expresión inquisitiva. Una sola mirada de aquellos ojos verdes y su corazón ya estaba desbocado. Él no desvió la mirada, la observó fijamente. Cara sintió la necesidad de moverse, pero algo en sus ojos la tenía hechizada.

-¿Alguna vez has probado a estar quieta? ¿Aunque sea durante un minuto?- bromeó.

Cara abrió la boca para responder, pero él alzó un dedo silenciador.

-Intentémoslo un rato. Te reto... a permanecer quieta, sin moverte ni hablar, durante cinco minutos.-

Levantó una ceja y jugueteó con su elegante smartwatch. -A partir de ahora.

Oh, no, no creería que le iba a seguir el juego, se impacientó Cara. No era su juguete, y de ningún modo iba a permitir que la mangoneara.

Sin embargo, cuando Logan sonrió, ocurrió algo muy gracioso. Casi como si supiera que no le iba a hacer caso. Parecía que *quisiera* que lo desafiara, cosa que demostró con sus siguientes palabras.

-Tengo razón, ¿no? No puedes hacerlo. ¿O no quieres?

-Puedo hacer todo lo que me proponga- le dijo ella, levantando la barbilla. -¿Y tú? ¿Te pone ser así de dominante? Te gusta tener control, lo has admitido.

-Sí. No niego que me atrae el control. Me gusta mantener el orden y la coherencia en mi entorno.

-Pero yo no soy uno de tus programas de ordenador- dijo Cara con osadía. Se acercó a él, enfrentándose de cerca a su inflexible mirada. Sus pechos rozaron su torso, haciendo que se preguntara si estaba tratando de que fuera consciente de su cuerpo como lo era ella del suyo.

Un instante después, se dio cuenta de lo peligroso que era aquel juego.

De pronto, retrocedió confundida, y lanzó un gemido cuando sus pies resbalaron en la pintura derramada. Sintió cómo se caía hacia atrás, y sacudió los brazos en el aire intentando mantener el equilibrio.

-¡Oh!- exclamó, cuando unos fuertes brazos la atraparon.

Se quedó mirando a Logan, asiendo con los dedos sus musculosos brazos. Aquel giro inesperado de los acontecimientos los pilló desprevenidos, y el jocoso ambiente se evaporó para ser reemplazado por otro más crepitante.

Pero el hechizo se rompió de repente al sonar el cronómetro del reloj, y Logan la soltó bruscamente.

Cara se había sentido tan pasmada de estar entre sus brazos, que volvió a perder el equilibrio. Esa vez lanzó un grito al caer de espaldas y, como si lo hiciese a cámara lenta, en su campo de visión apareció el techo. En cuestión de segundos, aterrizaría sobre una pila de artículos de arte, y se preparó para un doloroso desenlace.

Oyó maldecir a Logan, que se movió rápidamente para volver a atraparla en sus brazos, apretando fuertemente su cuerpo contra el suyo. En aquel instante, los ojos de Cara se desorbitaron, y la tierra se

detuvo.

Fue como una escena secuencial de una película. En su mente, todo sucedía de forma acelerada, pero su cuerpo se movía mucho más despacio, con sus hormonas floreciendo ante el contacto con tanta masculinidad.

-¿Estás bien?- Logan se sentía consternado por lo que había estado a punto de suceder. No debería haberla soltado sin antes asegurarse de que había recobrado el equilibrio. Podría haberse caído sobre aquel montón de pinceles, atriles y latas, y haberse lastimado. Nunca se lo hubiera perdonado.

Su mano acarició la parte de atrás de su cabeza, mientras con la otra envolvía su cintura. Podía escuchar su rápida y profunda respiración.

-Sí- respondió ella, con la voz parcialmente silenciada por el cuello de Logan. Su cálido aliento le cosquilleó la piel; sus suaves curvas se adaptaban a su propio cuerpo en formas que le hacían perder el norte.

Cara colocó las manos sobre su pecho y le empujó hacia atrás. Logan la liberó lentamente. Sus siguientes palabras le tomaron por sorpresa.

-Me tengo que ir- murmuró, enderezándose la desgastada sudadera de la universidad.

Logan parpadeó confundido, todavía hipnotizado por su fragancia floral que parecía perdurar en los sitios en los que había estado en contacto con ella.

-Cara- consiguió decir, preocupado al verla dirigirse hacia la puerta.

Ella se detuvo con la mano en el pomo y le miró por encima del hombro. -Necesito un respiro. Enseguida vuelvo.

Se fue, y Logan pudo oír cómo abandonaba la casa. Se acercó a la ventana y contempló su figura caminando con paso decidido hasta la verja. Se pasó una mano por el cabello y suspiró. *Mierda. ¿Qué demonios acaba de pasar?*

Logan no había querido asustar a Cara.

No solía intimidar a las mujeres. Sólo había sido un juego, pero estaba claro que a Cara no le iban aquel tipo de provocaciones.

Entendía que necesitara un respiro. Pero a medida que pasaban las horas, empezó a preocuparse.

¿Y si no regresaba?

No creía que fuera capaz de abandonar su acuerdo. Confiaba en ella. Pero al caer la noche se sintió cada vez más intranquilo.

Y al mismo tiempo, se obligó a controlar su imaginación.

Aunque Cara no parecía una persona obsesionada con el dinero, Logan tenía la impresión de que estaba totalmente comprometida con el proceso de la subrogación. Además, no creía que tuviera otro sitio donde ir. Entonces, ¿dónde estaba?

Logan estaba a punto de coger el teléfono para hacer una llamada. Haría que sus mejores contactos encontraran a Cara y la trajeran de vuelta. No podía dejar que desapareciera aún...

En aquel momento, oyó la puerta de entrada. De repente, escuchó la voz del ama de llaves saludando a la recién llegada, y después la de Cara devolviendo el saludo.

Logan se recostó en su silla con un suspiro de alivio. *Gracias a Dios, Cara estaba sana y salva.*

Ya estoy en casa.

Cara dejó escapar un suspiro de alivio al cerrar la puerta de entrada. Aún seguía temblando por lo que había ocurrido, pero logró sonreír cuando la gobernanta afroamericana, Kimmy, apareció en el vestíbulo.

Cara se sintió reconfortada de inmediato por aquella bienvenida, y por el amparo que le ofrecía la mansión. Se sentía segura dentro de aquellas paredes, y no sólo por las verjas y el sistema de seguridad.

Se alegraba de estar de vuelta antes de haberse metido en un lío. Pensó en Logan al instante. Había en él una especie de dureza, pero también una bondad que la atraía. Recordó lo conmocionada que se había sentido con su cercano encuentro en el estudio, pero no había tenido miedo.

Le asustaba más lo que le hacía sentir con sólo un roce o una mirada.

Pero en aquel momento trataba de calmarse por lo que acababa de sucederle.

Había visto a su ex, Jude. O eso creía. Al salir de un supermercado cargada con una bolsa llena de chocolate y artículos de arte. Estaba a una cuadra de ella, mirando a su alrededor como si buscara

algo - o a alguien.

Cara se quedó sin aliento y se escondió tras una esquina, se pegó a la pared y rezó para que no la hubiese visto. No estaba segura de si ya lo había hecho, pero no podía quedarse allí. Tomó un atajo por callejones estrechos y regresó a casa de Logan, el único sitio en el que se sentía a salvo.

Quería verlo, que le dijera que todo iba a ir bien. Pero no le debía nada, y mucho menos consuelo. ¿Era tonta? Sólo porque había buscado su compañía un par de veces, le había preparado el desayuno un día, y la había abrazado por necesidad - no le daba ningún derecho a reclamar su atención.

Cara se mordió la uña del pulgar mientras caminaba nerviosamente de una habitación a otra. No quería ir a su cuarto y desmoronarse. Se alegraba de que aquel lugar fuera tan grande, y de poder atravesar habitaciones y pasillos sin encontrarse con nadie. Era incapaz de tranquilizarse después de haber visto a Jude. ¿Cómo era posible que estuviera en aquella ciudad? ¿Le había seguido la pista y estaba intentando localizar su ubicación?

En cualquier caso, allí no podría encontrarla. Abrazándose a sí misma, entró en otra estancia y sofocó un sollozo. Pensar en todo el dolor que le había causado Jude, sus amenazas y su odio, le hacía querer esconderse en una esquina y no volver a salir nunca más.

Siguió caminando a través de otra puerta. Incapaz de contener las lágrimas, continuó arrastrando los pies por la mansión, sin poder detenerse a pesar de su cansancio. *Tengo que seguir adelante. No puedo parar, no puedo dejar que me encuentre...*

Casi lanzó un grito cuando unos fuertes brazos la rodearon desde atrás. Un conocido acento irlandés sonó en su oído con una cálida voz que susurraba: -Shhh. No pasa nada. Estoy aquí.

Cara sollozó y se aferró a los brazos que la envolvían. Enterró el rostro en ellos e inhaló el familiar aroma a maderas y especias de Logan.

-Cara- dijo él una y otra vez. -Cara.

Al escucharle pronunciar su nombre de aquella manera, con su marcado acento, todo el miedo que había sentido se transformó en una inexplicable y seductora sensación, como una niebla de deseo. Su cuerpo reaccionó de forma extraña a la sencilla elocuencia de su nombre en boca de Logan.

-Logan- susurró, cerrando los ojos y temblando de excitación.

-No era mi intención asustarte. Dime que no te doy miedo- dijo él suavemente en su oído.

-No eres tú- respondió Cara, al darse cuenta de lo que debía pensar. Que la había asustado en el estudio. Nada más lejos de la realidad. Incluso en aquel momento podía recordar lo excitada que se había sentido, exactamente como en aquel momento.

-No me das miedo- añadió con firmeza.

-Dime que te suelte y lo haré.

-No, no lo hagas- dijo ella rápidamente, ruborizándose. -Me siento segura cuando me abrazas. No sé por qué, pero es así.

-¿Aún sabiendo que soy peligroso? Porque lo soy. No soy un santo, Cara. A veces pienso en las cosas que puedo hacerte y me sorprende a mí mismo.

Cara se sentía hipnotizada por su voz y su embriagador aroma. Logan la estrechó con más fuerza contra su musculoso cuerpo. Ella quiso resistirse, pero sintió cómo sus músculos se relajaban, y se apoyó en él. Estando entre sus brazos no hacía daño a nadie, ¿verdad? Arqueando la espalda, deslizó los brazos hacia arriba, juntando las manos en la nuca de Logan. Se mordió el labio y gimió suavemente al sentir sus manos agarrándola por la cintura.

Sacudió las caderas de forma involuntaria y notó cómo él se endurecía. *Guau*. No se había creído del todo lo que dijo sobre hacerle cosas. Pero al sentir su respuesta ante su frotamiento, obtuvo la confirmación que necesitaba.

-Dime qué te gusta. De mi cuerpo- dijo con voz ronca, sorprendida por su propio atrevimiento. Cara sabía que no debía insinuarse de aquella forma, sobre todo después de lo que le estaba costando controlar lo que sentía por él, pero no pudo evitarlo. Aquel magnetismo que irradiaba, el misterioso, oscuro y delicioso peligro que desprendía, apelaba a un instinto que nunca supo que poseía.

-¿No lo adivinas? ¿Lo que me vuelve loco de ti? Ni siquiera te he besado, y apenas te he tocado- le susurró al oído, y le mordisqueó el lóbulo. Cara gimió.

-Quizás el no hacerlo sea tu forma de prolongar la excitación del momento.- Volvía a provocarle, a ponerle a prueba, disfrutando del sonido de su profundo gruñido.

-Puede que tengas razón. Tal vez te deseé desde el primer momento y oculté la verdad creyendo

que podría superarlo, como todo lo que pone a prueba mi entereza- confesó Logan.

De pronto, la giró asiéndola por los hombros. Cara entreabrió los labios mientras observaba su mirada apasionada. Sintió como si su piel estuviera siendo abrasada por el ardor de sus veleidosos ojos verdes.

-Si te beso, no me detendré. Si te toco, tampoco.

-Logan... puede que no desee que te detengas, pero estás olvidando algo muy importante- dijo ella, vacilante.

Él sacudió la cabeza. -No lo he olvidado. Mañana es la cita con la clínica y no debería eyacular el día de antes. Pero ¿qué diferencia hay entre hacerlo ahora dentro de ti y mañana en un recipiente?

No esperó respuesta y cerró la puerta de una patada. La arrinconó contra la mesa más cercana y, asiéndola por la cintura, la depositó sobre la superficie. Atrajo sus caderas hacia él, hasta el mismo borde de la mesa, y le separó las piernas.

Se situó entre ellas y colocó aquella abrumadora erección contra el palpitante centro de Cara. ¿Sentiría su humedad y calor a través de la ropa?

Le miró a los ojos de la forma más directa que pudo. Su mirada se deslizó por el contorno de sus labios, bajando después a las protuberancias de sus senos apenas esbozados por la holgada sudadera. Su vestimenta de trabajo, nada seductora. Pero, por la forma en la que Logan la devoraba con la mirada, no le importaba.

-Desabróchame los pantalones- le ordenó. Sus manos bajaron la cremallera de la sudadera, dejando al descubierto un sostén y una camisola.

Cara se debatía entre la timidez y la excitación. Le desató los botones con vacilación e introdujo una mano por el hueco. Al sentirlo en su palma, sus dudas se disiparon. Se aferró a su impresionante miembro y lo masajeó instintivamente, escuchándolo gemir. Las manos de él se movían por debajo de la camisola, buscando su piel febril. Su estómago dio un respingo al sentir su tacto bajo el sostén, apretando sus pechos.

Sus pezones se endurecieron como piedras al rozarlos con las palmas de sus manos. Su tacto era exquisito, y quiso devolverle el favor acariciando su verga, de la base a la punta, manipulándola con sus

dedos. En un instante estaba rígido como el granito.

Cara se vio a sí misma deslizándose del borde de la mesa y cayendo de rodillas ... sacando su gigantesco miembro e intriduciéndoselo en la boca...

Le haría una profunda mamada y, si él quería, podía agarrarla por el pelo y guiar sus movimientos mientras se la chupaba con unas enormes ganas. La embestiría cada vez más rápido, utilizando su boca hasta que terminara y llenara sus fauces con su semen.

Le encantaría oírle gemir de placer y satisfacción. Pero Cara no llevó a cabo su fantasía, al no tener suficiente osadía para dar el paso. Dejó que Logan explorara su cuerpo y jugueteara con sus pechos y pezones mientras le besaba la garganta. Movi6 el puño lentamente a lo largo de su virilidad, cada vez más rápido, estrechando su agarre cada vez que alcanzaba el bulboso glande.

Su respiración se aceleró contra su cuello. Cara gimió su nombre y fue como una invitación, por la forma en que empujó sus pechos contra sus manos.

-Mi dormitorio está más cerca- dijo él, jadeando acaloradamente mientras ella se estremecía. -Es donde tengo los pañuelos de seda y las esposas de cuero.

Cara apartó la mano con un gesto de sorpresa, y vio cómo él levantaba la cabeza para dedicarle una sonrisa perversa.

-¿Quieres atarme a tu cama?- preguntó, y se dio cuenta de que le gustaba como sonaba cuando lo decía en voz alta, aunque gritara por dentro alarmada.

-Atarte, provocarte, tomarte- recitó él. -Entonces te responderé sobre qué parte me gusta más de tu cuerpo, porque voy a dar un trato especial a todas y cada una de ellas.

Cara se estaba animando ante aquella idea. Era peculiar, y normalmente no accedería a algo así, no después de la forma en la que Jude le hizo odiar la idea de sentirse impotente y atrapada. Pero confiaba en Logan, y eso lo hacía diferente.

Y entonces sintió cómo él desistía. Una protesta se formó en su garganta, pero no pudo darle voz, y Logan retiró las manos de sus senos y le enderezó el sostén y la camisola. Se incorporó y se abrochó los pantalones. Al ver la longitud de su miembro, que le llegaba a la mitad del muslo, en tensión contra la tela, se le encogió el pecho, seguido de sus paredes vaginales.

-Pero...- masculló, consciente de que el momento había pasado. ¿Por qué habría cambiado de opinión? -No quieres comprometer la inseminación, ¿es eso?

-Es una buena razón, pero mentiría si dijera que es la única- respondió. -Lo cierto es que no creo que estés preparada para lo que nos espera si nos convertimos en amantes.

-Eso no lo sabes.- Cara no podía creer que estaba discutiendo con él. Había expresado su deseo de atarla a la cama para hacerle lo que le apeteciera.

Logan le tendió la mano. Cara la tomó y se levantó del escritorio. -Estoy seguro de que no confías en mí - o en ti misma. Me ocultas algo, Cara- le dijo, con un tono de amable reprobación.

Cara le podía haber contado entonces lo de su ex, pero no lo hizo. Logan era demasiado astuto, y percibía que no había sido completamente honesta con él. Pero, ¿cómo sabía que le ocultaba algo?

Cara recordó una vez más lo peligroso que era Logan y lo difícil que sería engañarle. ¿Se le habría escapado algo que confirmaba sus sospechas? Si quería conservar aquel trabajo y permanecer a salvo, debía decidir qué era más importante: unas horas de pasión desenfrenada o unos meses de llegar a conocer a aquel interesante hombre y averiguar si tenían algo en común.

Quizás no tenía derecho a desear algo así, pero a Cara le sedujo la idea. Pero, ¿y si ocurría algo que arrebatará la decisión de sus manos?

Capítulo Cinco

Cara se sentía capaz de dejar a un lado sus necesidades básicas y concentrarse en la subrogación.

Tener aquel bebé era lo que verdaderamente importaba, y no se iba a dejar distraer de nuevo.

Al ser la futura madre biológica, era razonable que Logan fuera a presentarlos como matrimonio en la clínica. Una subrogación en la que la madre suministrara el óvulo estaba prohibida en la mayoría de jurisdicciones, especialmente si había dinero de por medio. Sin embargo, si el procedimiento consistía en implantar en Cara un embrión del donante de espermia y el óvulo de otro donante, el proceso habría sido mucho más sencillo.

En cualquier caso, Cara sólo tenía intención de ser madre de alquiler y no causar ningún conflicto jurídico tratando de hacer valer su maternidad en el futuro. Si se quedaba embarazada por el procedimiento de IA, se aseguraría de que ambos disfrutaran del embarazo estableciendo una estrecha relación de apoyo con Logan.

La clínica elegida era la mejor en tecnología de reproducción asistida, y no solamente coordinaba los asuntos médicos, también se encargaba de los aspectos administrativos de la subrogación. Desde el momento en el que se sometió al procedimiento, hasta el asesoramiento y la terapia, Cara jamás tuvo dudas ni recelos.

Le aseguraron que tendría un embarazo y un parto sanos y seguros. Y lo más importante, estaba segura de poder establecer una relación de apoyo y confianza con Logan. Nada podía salir mal.

Ya no se sentía menospreciada por haber sido *rechazada* por Logan tras decidir que no se convertirían en amantes. Él había notado que se encontraba en un momento vulnerable y no había querido aprovecharse. Cara sintió que su respeto por él llegaba a nuevas cotas, lo que la hizo desear con más fuerza que todo fuera bien.

Era difícil ignorar la atracción que existía entre ellos, pero Cara pensó que Logan estaba decidido a volver al statu quo. O ¿por qué si no se entregaría tan de lleno a su trabajo? Cada vez pasaba más tiempo lejos de ella, en su oficina de la ciudad.

Mientras tanto, lo único que Cara podía hacer era esperar e intentar permanecer ocupada, sabiendo que debían pasar dos semanas hasta averiguar si estaba embarazada.

Aquel día, se sentía rebotante de energía creativa, deseando una completa liberación. Por primera vez en días, el lienzo se iba perfilando exactamente como ella quería. Había estado trabajando toda la mañana, y decidió tomarse un descanso cuando le empezó a sonar el estómago. Apenas era la una de la tarde y había desayunado bien, ¿cómo era posible que tuviese tanta hambre?

Optó por tomar algo rápido y regresar de inmediato al estudio. Sonrió, preguntándose qué pensaría Logan de aquel cuadro. Normalmente callaba su opinión, pero a ella le gustaba cuando de vez en cuando le ofrecía sugerencias. Deseaba con todas sus fuerzas que no tuviera que mantenerse tan alejado de ella, aunque probablemente era lo mejor. Lo que había latente entre ellos era demasiado volátil como para interactuar de forma casual.

Cara abrió la puerta del estudio y ocurrió la cosa más inesperada - se chocó contra un ancho y sólido pecho. Una mano la ayudó a recuperar el equilibrio. Sorprendida, miró al rostro de Logan.

-¿Qué... qué estás haciendo aquí?- preguntó sin apenas aliento. -Quiero decir ...

-Quieres decir tan temprano, o en la puerta de tu estudio? Quería verte. Hace tiempo que no nos... vemos.

Cara se sintió nerviosa como una adolescente al ver a Logan de forma tan inesperada, y con la obvia intención de verla. Se habría mostrado mucho más alegre si no se acordara de repente de que era su vientre de alquiler. Por supuesto que querría saber cómo estaba de vez en cuando.

-Estás distinto. Te has afeitado la barba- dijo, o mejor dicho, acusó. Él sonrió, como si pudiera leer sus pensamientos. Cambiando de postura en el sitio, añadió: -Me gustaba.

Aunque si era del todo honesta, lo prefería así aún más. Tenía más aspecto de galán, sobre todo con aquel traje estampado que solamente él podía lucir tan bien.

-A mí también. Pero me apetecía un cambio. Espero que te acabe agradando. No estaría bien que desapruebas mis gustos.

Cara se sonrojó al pensar que, de alguna manera, a Logan le importaba su opinión. Aunque podría estar burlándose de ella, y estaba comportándose como una tonta.

-Voy a comer algo. ¿Quieres venir o tienes que ir a algún sitio?- preguntó, pasando a su lado y dirigiéndose a la cocina.

-Me estaba agobiando con las reuniones y me he escapado. Meg se estará preguntando dónde estoy- dijo Logan con una carcajada. -Será mejor que la llame en un rato para que esté tranquila.

Cara rió ante la idea de la eficiente y fría Meg en un aprieto por culpa de su jefe. Sus ojos se iluminaron y le dijo a Logan que estaría encantada de ser su cómplice y ayudarle a escapar.

-Te estás convirtiendo en una mala influencia, señorita Stiles. No estoy seguro de qué hacer al respecto- murmuró Logan.

Aquella voz sensual que la hacía derretirse estaba allí en plena forma, y Cara se relamió, barajando la posibilidad de responder: "*Podrías castigarme*".

Pero no le ofreció aquella atrevida invitación, por supuesto, que no vendría a cuento y además la haría querer abofetarse por sobrepasar los límites. En su lugar, le dijo a Logan que le prepararía un delicioso almuerzo para compensar sus malas artes.

Él ya había cocinado para ella, y aquella era su oportunidad de devolver la cortesía, añadió. Quería intentar una de las sofisticadas recetas que le había enseñado Gina, que sólo requería de cuatro ingredientes y era muy rápida de preparar - perfecta para un almuerzo ligero.

-Espero que te guste.- Cara colocó el plato delante de él. Tras mezclar crema agria con atún en conserva y una mezcla de sopa de cebolla, lo había extendido todo sobre unas galletas saladas y decorado cada una de ellas con un jalapeño. Cara estaba feliz con el resultado, y sonrió ampliamente al ver lo impresionado que parecía Logan.

-Tiene buena pinta- comentó. -Está delicioso, no lo había probado nunca.

-Me alegro de ser la primera en presentarte el paté de pescado insignia de Gina. Que hambre tengo- exclamó Cara, antes de engullir una de las galletas.

Se olvidó completamente de sus modales y devoró unas cuantas más, mientras Logan reía. El brillo de sus ojos casi la hizo atragantarse, al notar algo que no estaba allí antes. Era reconfortante ver que disfrutaba de su compañía sin tener nada que ver con su atracción sexual. Casi como si la apreciara de verdad y la viera como una igual, y hasta como amiga.

Era un paso en la dirección correcta, y Carano se quejaba. A ella también le caía bien Logan. Prefería cuando interactuaban a estar apartada de él, lo que la hacía sentir como si fuera parte del mobiliario.

-He tenido suerte de llegar pronto a casa- dijo Logan, dándose una agradecida palmadita en el vientre. -Estaba muy bueno.

-¿Sólo bueno?- bromeó ella, aunque secretamente disfrutó del elogio. Cara recogió los platos, reacia a volver al estudio y a su cuadro. -Aprendo muy rápido, y siempre se me ha dado bien usar las manos. Siempre pensé que sería cocinera si mi arte no funcionaba.

-¿Te gustaría hacerlo de forma más profesional?- preguntó Logan tras dar un sorbo a su vaso de sidra. -Me he fijado en tu expresionismo, en cómo es abstracto y sin embargo refleja la vida en formas inesperadas. Creo que es la mejor forma de describir la mayoría de cosas sobre ti - inesperadas. Con la exposición adecuada, creo que podría existir un mercado más que respetable.

El rostro de Cara se iluminó. -Desde que terminé la escuela de arte, siempre he querido que mi trabajo llegue a un público más amplio. No sólo por motivos comerciales, sino porque deseo compartir mis sueños.

-Conozco algunas galerías que estarían interesadas en exhibir tu obra- dijo Logan. -De hecho, ya le he hablado de ti a uno de los dueños. Es un amigo y quiere conocerte.

Los ojos de Cara se desorbitaron. -Estaría genial. Tener la oportunidad de exponer mi arte es lo mejor que me podría pasar. Lo único... soy un desastre en lo que se refiere a cualquier tipo de enfoque. Si pinto para mí, o para unos cuantos compradores al azar, me es mucho más fácil concentrarme. Pero cuando existe la presión de una exposición o un compromiso con una galería, ¿qué pasa si no puedo cumplir?

Al ver su expresión desanimada, Logan le tendió su mano. -Ven aquí.

Una sonrisa apareció en sus labios cuando ella se acercó confiadamente y colocó su mano en la suya. Él la atrajo hacia sí hasta tenerla delante, y la observó con mirada solemne. -¿Todavía nerviosa?- preguntó, notando como se movía de forma inquieta.

-No me hagas estar quieta y callada otra vez- le advirtió, mordiéndose el labio inferior con el ceño

fruncido.

Logan rió. -Tengo una idea mejor.

Su característico acento sonaba sospechosamente marcado, y Cara notó el calor de su mano recorriendo la suya hasta llegar a la columna vertebral. Sintió cómo le palpitaba la entrepierna, seguido de un chorro de humedad.

-Si te digo que conozco formas de mejorar tu concentración y agudizar tu enfoque, ¿me creerías?- le preguntó Logan con aquella mirada verde y tirando de ella hasta que estuvo de pie entre sus piernas. - Dime, Cara, ¿cuándo fue la última vez que creíste o confiaste en alguien?

Ella dejó escapar un suspiro y cerró los ojos, tomando una decisión. *Era entonces o nunca.*

-Con mi ex. Fue el primero y el único hombre con el que he estado. Sabía que me podía haber ido en cualquier momento, sobre todo cuando empecé a notar que las cosas habían cambiado, pero no pude. Pensé que nadie más me querría como él. Y, tonta de mí, hasta el final creí que lo que sentía por mí era amor- añadió, con una amarga risa.

-¿Te hizo daño?

Cara sabía a lo que se refería, y asintió con la cabeza. -A veces pienso que no era su intención. Pero si se es demasiado débil, puedes despertar lo peor de otros. Comenzó a encontrar placer en mis defectos, y los usaba para que continuara dependiendo de él. Llegué a un punto en el que si no me golpeaba o castigaba, creía que no le importaba.

-Joder, Cara.- Logan la atrajo más hacia él, y Cara terminó en su regazo, manteniendo los ojos bajos, como si su intensa mirada le escaneara el rostro.

-Pero le abandonaste, o no estarías aquí- añadió con voz suave, acariciando su mejilla.

Cara volvió a asentir. -Tenía tanta influencia sobre mí que nunca he podido tener trabajo ni amigos de verdad. Apenas tenían dinero ni pertenencias propias. Lo único que me llevé fueron mis cuadros y la ropa que llevaba puesta. Todo lo demás era suyo.

-No puedo imaginar lo que has debido pasar. Pero ahora te entiendo mucho mejor- dijo Logan. Colocó el dedo índice debajo de su barbilla y la obligó a levantar la vista. -Conmigo, tener el control no se trata de ejercer poder. Se trata de que la mujer tenga la fuerza y el entendimiento de sus propias

limitaciones, y de sentirse orgullosa de su sensualidad y feminidad.

-Quiero ser fuerte- susurró Cara, observando cómo el rostro de Logan descendía y sus labios se acercaban cada vez más a los suyos. Sus ojos se cerraron cuando su dulce y cálido aliento alcanzó su boca entreabierta. Quería entender qué hacía falta para ser una mujer de sustancia, y hacerlo suyo. Un segundo después de tener aquel pensamiento, adelantó el rostro unos milímetros para encontrarse con los labios de Logan.

Puede que fuera Cara la que iniciara el beso, pero Logan se encargó de profundizarlo. Separó más sus labios e invadió el interior de su boca con su lengua. Cara se rindió, estremeciéndose con escalofríos de lujuria al escuchar sus toscos gemidos mientras la estrechaba fuertemente contra él.

Pensaba que sería extraño besar a alguien distinto a Jude. Pero le proporcionó el placer más intenso que jamás había experimentado. Hizo que su sangre fluyera más rápido, acelerando su pulso, y las mariposas que sentía en el estómago se agitaron salvajemente en un mar de deseo.

Nunca había conocido a un hombre como Logan, nunca había sentido aquella atracción que hacía que quisiera arrancarle la ropa y recorrer su cuerpo con las manos. Logan interrumpió su acalorado beso y ella gimió en señal de protesta. Abrió los ojos y, al ver el brillo de deseo en su verde mirada, se quedó sin aliento.

Cara sabía todo lo que se jugaba si cometía un error. Podía acabar con el corazón roto y con su mundo completamente destruido. Como mínimo, todo el proceso de la subrogación se iría al traste. ¿Estaba dispuesta a dejarse llevar por sus necesidades y las de Logan y arriesgarlo todo en el ardor del momento?

Se besaron durante todo el camino hasta el dormitorio de Logan, que empujó la puerta con una mano mientras con la otra rodeaba la cintura de Cara, invitándola a entrar.

En ese momento, sus labios se separaron y ella aprovechó para tomar aire. Dándose cuenta de donde estaba, echó un vistazo al espacioso cuarto iluminado enteramente por un resplandor de luz natural. Pero Logan pulsó un botón y unas pesadas persianas descendieron sobre los ventanales, oscureciendo la habitación. *Modo sexy activado*, pensó Cara con una espontánea risita interna.

Dejó de reírse cuando dos fornidas manos envolvieron su cintura y la atrajeron contra un sólido cuerpo detrás de ella. Logan rozó el lóbulo de su oreja con los labios. -Aquí estamos.

Instintivamente, Cara arqueó la espalda, suspirando de placer. -Así es.

Se dio la vuelta y, sin pensarlo dos veces, le besó apasionadamente en la boca. Realmente quería ser fuerte y sentirse empoderada por su femineidad. Logan pareció sorprenderse durante una fracción de segundo, antes de agarrarla por el trasero y levantarla del suelo, con las piernas alrededor de su cintura.

Ufff. Cara no sabía qué demonios estaba haciendo. Esperaba que su limitada experiencia en el dormitorio no desmereciera su primera vez con Logan.

Logan no le dio tiempo a dudar, y no tardó en depositarla de espaldas sobre la cama. Sus ojos verdes relucían mientras se despojaba de su camisa, observándola con la masculinidad depredadora de un sexy y voraz jaguar. -Quítate la ropa, Cara- le ordenó.

Su nombre sonó como una caricia en su agitado tono de voz. Cara no discutió y se incorporó para quitarse la camiseta y el sujetador, a los que pronto siguieron sus vaqueros, que se bajó hasta los pies y de los que acabó deshaciéndose con la ayuda de Logan. Él se detuvo para contemplar su cuerpo enfundado solamente en unas bragas negras de encaje. Gracias a Dios que al menos su ropa interior era sexy, pensó Cara con alivio. Al ver la expresión de Logan, se quedó sin aliento. Sus ojos verdes eran más tumultuosos que nunca, y recorrían sus pechos desnudos con una deliberada lentitud que hizo temblar el interior de sus muslos. La atmósfera que los rodeaba cambió notablemente, y Cara apenas podía pensar, y mucho menos respirar.

La ardiente mirada de Logan le hacía sentirse más hermosa que nunca.

Ni siquiera tuvo que decir nada. Sabía que la deseaba, tanto como ella a él. Tras acabar de quitarse la ropa interior, Cara supo lo que significaban fascinación y lujuria. Logan era magnífico, todo músculo y perfección de piel bronceada. Su miembro era la imagen más hermosa que jamás había visto, incluso más grande que lo que se había imaginado. Y más grande de lo que había probado antes, sin duda alguna. La humedad de su entrepierna se volvió más acuciante, junto con los espasmos de entre sus pliegues. Sus labios se separaron, sin dejar de mirar el cuerpo de Logan, mientras éste se se colocaba encima de ella.

Le tomó el rostro en las manos y lo cubrió de besos. Cara abrió la boca para recibir su lengua, haciendo sus anchos hombros, acariciando su atlético pecho, y disfrutando de la ternura y pasión del beso. Y aún así, ¿por qué tenía la sensación de que bajo la superficie yacía la promesa de un peligro?

Casi le dolía el estómago con toda la emoción, excitación y anticipación. Logan gimió, liberando sus labios para deslizar la boca por su cuello y pechos. Le sujetó ambas muñecas por encima de la cabeza, haciendo que se sintiera impotente para luchar contra el asalto a sus pezones, atrapándolos, uno después de otro, con su voraz boca. Bruscamente, succionando, mordisqueando y lamiendo... hizo que se revolviere de placer. Nunca le habían dolido los pezones y palpitado de delicia a la vez. Su boca se acopaba tan bien a su cuerpo que no quería que la retirara - nunca. Su abultada virilidad reposaba contra su húmeda abertura, y apenas pudo evitar arquear las caderas e invitarla a introducirse en su desesperada ranura.

Pero antes de que pudiera actuar, Logan se trasladó más abajo. Tras liberar sus muñecas recorrió su abdomen con los labios. Se sorprendió cuando le plantó un delicado beso. Cara no esperaba que Logan fuera así de cariñoso, ni en momentos especiales. Su piel ardía con cada roce de aquellos sedosos labios, y le encantaba la tersura de su mentón en su estómago, y después en la cara interna de sus muslos.

Aunque echaba de menos su barba y se preguntaba cómo habría cosquilleado su piel desnuda, Cara no pudo negar lo íntimo que era sentir su suave piel deslizándose sobre sus más íntimas y delicadas zonas.

Oh, Dios.

Hundió un dedo entre sus pliegues, haciéndola gritar su nombre. Logan gruñó, apoyando la mejilla contra su muslo y observando cómo su dedo medio entraba y salía de su vagina. Cara tenía los ojos en blanco y se aferraba fuertemente a su pelo.

-Es muy estrecho. Como una virgen- dijo con voz ronca. -Y tan húmedo y resbaladizo. Hueles de maravilla, cariño.- Acercó el rostro a su entrada y pareció olerla, y después lanzó un fuerte gruñido. Introdujo el dedo índice para unirlo al otro, presionándolos profundamente en su inflamada hendedura.

Cara se tensó en torno a sus dedos con músculos que se volvieron más sensibles y acogedores. Los incoherentes murmullos que escapaban de su boca no tenían ningún sentido para ella, y dudaba que lo

tuvieran para Logan. Él estaba demasiado ocupado contemplando su fisura con su pulpa aferrándose a sus impetuosos dedos, que se movían cada vez más rápido y más dentro de ella, hundiéndose más allá de toda resistencia y preparándola para un tumultuoso orgasmo, o una ruda reclamación, o quizás ambos a la vez. Cara estuvo a punto de gritar de placer cuando el pulgar de Logan descendió sobre su clítoris.

Y luego vino la sorpresa, cuando lo sustituyó por sus labios. Apenas le plantó unos cuantos besos, los suficientes para avivar los primeros estertores del gigantesco orgasmo de Cara. Cuando succionó todo el clítoris con su boca caliente, Cara se corrió violenta y ruidosamente.

Sus dedos se aferraron a su cabello mientras alcanzaba el orgasmo y lanzaba un estridente grito de éxtasis. Le costó un momento darse cuenta de que había cerrado las rodillas atrapando su cabeza. Con cuidado, Logan le separó las piernas y las apoyó a cada lado de la cama, extendiéndola de forma imposible. -Déjame probar tus jugos- dijo con voz opaca.

Santo cielo. Cara aún no había descendido de las alturas, pero su cuerpo supo cómo reaccionar ante aquellas palabras. Sus ojos volvieron a enfocarse y se encontraron con la fiera y oscurecida mirada de Logan y con sus hinchados labios descendiendo sobre su vulva. Extrajo los dedos, creando un sonido líquido que hizo que Cara se ruborizara de la cabeza a los pies.

-Logan, no creo que pueda soportar mucho más- susurró, y su cuerpo se estremeció.

Logan se detuvo y elevó una ceja. -¿Qué? Apenas he empezado. Por favor, dime que tienes más aguante que esto- gruñó, medio en broma. Su boca se cernió sobre su empapado sexo, y Cara se mordió el labio inferior, casi temerosa de cómo respondería su cuerpo.

Echó un último vistazo a la expresión ladina de Logan antes de que su lengua rozara su coño y la enviara a un reino de placer que eclipsó cualquier otro tipo de gozo que había conocido antes.

La figura escondida al otro lado de la puerta ligeramente abierta, no sabía cuánto tiempo llevaba allí, espionando a los dos amantes.

Los sonidos de desenfrenada lujuria y placer nunca le habían sonado tan brutales, tan gratificantes. Ver el rostro empapado de Logan emergiendo de entre las piernas de Cara - después de que su lengua y labios la hubiesen conducido a otro trepidante orgasmo - hizo que aquellos ojos

vigilantes se cerraran con fuerza para tratar de ocultar aquella dolorosa imagen.

Cuando Logan abrió el cajón y empezó a sacar pañuelos de seda negra para atar las extremidades de la convulsa Cara a cada extremo de la cama, la intrusa no pudo continuar con su torturador voyeurismo. Se alejó de la puerta ahogando sus sollozos con el puño, antes de desaparecer por el pasillo. Huyó de aquellos ruidos que resonaban desde el dormitorio de Logan, como si fueran una manada de toros preparándose para aplastarla bajo sus pezuñas...

Si Cara creyó haber oído un ruido fuera del dormitorio, no le prestó la más mínima atención. Estaba demasiado absorta en la sensación que le producía estar atada a la cama del Logan con suaves y sedosos pañuelos que se envolvían de forma decadente alrededor de sus muñecas y tobillos.

Logan la tomó así, desarmada y entregada a su placer. Cara nunca había imaginado lo intenso que era ser reclamada de aquella forma por un amante. Su cuerpo estaba extendido en forma de estrella de mar, con su más íntimo secreto expuesto.

Nunca se había sentido tan vulnerable y a la vez tan empoderada. Le fascinaba la lujuria que emanaba de la oscurecida mirada de Logan. Sus manos se movían abruptamente sobre sus senos, masajeándolos y apretándolos. Se inclinó para lamerlos, morderlos y succionarlos. Sus pezones estaban irritados de tan bruscas atenciones, pero le gustaba tanto que no quería que parara. Entre ambos, su erección apuntaba hacia el sexo de ella, y Logan rozó la punta contra sus hinchados pliegues.

Cara se quedó sin aliento y se retorció en sus ataduras. -Dios mío, Logan...- no sabía cuánto más podía aguantar.

Él lanzó una risotada, pellizcando sus pezones y provocándole lágrimas de placer mezclado con dolor. -Oh, sí, por favor. Así.

-¿Más fuerte?- rezongó él, retorciendo aún más sus doloridos pezones.

-Agghhh. Sí. Haces que me guste el sexo duro- siseó Cara, sin apenas separar los dientes, mientras Logan contorsionaba sus areolas entre el pulgar y el índice.

-Cara .

Cara oyó el tono de su voz y le deseó aún más. Contempló sus manos sobre su cuerpo y sintió que se le secaba la garganta. Era sobrecogedor ver el contrastes entre ambos. Sus curvas se sacudían y

oscilaban debajo de él, que era todo líneas y planos rectos, grande y poderoso donde ella era pequeña y delicada.

-Y ahora, tu primera lección- dijo él con una maliciosa sonrisa.

¿Le iba a enseñar algo su bronceado amante? Cara era una alumna más que dispuesta, aunque no tenía otra alternativa que obedecer, al estar atada y completamente a su merced.

Su miembro erecto apuntaba una vez más hacia su húmedo centro, y la respiración de Cara se aceleró con expectación. Todos sus músculos estaban en tensión. Logan presionó la polla contra su abertura y Cara puso los ojos en blanco, con los párpados temblando, dejando caer la cabeza a un lado. ¿Cómo podía sentir tanto placer? Ni siquiera estaba dentro, pero el húmedo contacto de sus partes más íntimas ya la estaba empujando más allá del precipicio.

La penetró lentamente. Hundió su prodigiosa y gruesa verga en su estrecha vagina muy poco a poco, y aún así pareció que la estaba desgarrando.

-Logan.- La cabeza de Cara cayó hacia atrás, y su visión se empañó cuando su cerebro recibió una sensación muy parecida a una corriente eléctrica. No podía soportar la presión y la profundidad de sus paredes vaginales siendo estimuladas por los duros surcos de la gigantesca herramienta de Logan.

ÉL dejó de moverse y Cara estuvo a punto de gritar. -Mírame, Cara. Necesito ver esos preciosos ojos.

Todo su ser se tambaleó de tanto deleite – por Logan, por su pasión, por su presencia tan profunda y firme dentro de ella, como si perteneciera allí. Parecía increíblemente grande, y se sintió demasiado angosta para él, pero encajaban. Tenía que ser un sueño.

Para demostrarse que no era así, Cara se obligó a levantar la cabeza y a abrir los ojos para sostener su intensa mirada.

-Mírame- repitió Logan. Movié las caderas y sacó su miembro hasta la punta, para hundirse a continuación unos pocos centímetros. Cara tuvo que sofocar un aullido. Necesitaba de nuevo aquella sensación de plenitud como el aire que respiraba.

-¡Logan!- jadeó. Sacudió las caderas tanto como pudo, deseando poder liberarse de sus ataduras para sujetar a Logan de espaldas y empalarse en aquel pedazo de carne duro como el acero.

-Es cuestión de enfoque, cariño. No cierres los ojos, o pararé. Mírame.

-¿Y si no puedo?- se quejó Cara, haciendo un mohín con los labios.

Su respuesta fue reforzar sus palabras con la acción llenándola hasta el fondo. Cara se quedó sin aliento ante aquella monumental invasión que hizo temblar el aire con los gemidos de ambos. Vio unos puntos de luz parpadeante a medida que sus paredes se estiraban para acomodar su impresionante perímetro. Aún así, consiguió mantener la mirada fija en la de él.

-Quieres correrte unas cuantas veces más, ¿verdad? Entonces, sé buena. ¿Vas a ser buena?- preguntó.

-Sí- gimió Cara. -Pero no pares, por favor.

Cara quería ser buena ... pero sabía que Logan no se lo iba a poner fácil. Sobre todo por la forma en que comenzó a moverse dentro de ella. Maldita sea, era todo un pro. Jamás pensó que un hombre podía proporcionar tanto placer a una mujer solamente con su hombría. Logan había sido dotado con tamaño y técnica, y sabía muy bien cómo usar ambas para su propio provecho.

Cara estaba loca por haber dudado de la vida amorosa de Logan. Podía asegurar que no tenía tiempo para mujeres, pero estaba claro que sabía cómo manejarse cuando tenía a una debajo de él. Agitó sus torneadas caderas, acariciando su interior de forma pausada al principio. Se estaba aturdiendo con la forma en que sus embestidas masajearan cada recoveco de su canal. A medida que aumentaba la velocidad, más se desencajaban los ojos que Cara mantenía fijos en él. Parecía crecer en su interior, expandiéndose más allá de sus límites, así como de su resistencia.

Aquella pasión que había entre los dos era encantadora, lasciva y contumaz. Su amante llegaba a zonas que jamás soñó que podían ser alcanzadas. La ardiente sensación de su vientre creció cada vez más. Trató de mover su cuerpo con el de él, pero las ataduras de sus manos y pies no se lo permitían. Le suplicó que la desatara, pero él sacudió la cabeza.

-Yo soy el que da las órdenes, muchachita- se burló. -Tú sólo tienes que tumbarte y recibir.

-¡Aahh!- gritó Cara al sentir una embestida especialmente profunda. En aquel momento parecía desafiarle con la mirada de una forma en que su cuerpo no podía. Como si quisiera llevarle al límite hasta que admitiera que estaba tan poseído por ella como ella por él.

Sus embistes eran casi brutales, de una forma deliciosa. Cara no lo hubiera querido de otra manera. Comenzó a mover la pelvis con una cadencia que coincidía con la de él, y disfrutó al ver cómo el verde de sus ojos se transformaba en un brillo casi ónice.

-Dime que te gusta cómo te poseo- exigió, con una voz casi irreconocible.

Cara sintió escalofríos en la columna vertebral, y la parte inferior de su cuerpo parecía inundada de lava. No era capaz de articular palabra, y sólo emitía ruidos guturales de placer. Logan clavó su dura longitud en lo más profundo de aquella deliciosa cavidad, y Cara casi se desmayó del impacto.

-Dilo, Cara. O me paro- le advirtió, deteniéndose en mitad de una embestida.

Lo último que deseaba era que parara. Estaba muy cerca del límite y casi podía sentir su presencia en forma de un millón de nubes. -¡Dios, Logan! ¡Sí, me gusta! ¡Lo sabes!- gimió. -Me posees toda. Y me encanta.

Sus manos recorrían su cuerpo, rozaban su vientre, le agarraban un seno mientras continuaba embistiendo, con su otra mano colocada entre los dos, hostigando su clítoris. Las manos de Cara formaron sendos puños sobre sus ataduras de seda, y sus labios se separaron en un grito silencioso mientras continuaba mirando a Logan. *Fusión psíquica*. Aquello no podía ser sólo sexo. Tenía que ser mucho más. Cara sacudió las caderas y obligó a Logan a penetrarla aún más, tras lo que escuchó su estrangulada maldición.

Los labios de Logan se encontraban en el hueco de su garganta, succionando con furia. Cara gimió y le suplicó que no parara. -Hazme una marca- le pidió. -Hazme toda tuya.

Logan se estremeció y dejó escapar una sarta de improperios, levantó la cabeza y la besó en la mejilla. -Me encanta tu hoyuelo- dijo con voz ronca. Aquello la hizo sonreír. Por fin le había dicho una cosa que le gustaba de su cuerpo. Quizás para cuando terminaran aquel gozoso acoplamiento, le habría sacado alguna más.

Por el momento, la necesidad de palabras pasó a un segundo plano. Y solamente se escucharon los apagados maullidos de Cara, los inclementes gruñidos de Logan... sus silenciosas miradas llenas de deseo, pasión e incluso alivio. Era genial cuando encontrabas a alguien que encajaba a la perfección, ¿verdad? Alguien que sin apenas esfuerzo hiciera que tu cuerpo alcanzara esas imposibles cotas de

éxtasis. Cara encontró todo aquello en la mirada de Logan, en sus besos, su tacto, y con cada embestida de su abultada polla en sus más recónditas y empapadas profundidades.

-Joder.- exclamó Logan, y embistió con más rapidez y profundidad. -Sí, así, cariño. Estrecha esos músculos a mi alrededor. Me vuelves loco.

Cara buscó aquella verdad en sus ojos y la encontró en el salvaje abismo de su mirada verdinegra. Lo sintió en los implacables embistes que acometían su cuerpo, indiferente a las sacudidas que la arrastraban hacia la pared. Cara nunca había sido poseída con aquella fuerza bruta, y su cuerpo emitía jugos que cubrían la potente herramienta de Logan mientras la llenaba entera.

Incluso si hubieses podido escapar, si no estuviera amarrada a cada esquina de la cama, Cara no desearía evadir aquel uso magistralmente agresivo y casi sancionador de su carne. -Fóllame... fóllame... fóllame- recitó como una letanía, y comprobó el efecto de sus sucias palabras en Logan, cuyas mejillas se sonrojaron a la vez que tensaba la mandíbula, clavando su verga hasta el mismísimo final de su útero. Le dio todo lo que pedía y más con aquella última arremetida, acabando con la resistencia de Cara, que alcanzó con estertores el nirvana.

¡Mierda! Su orgasmo fue como una fuerza de la naturaleza ... que la partió en dos como si de un rayo se tratase, ensordeciendo sus oídos y provocando chispas en su campo de visión. -¡Logan!- gritó, con su cuerpo atravesado por violentas sacudidas y espasmos cada vez que se corría. La respiración de Logan se volvió más dificultosa. Momentos después, Cara observó admirada cómo su perverso ángel, su hermoso demonio de amante, le proporcionó una última oleada de éxtasis al vaciarse dentro de ella.

Logan se detuvo entre sus paredes, y la clara sensación de su palpitante polla colmándola con su semen, fue el momento más gratificante de todos. Una indescriptible satisfacción y felicidad llenó el mundo de Cara de unicornios. Se perdió en aquel universo mágico, escuchando a Logan pronunciar su nombre al mismo tiempo que besaba sus labios, que estaban distendidos de tanto gritar.

Dame un momento, pareció decir su voz interior, pero no logró decirlo en voz alta. Cara temió no poder volver a hablar, pensar, o incluso caminar durante mucho tiempo después de aquello...

Capítulo Seis

El procedimiento tuvo éxito en el primer ciclo y Cara descubrió que estaba embarazada. Logan quería celebrarlo y la invitó a cenar fuera.

No era la primera vez que se dejaban ver juntos en público. Durante las dos semanas anteriores, la había llevado a exposiciones, obras de teatro y al cine. Siempre se comportaban de forma discreta y acudían a lugares apartados, porque Logan prefería pasar desapercibido. Además, Cara entendía que no quisiera hacer oficial su relación. Había firmado un acuerdo de confidencialidad para que nadie supiera quién era su vientre de alquiler. Ahora que estaba embarazada y pronto comenzaría a notársele, ¿permanecerían sus interacciones bajo llave?

Cara no había planeado convertirse en el secreto inconfesable de Logan. Aunque la trataba con el mayor de los respetos, sabía que estaba fuera de su alcance y que sólo podía haber sexo entre ellos. Y una vez que naciera el bebé, cada uno se iría por su lado. Logan había dejado claro que lo único que quería era un descendiente, no una relación romántica. Si así fuera, hubiera podido embarazarse a una novia o casarse y formar una familia.

¿Qué importaba que las cosas entre ellos fueran sólo físicas? Incluso aquello tenía sus ventajas. Desde que había llegado a la conclusión de que, al igual que Logan, a ella también le iba el bondage, lo habían incorporado en sus juegos de alcoba. También disfrutaban de juegos de rol, y hasta de juguetes sexuales.

Cara pudo abandonar su zona de confort y sentirse más cómoda en su propia piel. Se dio cuenta de que no necesitaba hacer cosas de forma constante, y que podía dejar atrás la ansiedad sobre sí misma - y Logan tenía el control que tanto deseaba.

No podían decir que no había nada entre ellos, aunque ninguno de los dos había definido claramente lo que compartían.

Una cosa es irrefutable - Logan estaba encantado con la noticia del bebé. Estaba loco de alegría. El único inconveniente era que se había vuelto mucho más protector, hasta el punto en que prácticamente

vigilaba cada movimiento de Cara. Si estaba alimentándose bien, tomando sus medicamentos y suplementos, relajándose y descansando.

Cara estaba un poco harta. Tenía que hacerle entender que no necesitaba controlarlo todo siempre, por lo que iba en contra de sus deseos a cada oportunidad que tenía, siempre que no se tratara de algo peligroso para el bebé. Era interesante que en su vida normal, Cara no aguantaría a alguien tan controlador... pero por la noche, a puerta cerrada, estaba dispuesta a someterse a su amante.

Era consciente de la suerte que tenía de tener la oportunidad de satisfacer el deseo de otra persona de ser padre, y de averiguar que lo tenía todo. Logan era respetuoso, cariñoso, atento, y sí, dominante - pero de una forma muy distinta a su rencoroso y cruel ex, Jude.

Había días en los que Cara dejaba vagar su mente y pensaba en Jude, y se preguntaba si la seguiría buscando y si la echaría de menos. Pero su vida era demasiado buena para estar preocupándose, se dijo a sí misma, y sonrió a Logan mientras desayunaban en el patio con vistas a los preciosos jardines.

-Parece que estás de buen humor esta mañana- le dijo en tono juguetón, sirviendo té a ambos.

Logan le devolvió la sonrisa, que hizo que Cara pensara en lo apuesto que era y lo afortunada que era de tenerlo como amante. No había ni un momento en el que no reflexionara sobre las muchas facetas de su personalidad. Era el multimillonario urbanita, el amante dominante y a veces brusco y exigente entre las sábanas, y el hombre misterioso que escondía sus emociones. Sin embargo, se sentía cómoda con cualquier parte de él que eligiera mostrarle en un momento dado.

-Es extraño, pero me siento cómo si el bebé ya fuera mi amuleto de la suerte. Acaban de decirme que mi último videojuego ha sido aprobado y entrará en producción en una semana- anunció Logan, con un brillo en sus ojos verdes. -Ha sido mi proyecto favorito durante más de un año, y he invertido mucho tiempo y dinero en su diseño y ejecución. Enterarme de que hay inversores dispuestos a ponerlo en marcha en tan poco tiempo, es una excelente noticia.

-Haces que me entren ganas de celebrarlo- dijo Cara, sacudiendo los hombros en un pequeño baile.

-¿Y si celebramos una fiesta?

El buen humor de Cara desapareció, y miró fijamente a Logan. -¿Qué?

-Aquí, en la mansión. Siempre he querido hacerlo. Nada demasiado grande, pero sí festivo. Nunca

he tenido una buena razón. Creo que el bebé y el nuevo videojuego son motivo más que suficiente, ¿no crees?

-Suena genial. Quiero decir, dará un magnífico ambiente al lugar, pero, Logan ...- se mordió el labio inferior y desvió la mirada, no muy segura de lo que quería decir. O cómo expresarlo.

-No hay nada de qué preocuparse, Cara- dijo Logan con una mirada perspicaz. -Siempre he sido una persona muy privada. Mi patrimonio me coloca en un montón de listas top ten de millonarios, pero la gente apenas me reconoce. Y quiero que continúe así, por lo que la fiesta no va a ser ningún extravagante evento social, sino una reunión muy exclusiva de amigos, socios y familia. Supuestamente, celebro el próximo lanzamiento de mi nuevo gran proyecto, pero tú y yo sabemos que es sobre todo por el bebé.

-Oh- exclamó Cara más tranquila, untando de mantequilla una tostada. -Eso es más como el Logan Shane que conozco. Seguro que Meg estará encantada de organizar una maravillosa fiesta con todos tus invitados especiales. Yo me limitaré a permanecer en segundo plano.

-No será necesario- dijo Logan, colocando una mano en su muñeca mientras ella añadía una tercera capa de mantequilla a la ya saturada tostada.

-¿Por qué dice eso?- preguntó, dejando caer el arruinado trozo de pan. -Soy básicamente tu empleada. No es bueno que la gente se haga una idea distinta cuando me vean. Es decir, si es que voy a asistir a la fiesta. Máxima discreción y privacidad, ¿recuerdas?

-Creo recordar los términos de nuestro acuerdo- dijo Logan, liberando suavemente su mano. -Cara, he mencionado lo de la fiesta porque quiero que seas una de las invitadas y, de hecho, que participes en ella. Meg puede encargarse de la mayoría de los preparativos para que no te agobies demasiado, pero tú puedes tomar parte en la planificación tanto como desees. Será en un par de semanas, así que hay tiempo de sobra para que todo salga perfecto.

Cara se sorprendió de que Logan quisiera que participara en la fiesta - y aún más cuando añadió que sería una oportunidad ideal para presentarla a sus primos Finn, Egan y Connor.

-Al igual que yo, consiguieron dejar atrás la vida de las pandillas- dijo Logan. -Son hermanos y socios de un exitoso sitio web de compras online. Conocen mi deseo de tener un heredero mediante gestación subrogada. Están deseando conocerte.

Cara no sabía cómo tomarse todo aquello, pero si Logan quería que adoptara un papel más visible en su vida, no iba a quejarse. A medida que el bebé crecía en su interior, comenzó a sentir un apego que no había existido antes. Descubrir cosas acerca del embarazo con Logan, e informarse sobre qué esperar en cada etapa, le otorgó una nueva perspectiva.

¿Se estaba convirtiendo aquel acuerdo en algo más que el trabajo que aceptó?

Cara observó la ecografía con asombro. *Guau. Nuestro bebé está creciendo muy rápido*, pensó.

Y después sacudió la cabeza, corrigiéndose mentalmente. El bebé de Logan. *No nuestro, ni siquiera mío*, añadió, mordiéndose el labio inferior.

-No te preocupes- dijo Meg, que estaba junto a Cara viendo su expresión. -Me aseguraré de que Logan reciba una copia de inmediato.

Fue Meg la que acompañó a Cara a hacerse la ecografía, mientras Logan pasaba unos días fuera de la ciudad por trabajo. Algo sobre una reunión con una compañía que iba a fabricar su último videojuego. Cara le echaba de menos a cada instante, y se volvió loca imaginando a todas las mujeres que iba a ver en Londres, a donde había viajado. Tal vez fuera la azafata sexy de su avión privado - o quizás una elegante ejecutiva de la empresa con la que estaba negociando. Y podría ser que por la noche conociera a una supermodelo en el bar de su hotel y la invitara a su suite a tomar una copa. O quizás a la suite de ella.

Cara se deshizo de aquellos pensamientos. Logan no le parecía el tipo de hombre que tenía sexo casual. Y aunque no le había prometido nada en modo alguno, ni había dicho una palabra sobre ser exclusivos, Cara sentía que podía confiar en él. Lo malo era que no confiaba en las demás mujeres, conociendo el aura de adonis silencioso y misterioso que emanaba, por no hablar de su dinero. Ninguna mujer en su sano juicio se abstendría de arrojarse a sus pies.

Lo que hizo que Cara contemplara a Meg pensativamente, mientras la secretaria repasaba unos detalles de la inminente fiesta. ¿Había tenido algo Meg con Logan? Cara averiguó que habían trabajado juntos durante años. Era una de sus empleados de mayor confianza, e inspiraba el máximo respeto a cualquier que tuviera que negociar con Logan a través de ella.

Era bella como la mayoría de mujeres profesionales rubias y delgadas, hasta el detalle de las gafas

de montura dorada y sus sempiternos zapatos de tacón alto. Cara nunca la había visto con otra cosa que no fueran trajes de diseño y tacones, el maquillaje perfecto hasta el punto de parecer un maniquí - incluso los fines de semana.

Cara no pretendía saber el tipo de mujer que le gustaba a Logan, pero no pensaba que iría a por alguien como Meg. No podía poner el dedo en la llaga, pero había algo desagradable en ella, hasta cuando sonreía.

Como en aquel momento en que le estaba sonriendo a ella, con aquellos labios rojos estirados sobre una perfecta dentadura blanca. -¿Qué hay de tu familia? ¿Te gustaría invitarles a la fiesta? ¿Tal vez un par de amigos?- le preguntó, bolígrafo en mano, con su bloc de notas.

-No sabía que podía invitar a gente- dijo Cara, sorprendida.

-Claro, pero no tienen por qué saber lo de la subrogación. Tienes un contrato con el Sr. Shane, lo que te convierte en una valiosa empleada. No creo que ponga pegajos a que quieras tener a un ser querido o dos contigo en un evento de esta magnitud.

A un ser querido... Cara no tenía a nadie que respondiera a esa definición. Sólo había tenido a Jude. Fue el único que le proporcionó una semblanza de familia, ya que Cara nunca se llevó bien con sus padres o hermanos. Nadie parecía entenderla, y únicamente con Jude había sentido una especie de aceptación. Aunque sólo durante un tiempo.

-No... tengo a nadie- confesó con la mirada baja, deslizando los dedos nerviosamente sobre su rodilla. Pensar en Jude siempre le hacía sentirse culpable y perdida.

-¿Estás segura? Porque no sería ningún problema reservar vuelos o alojamiento. Llevas aquí más de un mes, tiene que haber alguien a quien echas de menos, o que esté preocupado por tu bienestar. Con lo guapa que eres, no me sorprendería que hubiera un hombre en tu vida.

Cara entrecerró los ojos y miró fijamente a Meg, preguntándose cuánto sabía y si Logan le había contado algo. Siendo su ayudante más fiel, le podía haber mencionado al ex de Cara, pero el hecho de que Logan compartiera algo tan personal e íntimo con Meg, le hacía sentirse incómoda.

-Como acabo de decir, no tengo a nadie- repitió, encarando directamente la expresión burlona de Meg.

-Bueno, voy a terminar de enviar las invitaciones y la ecografía. Imagínate lo contento que se va a poner el Sr. Shane cuando vea que el bebé está creciendo tan sano. Y tú también deberías cuidarte. No quisiera que el Sr. Shane me regañase si te metes en algún lío.

Cara se preguntó en qué clase de lío se podría meter cuando se pasaba todo el día en casa pintando. Echó una reluciente mirada al smartwatch que llevaba en la muñeca, muy parecido al de Logan, con todo tipo de funciones para controlar sus actividades. Había sido idea de Logan, y a veces deseaba arrojarlo a la piscina.

Cuando Meg se alejó con su sonrisa petulante, Cara se enojó aún más. La secretaria parecía estar más sarcástica que de costumbre, y a Cara, como siempre, le resultaba imposible descifrarla. ¿Qué le pasaba por la cabeza?

Tal vez fueran sus hormonas, o algo relacionado con la conversación que había sostenido con Meg, pero durante los siguientes días, Cara sintió ganas de llamar a casa. La última vez que lo había hecho, fue antes de llegar a la mansión y conocer a su misterioso benefactor. Había hablado con su madre, que pareció aliviada al enterarse de que estaba bien.

Cara se preguntó si habría dicho algo indiscreto sobre dónde iba a estar sin darse cuenta. Era muy descabellado pensar que Jude hubiera tenido tanta suerte en su búsqueda como para casi encontrársela aquel día.

Aún así, esa posibilidad hizo que pusiera un cuidado especial la próxima vez que habló con su madre. Cara no mencionó su estado ni la subrogación; lo único que dijo era que había encontrado un trabajo para casi un año.

-Suenan muy bien. ¿Qué clase de trabajo es?- le preguntó su madre.

Cara sonrió para sí misma y dijo: -Podría decirse que es un puesto de niñera durante nueve meses.

Ante lo que su madre mostró curiosidad y asombro, pero antes de que pudiese hacerle más preguntas, Cara se despidió y colgó. Suspiró profundamente y se preguntó si no se habría equivocado con lo de *niñera*. ¿Sería su madre capaz de hacer la conexión? *De ninguna manera*, resolvió al instante sacudiendo la cabeza. De ninguna manera podría imaginarse que su trabajo consistía en tener un bebé para otra persona - y tampoco lo creería aunque lo averiguara.

Sabía que era algo que ella había decidido hacer, y tendría que hacerlo sola. Sólo con pensar en Logan y en poder ofrecerle semejante regalo, se le alegraba el corazón, y poco a poco empezó a preguntarse si no le costaría abandonarlo todo cuando llegara el momento.

¿Y si pasados siete u ocho meses no quería renunciar a Logan ni al bebé?

Afortunadamente, tenía tiempo suficiente para mentalizarse y recordar que nada de aquello estaba destinado a ser real, ni a perdurar. Debía prepararse para aceptarlo, o se enfrentaría a un mundo de dolor y arrepentimiento.

Capítulo Siete

Cara bajó por la escalera de caracol y se dirigió al salón en busca de Logan. Estaba nerviosa por la fiesta; esperaba tener buen aspecto y que el modelito que dejaba al descubierto su cintura, aprobado por Logan, le sentará bien a su figura.

Aún no se le notaba la tripa, pero Cara se *sentía* embarazada gracias al aumento de peso que había experimentado, a juzgar por sus curvas extras, tanto por arriba como por abajo. Y también, por supuesto, a juzgar por la expresión de Logan la primera vez que se puso aquel conjunto para enseñárselo. Una expresión que demostraba que le agradaban los pocos - bueno, más que pocos - kilos que había cogido.

Pero, ¿dónde estaba? La había dejado a solas para que se vistiera, y ahora Cara estaba ansiosa por comenzar la velada. La fiesta iba a tener lugar en la hermosa extensión de césped del jardín, que había sido decorado con coloridos doseles tipo gazebo iluminados con hileras de diminutas luces blancas y otros efectos luminosos entre los árboles.

Todas las diferentes secciones, como el escenario, el bar y la zona de juegos donde se iban a llevar a cabo unas competiciones, habían sido cuidadosamente organizadas. Hacía una tarde estival, pero también se habían instalado braseros por si refrescaba al anochecer.

Todo era perfecto, sobre todo las mesas para la cena y el DJ que no dejaba de hacer sonar mezclas de todo tipo. A pesar de estar tan nerviosa, Cara estaba deseando que empezara la velada.

Pero primero tenía que encontrar a Logan, y el salón le pareció un buen lugar para empezar al oír un ruido procedente de allí. Se encaminó hacia la fuente del sonido y se detuvo, sorprendida.

El salón estaba lleno de hombres. Logan y otros cuatro hombres tomaban algo mientras conversaban y reían. El exótico sonido de sus marcados acentos irlandeses recibió a Cara, pero aquello no fue la única sorpresa.

Todos ellos estaban buenísimos. Aparte de Logan, Cara jamás había visto a unos hombres más apuestos. Eran todos altos y musculosos, muy parecidos a Logan, que seguía destacando con su especial clase de atractivo.

¿Quién lo hubiera pensado? Cara se detuvo con los ojos desorbitados en el centro de la estancia, y los hombres se dieron cuenta de su presencia.

-¡Vaya! Hola, belleza. Tú debes ser Cara- espetó el más cercano a ella. Tenía una barba roja, tatuajes en el cuello, ojos azules, y una cálida sonrisa. -Yo soy Egan.

Oh, Dios mío.

Los siguientes momentos fueron una confusa mezcla de presentaciones. Cara por fin conocía a los tres primos de Logan y a un amigo - fue un poco abrumador. Logan le podía haber advertido de que eran súper atractivos. Parecían de la edad de Logan, o un poco mayores. Todos tenían características similares: misteriosos, melancólicos y definitivamente intimidantes, pero se comportaban de forma amable, y la hicieron sentirse muy cómoda.

Cara se alegró cuando Logan se acercó a ella; se estaba sintiendo un poco fuera de lugar, y agradeció su proximidad. Contestó con una sonrisa a las preguntas de aquellos hombres sobre su procedencia e intereses. No le preguntaron nada más personal, y no mencionaron el bebé ni la subrogación.

Parecían contentos de estar juntos, y también de tener a Cara allí con ellos. Por la forma en que la miraba y la tocaba, debían haber notado que había algo entre Logan y Cara. Cara se preguntó qué pensarían de todo aquello.

Antes de incorporarse a la fiesta, a la que empezaban a llegar los invitados, los hombres bromearon entre ellos y hasta le contaron a Cara anécdotas de juventud. Por la forma en que actuaban, se podría pensar que aceptaban a Cara como la mujer de Logan. *Pero no era así.* Sólo era su vientre de alquiler, con quien también se acostaba. ¿Le convertía aquello en su amante?

Los cuatro hombres salieron del salón para sumarse a la fiesta. Logan detuvo a Cara colocando una mano en su muñeca y atrayéndola hacia él, con la mirada fija en su rostro. -Les caes bien- dijo.

Cara suspiró aliviada, consciente de que necesitaba confirmación. -¿Acaso importa?- preguntó, sosteniendo la mirada de Logan. La fastuosa fiesta, presentarla a su familia, ¿qué significaba todo aquello?

-Por supuesto que sí. No eres una extraña, Cara.

Cara se controló para no soltar un desatinado *entonces, ¿qué somos?*. Apenas estaba en el primer trimestre de embarazo y no quería que Logan empezara a cuestionar sus motivos, o que sintiera rechazo por esperar más de lo que debiera.

-Me alegra oírte decir eso. Y a mi también me caen bien. Me ha encantado escuchar vuestras historias. ¿De verdad tienen un negocio online de productos frescos de granja?

Logan rió ante su asombrada expresión. -Correcto. Tiene mucho éxito en el Reino Unido, y están pensando en expandirlo a los EE.UU. Y, sí, el tercero de mis primos, Connor, se convirtió en unos de los mejores fiscales del país tras renunciar a la vida en las calles.

Cara sacudió la cabeza con asombro. -Es genial. E inspirador. ¿Cuántas personas pueden decir que han dado el valiente paso de concederse una segunda oportunidad?

-Tú lo has hecho- dijo Logan, tomándola por la barbilla. -Dejaste a tu abusivo novio y te aventuraste en lo desconocido con la certeza de que te merecías algo mejor. Es más que encomiable, porque muy pocas mujeres tendrían el valor de hacerlo.

-Gracias- susurró Cara. -Es lo más bonito que me has dicho.

Logan sonrió. Su bello rostro, y la forma en que su esmoquin se ajustaba a su musculoso cuerpo como una segunda piel, le provocaban cosas.

La tomó de la mano y ella sintió la calidez de su tacto. -Tengo algo para ti- le dijo él.

Empezó a sacar algo del bolsillo, y el primer pensamiento de Cara fue que Logan le iba a dar un anillo. ¿Qué? Su corazón se detuvo un instante, para después comenzar a latir con temor y expectación. ¿Podría haber sucedido algo mágico y aquello se iba a convertir después de todo en un romance? ¿Le diría Logan que se había enamorado perdidamente de ella y que la quería como mujer y no sólo como máquina de hacer bebés?

Observó, sin aliento, cómo Logan asía su muñeca en vez de su dedo anular. Y un momento después lucía un delicado brazalete de oro con varios nudos entrelazados que centelleaba sensualmente sobre su piel.

-Es precioso- dijo Cara casi sin aliento. Olvidó su decepción de que no fuera una escena de cuento de hadas con anillo y petición de mano. Le encantó el estilo urbano y a la vez ultrafemenino de la pulsera,

y se alegró de que fuera discreto en vez de estridente o demasiado lujoso. Era perfecta.

-¿Te gusta?- preguntó Logan.

-Me encanta. Pero no te acostumbres a regalarme cosas, porque no te lo voy a permitir- protestó ella, advirtiéndole juguetonamente con un dedo.

Los ojos de Logan destellearon. -Observa atentamente, muchachita, y verás que no es un regalo corriente. Tiene un significado especial, y aunque pensé en darte una gargantilla, sé cuánto te preocupa mi excesiva atención. Si hubieras llevado la gargantilla, habría sido bastante obvio para algunos que era un collarín, y hubieran sabido que me perteneces.

-Oh.- Los ojos de Cara se desencajaron al entender lo que estaba diciendo... collarín... perteneces... contempló el brazalete y se dio cuenta de que era especial. Era la forma en la que Logan establecía su reclamo sobre ella, y sólo podía significar que era una especie de pulsera de sometimiento. Logan tenía razón, prefería que llevara un collarín, pero había elegido la opción más sutil.

Era verdaderamente arrogante de su parte, y muy sensual a la vez.

Hizo que Cara se sintiera menos como una barbie, y se lo tomó como una indicación de su intercambio íntimo de poder, en el que le permitía tomar el control de su vida sexual.

-Qué emocionante prelude para una fascinante noche- dijo, sonriendo mientras acariciaba su precioso brazalete.

La mirada de Logan volvió a relucir. -Podríamos hacerlo aún más emocionante trasladándonos al cuarto más cercano, contigo encorvada sujetándote los tobillos y yo embistiéndote con fuerza por detrás. Con esos tacones, es en lo único que voy a pensar en toda la noche. Pero llegamos tarde.

Mierda. ¿Cómo se atrevía a encenderla con sus palabras para terminar todo de aquella manera? Su arrogante sonrisa le informó de que la tenía justo donde quería - con las braguitas empapadas. Tendría que hacerle pagar por ponerla tan caliente antes de la fiesta.

Pero, de momento, fingió serenidad y sonrió amablemente. Quería dar buena impresión, y si aquello significaba tener que aguantar de vez en cuando las burlas de Logan, estaba más que dispuesta a hacerlo.

Había algo en el aire, con la alegre música y la gente maravillosamente vestida que disfrutaba de

la excepcional comida y bebida. Cuando Logan apareció en escena y puso en acción su innegable encanto de perfecto anfitrión, se podía palpar el entusiasmo.

Después de su primera vez en la cama, Cara había tomado la decisión de que su relación se basaría únicamente en el plano físico. No podía dejar que su transcendental pasión la hiciera pensar que eran almas gemelas, o que podrían vivir juntos y su historia tener un final feliz. Hasta entonces, Logan se lo había puesto fácil. La deseaba y, por ello, tomaba lo que quería, asegurándose de proporcionarle el mejor placer que jamás había experimentado.

Pero, ¿por qué aquella noche Cara comenzaba a desear más? No tenía nada que ver con el glamour y la emoción de formar parte del círculo íntimo de Logan. No era la gente guapa, las risas, el parloteo ni el baile, el entretenimiento nocturno, el brillo y resplandor al margen de las preocupaciones de la gente ordinaria. Sería tan fácil dejarse llevar por todo aquello, pero a Cara no le importaba lo que era Logan, sino *quién* era. Estar junto a él, con su mano en la parte baja de su espalda, le daba un subidón. Por las especulativas miradas que les dirigían los invitados, estaba claro que se preguntaban quién era la misteriosa cita de Logan. Pero, se guardaron sus indiscretos pensamientos, por supuesto. Al menos, delante de Cara.

Y, si por alguna razón, Logan se tenía que ir a otra parte de la sala o se separaban, Cara se dio cuenta de que siempre aparecía a su lado uno de los primos. Era como si todos ellos estuvieran siendo sus guardaespaldas, asegurándose de que se sintiera cómoda durante la fiesta. Aquello también le proporcionaba un subidón. Logan debió haber imaginado que se sentiría un poco fuera de lugar, e incluso desbordada con aquella multitud de desconocidos. Y había decidido que estuviera siempre acompañada por, al menos, alguien de confianza, en caso de que debiera ausentarse.

¿Se preocupaba Logan por ella, o se trataba del bebé?

Se sorprendió con aquel pensamiento que surgió de la nada, arruinando su estado de ánimo. ¿Y si la considerada atención de Logan era para asegurarse de que no metiera la pata ni hiciera algo que perjudicara al bebé? Cara no había tocado una gota de alcohol, y se mantenía lejos de todo tipo de emanaciones de humo de cigarrillos o cualquier otra cosa que consumían los invitados de su alrededor. Bueno, no era esa clase de fiesta, aunque no había forma de estar segura, ¿verdad? Pero aquello no le

otorgaba a Logan ninguna razón para vigilarla, como si fuera lo bastante tonta como para beber o hacer algo que la pusiera en peligro a ella y al bebé.

Debían ser las hormonas haciendo que se sintiese rara, pensó con un suspiro. Egan, el más simpático de los *muchachos*, como los llamaba Logan, estaba a su lado y hasta la invitó a bailar, pero Cara declinó amablemente. Le preocupaban demasiado sus inseguridades, y en cuánto él estuvo distraído con otro invitado, se escabulló entre la multitud.

Cara no sabía que Logan apenas la perdió de vista en toda la noche. Incluso cuando nadie pensaba que estaba mirando o prestando atención, se aseguró de tenerla en su campo de visión.

Estaba hermosa y elegante, y poseía un aire de inocencia que no tenía ninguna otra mujer presente. Algunas trataron de llamar su atención, tal vez de atraer su interés, pero no tenía ojos más que para Cara.

Le agradó verla reír; aunque deseó ser él quien provocara su risa. Había sido una excelente idea presentarle a los muchachos, y ella se había interesado por conocerlos personalmente. Le gustaba pensar que los había conquistado con su elegante sencillez, afable disposición y, sí, incluso con su timidez.

Logan no quería preguntarse por qué era tan importante que se llevara bien con sus primos, que también eran sus mejores amigos. Sólo sabía que Cara iba a estar presente en su vida durante bastante tiempo, al menos ocho meses más, y quería que todos se sintiesen cómodos.

Ahora era Egan, el más encantador de todos, el que estaba junto a ella. Parecía que quería sacarla a bailar, y se mostró decepcionado cuando ella declinó con una discreta sonrisa. Logan sonrió y se alegró de no tener motivos para sentir celos de su primo, que estaba felizmente casado con su novia de toda la vida y tenía gemelos de corta edad. Probablemente había sido ver a Egan con sus hijos lo que suscitó aquel deseo de convertirse en padre, a pesar de no estimar necesaria la idea de casarse para tener descendencia. Logan no podía imaginarse casado, pero quería un heredero; y lo quería mientras aún era joven. Cuando su vástago cumpliera diez años, él tendría algo más de cuarenta. Y cuando fuera a la universidad, Logan estaría en la cincuentena. Quería asegurarse de poder criar a su hijo, o hijos, si acababa teniendo más. Por eso no podía permitirse perder más tiempo ni esperar a la mujer que le completaría antes de empezar una familia.

Pero, ¿por qué pensaba en eso mientras miraba a Cara? Era como una fantasía entre las otras mujeres e invitados. Muchos se volvían a mirarla. Por la forma en que se comportaba, Logan se dio cuenta de que encajaría perfectamente en su mundo. Tenía el aplomo para desenvolverse en cualquier evento al que podría ser invitado.

Una idea comenzó a formarse en su mente. ¿Y si le ofreciera a su hijo una estructura más estable que implicara tener una familia de verdad? ¿Podría convencer a Cara de que se casara con él para darle a su hijo un hogar con ambos progenitores?

Sólo pensar en ello le habría hecho salir corriendo ante la posibilidad de atarse. Y, sin embargo, aquella imagen no le desagradaba. Sería la solución perfecta que garantizaría que su hijo fue se criara con ambos padres.

Pero, ¿le parecería a Cara razón suficiente para casarse con él?

-No me digas que no he hecho un buen trabajo organizando la fiesta- bromeó Meg. -¿Por qué no estás disfrutándola?

Meg le sonreía de forma burlona. Había estado tan absorto en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que estaba ignorando a sus invitados.

-Has hecho un excelente trabajo, Meg. Por lo general, no suelo durar más de unos minutos en este tipo de eventos. Hago acto de presencia, doy una vuelta para hablar con los Vips, y desaparezco discretamente dejando que el resto disfrute de la celebración. Pero esta vez me apetece estar de juerga toda la noche.

-En ese caso, ¿quieres bailar?

Logan vaciló un instante, incapaz de disimular su sorpresa. De hecho, Meg le estaba sorprendiendo bastante aquella noche. Normalmente, se mantenía en segundo plano y vestía de forma profesional, con un traje de falda o pantalón, pero aquella velada apareció con un favorecedor vestido de noche hasta la rodilla y escote profundo. No llevaba sus típicas gafas, y hasta el maquillaje parecía más recargado y seductor.

Logan tomó aliento y empezó a responder a su invitación, cuando un movimiento brusco por parte de Cara llamó su atención. Se había separado de Egan y se dirigía a una de las carpas más aisladas, lejos

de los invitados que bailaban y se divertían.

Un instante después, un hombre de piel oscura enfundado en un esmoquin blanco se separó de un grupo y siguió a Cara. Logan observó con los ojos entrecerrados cómo aquel extraño entraba en la misma carpa.

¿Qué cojones?

Comenzó a encaminarse hacia la carpa, pero Meg le detuvo.

-Creo que deberías dejarlos solos- dijo con calma.

Él la miró con expresión de asombro. -¿Lo conoces?- Logan supuso que Meg también había notado al invitado que siguió a Cara.

Ella enterró la nariz en su copa de champán, dando un lánguido trago. -Hmm, si no me equivoco, es Jude Terrell, el ex de Cara.

Aquellas palabras golpearon el cerebro de Logan como plomo caliente, y apretó los puños, tratando de no explotar. Las siguientes palabras de Meg casi hicieron que le saliera humo de las orejas.

-Ya que está aquí, ¿por qué no dejas que se pongan al día?

-¿Eres idiota?

Meg se sobresaltó, con la copa de champán a medio camino de sus labios. Miró fijamente a Logan, que nunca la había insultado antes. Aún así, no quiso dejar intimidarse por su jefe e insistió. -Sé que es tu vientre de alquiler, pero no tienes por que creerte su trágica historia o lo que sea que te haya contado sobre su relación. Creo que te ha hechizado, Logan, y probablemente haga falta este incidente para que entiendas que debes separar tus emociones de tu principal objetivo – el bebé.

A Logan le latían las sienes y se contuvo para no silenciar de un grito a toda aquella multitud.

Se controló y fijó sus ojos en Meg, que le sostuvo la mirada firmemente. -Puede que creas que me estás haciendo un favor, pero te juro por Dios que si esta vez te has pasado de la raya...

No terminó la frase, sacudió la cabeza y se dio airadamente la vuelta, dirigiéndose en dirección a la carpa. Suspirando, Meg le siguió, dispuesta a averiguar cómo acababa aquel debacle.

Cara necesitaba alejarse un rato de la muchedumbre, y encontró una carpa vacía que estaba siendo

utilizada para almacenar equipos y cables. Por primera vez desde que comenzó la noche, tomó una respiración profunda y exhaló completamente. Poco a poco, consiguió deshacerse de la tensión, pero ésta dejó un vacío que no pudo llenar por mucho que se tranquilizara. ¿Por qué le era tan difícil saber lo que quería?

-Es demasiado, ¿verdad?- dijo una voz detrás de ella. Cara se quedó sin aliento, demasiado conmocionada para darse la vuelta.

Escuchó unos pasos que se acercaban a la vez que la misma escalofriante y familiar voz añadía: -Te sientes fuera de lugar. En el fondo sabes que no encajas; te has estado engañando a ti misma todo este tiempo.

El desprecio de su tono fue lo que finalmente hizo que Cara recuperara las agallas para girarse y encararse con Jude. *Jude*. -Me has encontrado- dijo, con los dientes apretados y llena de amargura.

-¿Acaso dudabas que lo haría?- murmuró él. -Me enteré de que te dirigías hacia aquí después de hablar con tu madre hace unas semanas; y he estado esperando en sitios que sabía que visitarías. Galerías de arte, cafeterías. Una vez, pensé que te vi, pero fue mi imaginación. Al final, llegar a verte esta noche ha sido de lo más fácil, gracias a un golpe de suerte.

-¿De qué coño hablas?- espetó ella.

Jude empezó a contestar, cuando de repente una enorme figura irrumpió en la carpa. -¡Cara!

Logan contempló la escena y pareció dejar escapar un imperceptible suspiro cuando vio que Cara y Jude estaban en lados opuestos de la carpa.

Se dirigió directamente hacia Cara y la agarró por los hombros. -¿Estás bien?

Cara sabía que sólo él percibiría su temblor interno, pero asintió con la cabeza, haciéndole saber que se encontraba bien ahora que él estaba allí.

Logan se volvió hacia Jude con el ceño fruncido. -¿Cómo has entrado? El acceso es exclusivamente con invitación.

-Oh, tengo *invitación*- dijo Jude, sacándola del bolsillo y agitándola en el aire. -Así que a menos que quieras montar una escena - y créeme, me apetece un poco de escándalo - será mejor que te dirijas a mí de forma civilizada, irlandés. He visto varios reporteros ahí fuera, y parecen tener ganas de informar

sobre cualquier tipo de lío.

-No he dado permiso a la prensa para estar aquí esta noche, así que no sé de qué hablas. En cualquier caso, nada va a impedirme que te eche en cuestión de segundos si no te largas.

-No, lárgate tú- espetó Jude. -Esto no tiene que ver contigo. O mejor dicho, tiene todo que ver contigo. Me robas la novia, le llenas la cabeza de todo tipo de tonterías como que es demasiado buena para los de su propia clase...

-¿Su propia clase?- Logan se lanzó hacia él, pero de repente Meg estaba allí, sujetándole por el brazo.

-¡Logan! Piensa en los problemas que vas a causar. Sobre todo para Cara, por no mencionar al bebé- dijo Meg en tono preocupado.

-Eh, ¿qué bebé? Oh, no, joder, más vale que no estés preñada de un ricachón.- Jude había perdido su talante tranquilo y ahora parecía tan furioso como Logan.

-Jude, vete. Tal vez podamos hablar, pero no si continúas con esto.- Cara no pudo evitar temblar y retorcerse las manos alarmada.

-Ahora lo entiendo- dijo Jude. -Estás follando por dinero. Si es cierto, es asqueroso.

-¿Y qué si lo es?- preguntó Cara, recuperando el valor al percibir el desprecio en las palabras de su ex novio. ¿Por qué creía que le importaba lo que pensara?

-Entonces tenía razón. Porque, nena, no lo veo presentándote como su pareja ni la madre de su hijo. ¿Qué eres? ¿su segundo plato?

Cara habría replicado, pero Logan se colocó delante de ella, protegiéndola con su enorme figura, y dijo: -No es asunto tuyo. Lo único que tienes que saber es que Cara ya no está contigo. Fuera.

Cara tenía miedo de que Jude decidiera quedarse a pesar de todo. Podía ver a ambos hombres peleándose, y aquella imagen le hizo sentirse enferma. Pero al final, Jude simplemente levantó las manos en gesto de capitulación.

-En realidad, no he venido a causar problemas. Sólo quería asegurarme de que mi nena estaba bien. Pero, como bien acabas de decir, ya no está conmigo. Que suerte la mía.- Les dedicó una sonrisa irónica y abandonó la carpa.

Logan se dirigió a Cara. -Quédate aquí, ¿de acuerdo? Necesito asegurarme de que abandona mi propiedad; aunque tenga que echarle yo mismo.

-Logan, por favor, no quiero que tengas problemas.- dijo Cara con preocupación.

La única respuesta de Logan fue plantarle un reconfortante beso en la mejilla. -Enseguida vuelvo. Quédate con ella- le ordenó a Meg.

Cara pensó que Meg sería la última persona a la que le confiaría su bienestar. Se volvió hacia la secretaria con una expresión acusadora, pero la rubia simplemente la miró con una sonrisa. -No ha ido como lo habías planeado, ¿verdad?- le preguntó Meg con petulancia encubierta.

Cara no se molestó en contestar y se dirigió a la entrada de la carpa, con los brazos cruzados. Echó un vistazo a la ruidosa muchedumbre de invitados, entre los que no parecía haber ningún altercado. Deseó con todas sus fuerzas que Jude se fuera tranquilamente y que Logan no tuviera que recurrir a la latente violencia que había notado en su expresión.

Horas más tarde, cuando se marchó el último invitado y el personal terminó de limpiar después de la fiesta, la mansión estaba por fin en silencio. Cara se retiró a su habitación a esperar a Logan. Aquel momento le permitió poner en orden sus pensamientos, sobre todo con respecto a la confusión que se había apoderado de ella antes incluso de la aparición de Jude.

Cuando Logan finalmente llamó a la puerta y entró, encontró a Cara medio oculta entre las sombras. Se quitó la pajarita, desabrochó un par de botones de su camisa y se detuvo a pocos metros de Cara, que luchaba contra el impulso de retorcerse las manos y que finalmente las enlazó a su espalda.

-Logan, lo de esta noche... Lo siento mucho.

-Por favor, no te disculpes- dijo él con un deje de impaciencia. -No creo que nada de esto sea culpa tuya.

-¡Pero lo es! Si no te hubiera hablado de Jude, no habría pasado esto. No se lo habrías dicho a Meg, y ella no le habría invitado a la fiesta sólo para molestarme.

-¿Eso es lo que cree que ha pasado?

-¿Tú no? Le hablaste a Meg de Jude, ¿verdad?

-No le di detalles- respondió. -Y desde luego no divulgué las cosas privadas que me contaste sobre cómo te trataba. Sólo mencioné que tenías un ex, y le pedí que averiguara algo sobre él. Quería mantenerme informado. ¿De verdad crees que es la culpable de su extraña aparición?

-Logan, estaba a cargo de la lista de invitados. Jude no habría conseguido una invitación sin que Meg se la enviara.- Cara suspiró profundamente. -Sé que confías en ella...

-Después de esta noche, esa confianza está en duda. Tienes razón, es la única capaz de poner todo esto en marcha. Acaba de preparar todo un dossier sobre él. Y, además, fue en contra de mis deseos e invitó a los paparazzi para poder llevar a cabo su plan. No sé por qué razón lo haría, la única que se me ocurre es que haya averiguado que somos amantes- dijo, y añadió sacudiendo la cabeza: -Tendré que despedirla.

-Por favor, no lo hagas- le pidió Cara con un tranquilizador toque en el brazo. -Está claro que ha tomado malas decisiones, pero es porque está preocupada por ti. No me extraña que me considere una amenaza; de hecho, la entiendo, por eso creo que debería irme.

Logan inclinó la cabeza hacia un lado, como para asegurarse de que había escuchado bien. -¿Irte? ¿Por qué?

-Sólo causaré más problemas si me quedo. Jude ahora sabe dónde estoy. Y que estoy embarazada de ti, gracias a que a Meg se le ha escapado de forma conveniente. No lo conoces, Logan. Está loco, y hará cualquier cosa para vengarse.

-¿Qué vas a hacer? ¿Huir de nuevo con *mi hijo*?

-Logan- dijo Cara en tono suplicante, sacudiendo la cabeza de un lado a otro con expresión confundida. Le dolía verlo enfadado.

-Si de verdad crees que te voy a dejar marchar, es que no me conoces.

-Logan, sé que firmamos un contrato, pero también sé lo mucho que valoras tu vida privada. Todavía puedo tener el bebé, pero si me voy, al menos podremos asegurarnos de que tu reputación no esté en peligro por culpa de chismes o algo peor, como problemas con la ley si se filtra lo de la subrogación.

-Entonces, cástate conmigo- dijo Logan con voz ronca.

Cara se quedó mirándolo, incapaz de formular una respuesta sensata a lo que acababa de escuchar.

¿Le había pedido que se *casara con él*?

-De esa forma no habrá escándalos ni problemas legales. Serás mi esposa, y el bebé tendrá un hogar y una familia de verdad. Es perfecto en todos los sentidos, ¿no crees? Lo he estado pensando, Cara, y creo que es la mejor solución.

Cara sintió un vacío en la boca del estómago. Por un momento, deseó una propuesta más romántica.

Qué ridícula era.

-No puedo casarme contigo, Logan.- Se pasó los dedos por el cabello con impaciencia. -No está en el contrato.

-Tampoco es lo que yo había planeado. Pero cuanto más lo pienso, más sentido tiene.

-Quizás para ti. Pero un matrimonio de conveniencia no es exactamente lo que tenía en mente para mí. Ya albergaba bastantes sentimientos encontrados sobre la subrogación, pero al final me convencí a mí misma de que era sólo durante unos meses, y después podría poner mi vida en orden.

-Cásate conmigo y no tendrás que preocuparte por eso. Ni por nada. No hace falta que te diga que, como mi esposa, nunca te faltará nada. Si deseas proseguir tu carrera de arte, me aseguraré de que alcances tu pleno potencial. Tendrás un futuro asegurado, y lo que es más importante, la libertad para perseguir tus sueños sin preocuparte de ningún obstáculo. Te apoyaré durante todo el camino.

El vacío de su estómago se hizo más grande. Logan le estaba prometiendo de todo, excepto amor.

-Logan, creo que somos dos personas muy diferentes de dos mundos muy distintos- le dijo. -Necesitas a alguien que encaje contigo en público. No alguien como yo.

-¿No alguien como tú? Cara, tú eres magnífica- dijo con pasión en un marcado acento irlandés, estrechándola entre sus brazos. -Al verte esta noche, tan guapa y elegante, y a todas las demás mujeres esforzándose sin éxito - encajamos a la perfección - en - todos - los - sentidos.

Reclamó sus labios con un movimiento brusco. Cara dudó un momento, pero no pudo oponerse a la deliciosa y cálida presión de su boca. Sus labios se abrieron ansiosamente y se aferró a su robusto cuello. Ahogándose en el delirio del deseo de Logan, aprehendió su cabello castaño con adoración, sintiendo en su alma la angustia de no poder tenerle del todo; pero aún podía tener *aquello*.

Él liberó su boca a regañadientes, y a Cara le sorprendió lo irregular de su respiración. Le rozó el mentón con aquellos ardientes labios para degustar el pulso en su garganta. Cara se estremeció entre sus brazos, con el corazón palpitando salvajemente en su interior.

-¿Cuál es tu respuesta, querida muchacha?- Logan mitigó sus caricias y su respiración se estabilizó, concentrándose en la delicada piel de su cuello. Cara habría accedido a cualquier cosa. La ternura de sus gestos le hacía parecer afectuoso, y desencadenó una íntima necesidad en la cara interna de sus muslos.

-¿Puedo pensarlo un poco más?- susurró ella, con los ojos cerrados para bloquear sus emociones. -¿O tengo que darte una respuesta ahora mismo?

-No tenemos prisa- le dijo él con una tranquilizadora dulzura, frotándole los brazos. -Pero deberías tomar una decisión lo antes posible. Cuanto antes lo hagamos oficial, antes nos podremos concentrar en el bebé y el futuro.

Ojalá el *futuro* al que se refería Logan fuera algo más que un matrimonio por conveniencia. Era cierto que compartían aquella alucinante química, y muchas mujeres matarían por estar en su posición, pero ¿se conformaba con eso?

¿Y si aquello era lo mejor que iba a obtener de Logan? ¿No sería mejor arriesgarse a desistir y perderlo todo?

Apenas podía pensar. Los cálidos y suaves labios de Logan recorrían su cuello con diminutos besos. Su lánguido deseo era aún más letal que cuando lo expresaba de forma agresiva.

El sexo no podría sustituir al amor, de eso Cara estaba segura. Pero en el instante en que la tocaba, la besaba, la miraba de cierta manera, sentía una cálida sensación en el pecho que le informaba de que aquello no era amor, pero sí algo muy parecido. ¿Cómo podía satisfacerla con semejante elocuencia si no sentía nada por ella? ¿Cómo era posible que no le importara cuando pasaba tanto tiempo dándole placer y avivando su llama hasta que explotaba de lujuria y se retorcía debajo de él?

Le encantaba la forma en que su cuerpo se cernía sobre el de ella, silenciando al resto del mundo; convirtiéndose en el centro de su universo.

La miró fijamente a los ojos y su vientre se llenó de mariposas. No importaba cuántas veces

ocurriera, la emoción y la novedad eran las mismas noche tras noche. Le dedicó una seductora sonrisa y se inclinó para mordisquearle el cuello. -Tu aroma es mágico.

-¿Otra cosa que te gusta de mí?- se burló ella en mitad de un gemido.

Él rió, admitiendo: -Oh, sí. Me encanta tu deliciosa fragancia.

¿Olía bien? Era la primera vez que se lo decía. Cara se rió y enterró el rostro en su pecho. Él se sumó a las risas con una carcajada que se desvaneció en cuanto puso las manos sobre su cuerpo. Sus pechos, su cintura, sus caderas. Le apretó la carne y gimió. -*Eres divina*.

Si la llamaba *divina* una vez más de aquella forma... se estremeció y se aferró a sus hombros, deslizando a continuación las manos por su tatuada espalda, atrayéndolo más hacía sí.

La pasión de aquella noche era dulce y meticulosa. Sin bondage, sin órdenes. Sólo dos mentes, dos corazones, dos cuerpos creando un vínculo, o eso le pareció a Cara. Aunque Logan quisiera tenerla cerca para proteger al bebé, aunque su necesidad fuera sólo física - Cara estaba empezando a sentir sus emociones. No era una máquina empeñada únicamente en salirse con la suya. La veía como una persona por derecho propio, o le habría exigido que aceptara su propuesta. En su lugar, parecía como si aquel delicioso acto fuera su forma de acabar con sus dudas.

Olvida tus preocupaciones y disfruta, se dijo Cara a sí misma. La piel desnuda de Logan junto a la suya, su hombría acomodada entre sus muslos haciendo sacudir su interior, sus pechos colmados sometidos a sus fuertes manos...

Podría perderse en aquel torbellino de pasión compartida, y casi dejó que creyera que era todo lo que necesitaba.

Mucho más tarde, satisfecha con su prolongado encuentro sexual, Logan atrajo a Cara a su lado y la miró con expresión sobria.

-Cara, no quiero que pienses que me parezco a tu ex. Mi mansión no es tu prisión, y no quiero que te sientas atrapada por el contrato. Quiero que te quedes, y quiero ser parte del embarazo, día a día. Ver cómo cambia tu cuerpo, experimentar todo contigo a medida que crece el bebé, y asegurarte que no tienes que hacerlo sola. Me entiendes, ¿verdad?

-Te entiendo- susurró ella, besándolo. Siempre le hacía sentir que su opinión importaba. Quería

decirle que no necesitaba convencerla. Se quedara o no, con contrato o sin él, no podía decir no a su corazón.

Pero sin amor, ¿cuánto tiempo duraría aquel matrimonio? Tal vez hasta que naciera el bebé, o hasta que Logan se cansara de ella. O quizás, cuando encontrara a alguien más exótica y original.

Cara se sintió enferma y decidió que necesitaba dormir. Incluso ver a Jude de nuevo quedó eclipsado por la propuesta de Logan y su delicioso encuentro sexual. Todavía le quedaba mañana, y el día siguiente, e incluso otro día después de aquel, antes de tener que tomar una decisión. Por el momento, se tomaría las cosas como vinieran. Era lo mejor que podía hacer.

Capítulo Ocho

Logan se volvió hacia la puerta al ver a Cara entrar en su despacho. Levantó un dedo mientras hablaba por teléfono, y Cara asintió y no interrumpió su conversación.

-De acuerdo, Connor. Te llamaré en cuanto tenga algo más. Gracias, tío.

Después de colgar, la sonrisa de bienvenida de Logan hizo que el corazón de Cara se derritiera. Era increíble cómo cada pequeño detalle de él la afectaba. Se estaba enamorando cada vez más, pero él seguía igual, tratándola con respeto y compasión, y una intensa atracción, pero nada más. Nada que superara la prueba del tiempo.

Cara pensó que era por la constante proximidad que compartían, e intentó mantenerse ocupada con su arte. Tenía toda aquella finca como patio de recreo, y podía montar a caballo, pasear e incluso hacer senderismo en el bosque que hacía las veces de jardín.

Pero a cada paso que daba recordaba que su corazón pertenecía a Logan. ¿Cómo demonios iba a recuperar el sentido común?

-¿Qué tal el chequeo?- preguntó Logan, desplazándose hasta donde estaba ella. Colocó una mano sobre su vientre, haciendo que casi brincara. Era un gesto muy natural, y no era la primera vez que lo hacía, pero seguía cogiéndola desprevenida cada vez.

-Tengo vez para otra ecografía dentro de una semana- le informó Cara.

-Iré contigo- dijo Logan con decisión. Cara no respondió, pero le miró con expresión inquisitiva.

-¿Estabas hablando con Connor?

-Sí. Verificando una cosa que está haciendo para mí.

-¿Te refieres a Jude?- preguntó Cara, casi temerosa de pronunciar su nombre en aquel mundo casi perfecto que compartía con Logan.

-Exacto. Me ha confirmado que Jude abandonó la ciudad hace dos semanas. Vamos a vigilar sus movimientos. Connor está investigando la posibilidad de obtener algún tipo de medida cautelar que impida que Jude se acerque a ti. Por si caso. ¿Te sientes más tranquila?

-Mucho. Gracias por hacer eso por mí.

-Ya te lo he dicho, haré todo lo posible para que te sientas segura. Lo único que hace falta es que accedas a casarte conmigo.

Cara suspiró.

-O podemos hacer lo que siempre hemos hecho, como cuando preparamos todo para la clínica. Fingir que somos pareja, y así nadie podrá montar un alboroto si el embarazo se hace público.

-Entiendo lo que dices- dijo Logan, entrecerrando los ojos. -Pero falta la parte en que el bebé tiene una familia estable, con ambos padres. Y quiero que sea así.

-Lo sé, Logan. Créeme, te entiendo. Pero ya he firmado una clausula para renunciar a mis derechos de madre, por lo que te puedes casar con otra persona y que adopte al bebé, y así tendrás la unidad familiar que tanto deseas.

Logan golpeó el escritorio con la palma de la mano, en un gesto de impaciencia que la pilló por sorpresa. Tomó aire, tratando de calmarse, y se giró hacia ella. -Sigues repitiendo lo mismo, pero no me vale. Soy consciente de que puedo tener a quien quiera como esposa, pero ya he dejado claro que tú eres la candidata perfecta.

-¿Por qué?- Cara le sostuvo la mirada y deseó que le dijera que era perfecta, no porque era la madre del bebé, sino porque tenía sentimientos por ella.

-¿Por qué?- él dio un paso adelante y tomó su rostro entre las manos. -¿Qué quieres oír, Cara? ¿Qué te impide acceder?

Cara se mordió el labio y sacudió la cabeza.

-¿Es porque venimos de mundos distintos? ¿Porque soy irlandés y tú estadounidense? ¿Porque soy rico y tú no? Joder, Cara. Nada de eso importa.

-No sabes lo que me pides.- Cara continuó sacudiendo la cabeza, como si estuviera en trance. -No sabes lo que es estar atada sin ningún tipo de garantías. Sí, puede que me ofrezcas estabilidad económica y todas las ventajas de ser la esposa de un millonario y la madre de su hijo. Pero yo quiero más.

Logan la miró extrañado, y ella supo que no entendía a qué se refería. Sabía que no tenía la misma opinión que ella sobre el amor y el verdadero romanticismo. Aquellos conceptos eran ajenos a un hombre

como él, y sin embargo, tenía esperanza...

-Mira, no puedo hacer esto hoy- dijo, levantando las manos. -No podemos seguir así sin llegar a un consenso.

-Tú eres la que es demasiado terca para admitir que te estoy ofreciendo lo mejor para todos- espetó Logan, que a continuación suspiró y observó la expresión enojada del rostro de Cara. -No era mi intención llamarte terca- añadió en un tono más calmado. -Y tienes razón – enumerar los beneficios económicos y sociales de casarte conmigo me hace parecer un cerdo arrogante.

Una discreta sonrisa se dibujó en los labios de Cara. -No he dicho eso. No ponga palabras en mi boca.

Logan posó su mirada en su boca. Recorrió con la vista las sensuales curvas abultadas y rosadas de su parte inferior. Cara hundió distraídamente los dientes en su labio y escuchó el grave gruñido procedente de Logan...

Cuando Cara había entrado en su despacho unos minutos antes, no imaginaba que su conversación acabaría con ella desnuda sobre el impecable escritorio de roble de Logan. Aunque tampoco le sorprendía. La mayoría de sus discusiones terminaban en un apasionado sexo de reconciliación. Como en aquel momento. Cara recordó haber retrocedido al percibir un oscuro anhelo en los ojos de Logan al mordisquearse el labio inferior. Un instante después, la agarró y tiró de ella hacia su fornido cuerpo. Unos cuantos besos fogosos bastaron para que abandonara toda lucha.

Lentamente, la despojó de su ropa y la tumbó sobre el escritorio, con el culo cerca del borde y las piernas separadas a cada lado de él. Liberó su abultado y duró miembro, empuñándolo con mano firme, listo para penetrar aquellos sedosos pliegues.

-Joder.- Se deslizó con toda facilidad en su empapada cueva, y hasta Cara se sorprendió de lo húmeda que estaba. Aquellas dichas hormonas hacían que siempre estuviera a punto, y una sola mirada de Logan bastaba para que se excitase.

La llenó generosamente y trastocó toda su existencia. Una vez dentro, clavado hasta las bolas en ella, la asió por los tobillos y los mantuvo en el aire, embistiendo su inflamado sexo.

-Eres jodidamente hermosa- gruñó, recorriendo con los ojos su atractivo cuerpo despatarrado

sobre su escritorio. El indicio de su vientre abultado era la imagen más sexy que jamás había contemplado. Y, junto con sus pezones, más oscuros y grandes, le hacía un nudo en la garganta. Cara era suya, y no sólo eso, llevaba dentro su semilla, su progenie. Sus pechos estaban más llenos por ello, y su figura también. El mero pensamiento de que era su vástago el que estaba provocando aquellos cambios en su cuerpo, le ponía más duro de lo que jamás había imaginado.

Nunca se saciaba de ella - de su bonito rostro, con sus luminosos ojos color avellana, su pequeña nariz y sus gruesos labios. De sus exuberantes senos, tan redondos y grandes que no pudo resistirse a atraparlos y sujetarlos mientras arremetía contra ella.

Sus jugos combinados brillaban en la suave delicadeza de sus muslos internos. Maldita sea, le encantaba la forma en que sus carnes se movían, haciéndole saber que la estaba follando en profundidad. Cara había sido hecha para él, y cada vez que estaba dentro de ella, no quería salir. No quería renunciar nunca a la sensación de sus angostas paredes vaginales acogiéndole en lo más hondo de su interior, acoplándose a él como ninguna otra mujer. Ni olvidar la imagen de su enorme masculinidad abriéndose camino entre sus mojados pliegues. Ni los gritos de éxtasis de Cara empapándole una y otra vez con sus interminables corridas.

Con una mano estrujando su pecho y la otra sujetándola por el tobillo, Logan continuó embistiendo cada vez más fuerte. Sostuvo su mirada y le hizo saber, grabándolo a fuego en sus ojos, que era suya y nunca la dejaría ir.

En aquel momento, sus embistes adquirieron un ritmo enfervorecido que le puso muy cerca del límite. Con un rugido, Logan se abandonó, arrastrando a Cara con él, desplomándose ambos en su mutua abstracción. Corriéndose juntos, elevándose juntos, terminando juntos.

Tenía que ser el mejor sexo que habían tenido hasta entonces. Espontáneo, carnal, y casi Neandertal. Y aún así, cuando se besaron tiernamente y Logan la estrechó entre sus brazos, ¿por qué degustó una nota de tristeza en sus labios? ¿Qué podría necesitar que no le estaba dando? Las mejores cosas, la pasión más cálida y el pacto más razonable - le ofrecía el mundo entero. *Entonces, ¿qué demonios estaba haciendo mal?*

Logan no lo entendía, pero decidió pensar en ello más adelante. Se estaba excitando de nuevo y se

sentía ansioso por volver a enterrarse dentro de ella. Pero esa vez, la llevó en brazos hasta la ducha. A medida que avanzaba el embarazo, su apetito era cada vez más insaciable. Logan siempre había tenido una libido muy alta, pero nunca se había convertido en adicción, como estaba a punto de ocurrir con Cara. ¿Por qué con ella todo parecía distinto y hasta nuevo?

Mucho más adelante se daría cuenta de que la pregunta debería haber sido: ¿por qué estaba tan ciego que no veía *el porqué* de que todo fuera tan especial? Otras mujeres se habían entregado a él con la misma pasión, pero Cara le envolvía en un maravilloso ardor que consumía las zonas más extrañas de su ser.

En la ducha, bajo el chorro de agua, la poseyó de nuevo, esta vez por detrás, mientras ella se arqueaba contra los azulejos. Su amplio y redondeado trasero amortiguaba sus vigorosas acometidas. Cada vez estaba más cremosa y contraída, palpitando alrededor de su recio y carnoso invasor que la arremetía con más fuerza cuanto más gemía y suplicaba. Le hacía ver sombras que le arrastraban a un sitio recóndito en el que necesitaba que le implorara clemencia ante sus feroces zambullidas.

Más, más, más... necesitaba más, hasta que no quedara nada, o hasta acabar con su lujuria - por el momento. Una violenta sacudida le golpeó el pecho, y Logan sintió el agua descendiendo por su mejilla, apoyada contra su cuello, mientras ambos se estremecían con la llegada de otro estruendoso y conjunto orgasmo que duró un tiempo desmesuradamente largo, y ninguno supo decir dónde empezaba el de ella y terminaba el de él. Entonces, se dio cuenta de que no podía haber otra mujer para él, nadie se acoplaría a él con aquella perfección que sólo con estar dentro de ella, explotando en y con ella, casi hacía que se le saltaran las jodidas lágrimas - ¡mierda!

No queriendo ahondar en aquella posibilidad, Logan besó su hombro apresuradamente y salió de ella con un gemido de satisfacción. -Ha estado muy bien, cielo. Un buen polvo - o dos - siempre me ayudan a concentrarme. Tengo que volver al trabajo.

Cara lo observó con una mirada de *¿En serio?* que le hizo querer sonreír para demostrarle que estaba bromeando, pero resistió el impulso. Besando por última vez su húmeda boca, le propinó una cachetada en el culo y salió de la ducha.

Cara sabía que estaba siendo infantil por enojarse de aquella manera con Logan, pero no lo podía evitar. Él ni siquiera sabía que estaba enfadada, lo que hacía que fuera peor. ¿Cómo podía un hombre ser tan inteligente como para amasar una fortuna comparable al PIB de un país del tercer mundo y no saber que le estaba haciendo daño?

Qué bruto.

Aunque odiaba sucumbir a sus encantos, lo hacía cada vez. Solo tenía que tocarla de cierta manera y ella se derretía. Incluso cuando le hacía sentir que solamente era un cuerpo sexy para satisfacer su exigente líbido, estaba demasiado excitada para resistirse. Ella también le necesitaba, el contacto físico y la forma en que se sentía cerca de él, sobre todo cuando más vulnerable se mostraba, gimiendo y estremeciéndose encima o debajo de ella, mientras llenaba sus entrañas con su esperma.

No podía aguantar más. Sabía que debía hacer algo, pero aún no se atrevía a sincerarse y decirle a Logan lo que le preocupaba. Si tenía que delectarse, no sería lo mismo. Tenía que saber que sus sentimientos, su entendimiento de lo mucho que significaba para él, habían surgido de forma natural y por voluntad propia.

Angustiada, ya había perdido los nervios con él aquella mañana y le había contestado mal. Había vuelto a tocar el tema de la boda, diciendo que podía conseguir algunos días libres antes de que terminara el año. Sería una ceremonia sencilla y elegante, dijo, y podía invitar a su familia e informarles del embarazo.

Cara le había espetado que era su vida y que no debía creer que podía dirigirla por ella.

-Eso es, enfádate- dijo él sacudiendo la cabeza hastiado, cuando ella se giró enojada hacia la ventana. La dejó allí, cerrando la puerta de un portazo al salir.

Una hora más tarde, Cara se había abrigado para combatir el frío otoñal. Sabía que Logan estaría encerrado en su despacho trabajando y no notaría su ausencia. Abandonó la casa en silencio.

Mientras se alejaba, contempló la mansión y creyó saber cuál era la oficina de Logan, donde, sin duda alguna, estaba demasiado ocupado para importarle que, una vez más, le había hecho sentirse insignificante.

Suspirando, metió las manos en los bolsillos del abrigo y tomó una decisión. Estaba demasiado

acostumbrada a huir. Pero aquella vez su huida era de tipo emocional. Todos los días huía de lo que sentía por él, pero ya estaba bien. Tomaría el control de su vida y, esta vez, no miraría hacia atrás.

Capítulo Nueve

Cara se había ido. Logan podía intuirlo.

La había escuchado salir de la mansión, pero lo primero que pensó fue que había ido a comprar algo. Había conseguido un encargo de una de las mejores galerías de arte, y estaba ansiosa por preparar su carpeta con los cuadros solicitados.

Pero de eso hacía horas. Marcó su número, pero no estaba disponible.

Nunca pasaba tanto tiempo fuera sin llamar - y ciertamente no apagaría el teléfono. Logan siempre se había mostrado firme en cuanto a mantenerse en contacto de forma constante, para asegurarse de que no estaba en peligro.

Ahora no sabía qué pensar. Hasta que se dio cuenta.

Se apresuró por los pasillos hasta su dormitorio. Revisó su ropa y otras pertenencias - todo estaba allí. Después, se dirigió a su estudio, donde también encontró todo en orden.

De repente, recordó unas palabras suyas sobre cuando decidió dejar a su ex, Jude. Sólo se había llevado lo que llevaba puesto y unos cuantos cuadros. Había dejado todo lo demás porque le pertenecía a él.

Logan pensó en su armario lleno de ropa de diseño, las joyas y los zapatos de su dormitorio. No había tocado nada, y no sabía qué cuadros faltaban, pero podría haberse llevado algunos.

¡Mierda!

Repitió en su mente la última discusión y su insistencia en casarse pronto. Además de aquello, Logan había estado ocultando sus sentimientos durante la última semana, sobre todo cuando hacían el amor. Había erigido un muro entre ambos para no tener que lidiar con lo que sentía por ella, y se odió a sí mismo por ello.

¿Cómo podía arriesgarse a sincerarse y revelar algo que ni siquiera era capaz de aceptar él mismo?

Desde el principio, había establecido en términos claros las normas de la subrogación y todo lo

relacionado con ella. Y tenía pensado otro contrato para cuando se casaran. Capitulaciones prematrimoniales, acuerdo de confidencialidad, y todo lo necesario para proteger sus intereses y los de su hijo.

Ahora, nada de aquello importaba.

El contrato no significaría nada si había decidido marcharse. La ley casi siempre favorecía los derechos de la madre y, además, la subrogación tradicional ni siquiera estaba reconocida en la mayoría de estados. Al estar relacionada genéticamente con el bebé, Cara tendría más o menos la última palabra, y si se trasladaba a la jurisdicción adecuada, Logan no podría exigirle nada de lo acordado.

Pero, ¿por qué era aquello lo que menos le preocupaba?

Lo que importaba era que la había ahuyentado con su cabezonería. Cara era sensible, pura y bella, y él había intentado luchar contra todo aquello con su inflamado ego.

Tras registrar su habitación, se le ocurrió otro pensamiento fortuito.

Sabía cómo encontrarla.

En un instante estaba fuera de la mansión, al volante de su Range Rover, y conduciendo a toda velocidad y con gran determinación.

No podía dejar que escapara. Vio su ubicación en el GPS de la pantalla del salpicadero. Cara llevaba un doble del reloj de Logan, y ambos tenían GPS. Había diseñado la aplicación él mismo, y podía localizar a Cara en cualquier momento. Observó la zona hacia la que se dirigía y su corazón comenzó a latir más y más rápido, pensando en la forma de recuperarla.

Podría ser demasiado tarde. Podría estar a punto de subirse a un tren en algún lugar, o dirigiéndose al aeropuerto. Una vez que estuviera a bordo de un avión, todo habría acabado. Sólo pensar que no la iba a ver más, a abrazarla de nuevo...

Trató de llamarla una vez más, pero lo único que escuchó fue aquella maldita voz mecánica informándole de que el número no estaba disponible. Esperó al pitido que le permitiría dejar un mensaje.

El corazón le latía violentamente. Su cerebro apenas funcionaba pero, de repente, pensó en su sonrisa e inocencia, y aquello le otorgó la determinación necesaria para dar el siguiente paso.

Comenzó a hablar con un tono más profundo que de costumbre, mientras por dentro sentía un

remolino de emociones que le hicieron agarrarse fuertemente al volante. -Cara, soy yo.- Y tras tomar aire, añadió: -Estás pensando en huir de nuevo, ¿verdad? Voy a por ti. No te preocupes, llegaré pronto. Te llevaré de vuelta a donde perteneces. Conmigo.

Incapaz de soportar el lento ritmo de los coches que circulaban por delante de él, giró el volante de forma brusca y los adelantó. Estaba deseando ver a su dulce Cara. Volvió a repetir su última conversación. -*No sabes lo que es estar atada sin garantías*- le había dicho, y ahora supo a qué se refería.

-No debería haber ignorado tus sentimientos. Ni ofrecerte solamente mi apellido y dinero para mantener a mi lado- dijo. -Te aparté porque no quería correr riesgos. Pero ahora todo eso me importa un bledo. Porque estoy enamorada de ti, Cara.

En el momento que Logan pronunció esas palabras, fue como si se hubiera quitado un peso de encima. De repente, el mundo pareció pasar a su lado como en una alegre brisa, y su mente se aclaró. -He aprendido a amarte y a amar todo sobre ti. Voy a rectificar y hacer que todo vaya bien, *te lo prometo*.

Cara salió cojeando del complejo hospitalario y consiguió bajar los escalones de piedra hasta la carretera. Allí estaba esperándola un joven con una vespa, vestido con un uniforme de repartidor, que comenzó a disculparse profusa y nerviosamente.

-Lo siento muchísimo- declaró. -Has debido asustarte mucho.

Cara le dedicó una sonrisa incómoda. -El médico dice que es sólo un rasguño- le aseguró, señalando el esparadrapo de su rodilla derecha. -No te preocupes. Pero ten más cuidado la próxima vez. Podría haber sido mucho peor.

Un momento después, estaba buscando un taxi con la mirada, tras despedirse del repartidor que seguía agradeciéndole efusivamente que no hubiera montado ningún lío por el accidente. Cara sacudió la cabeza.

Mientras esperaba a que apareciera un taxi, decidió comprobar su móvil y se sorprendió al encontrarse con una pantalla en blanco. *¿Porqué estaba apagado?* Lo observó confundida, preguntándose si se habría roto en el accidente.

Encogiéndose de hombros, volvió a metérselo en el bolsillo e hizo un gesto a un taxi para que se detuviera. Estaba deseando llegar a casa y poner los pies en alto después de aquellas últimas horas de caos.

Logan se sorprendió al ver que el GPS de Cara la situaba dirigiéndose en dirección a la mansión. *¿Estaba regresando?* Sintió un alivio instantáneo que le hizo suspirar profundamente.

¿Habría cambiado de opinión? Eso esperaba. Tal vez escuchó su mensaje de voz.

Ahora podían arreglar las cosas. Rápidamente, dio la vuelta y se dirigió a casa, pensando en cómo podría conseguir que Cara jamás volviera a dudar de sus sentimientos e integridad.

De repente, le sonó el móvil, y escuchó la cadenciosa voz de Kimmy. -Sr. Logan, ¿dónde está? La señorita Cara está en casa, ya puede dejar de buscarla.

-Gracias, Kimmy. Estoy cerca de la verja.- Podía ver la mansión en la distancia, y nunca le había resultado tan reconfortante como en aquel momento.

-Ha debido de estar muy preocupado, Sr. Logan- dijo Kimmy tras abrir la puerta unos minutos más tarde. -Gracias a Dios que el accidente no ha sido grave. La señorita Cara está bien.

Logan se detuvo en seco. -¿Qué accidente?

Kimmy explicó que Cara se había topado con una moto al salir de la tienda de arte. Había acudido al hospital para hacerse un chequeo, pero sólo se trataba de un rasguño. -El bebé está bien, no se preocupe- añadió Kimmy con una enorme sonrisa.

-Gracias a Dios. ¿Dónde está Cara? Entonces, ¿no había huido?

-Ha subido a cargar el móvil. Se le ha apagado, y creyó que podría estar roto, pero era sólo la batería, supongo que ya lo habrá cargado- informó Kimmy.

Logan parpadeó al entender lo que estaba oyendo. Se dio cuenta de lo que había hecho -preocuparse por Cara, dejar ese mensaje en su teléfono... *Mierda.*

-*Que no encienda el móvil*- murmuró, consternado. Se giró y subió las escaleras de dos en dos ante la perpleja mirada de Kimmy.

Mientras tanto, Cara suspiraba de alivio al ver que el teléfono se encendía al enchufarlo. Parecía

ser que tenía la batería agotada después de todo, nada grave.

Al instante, comenzó a recibir llamadas perdidas, y vio que eran todas de Logan. *¿Para qué le había llamado tantas veces? ¿O estaba siendo de nuevo sobreprotector?*

Suspirando, hizo clic sobre el mensaje de voz que aparecía en la pantalla, y estaba esperando a escucharlo cuando oyó unos sonoros pasos corriendo escaleras arriba, seguidos de la voz de Logan gritando su nombre.

-Estoy aquí- le informó, para que supiera que estaba en el dormitorio y no en el estudio. Parece que se ha preocupado porque he tardado en volver, pensó con una pequeña sonrisa que se desvaneció lentamente al empezar a escuchar el mensaje.

-¿Estás pensando en huir de nuevo, ¿verdad? Voy a por ti- dijo la voz profunda de Logan.

¿Huir? ¿De qué estaba hablando? se preguntó Cara aturdida.

Siguió escuchando y su corazón empezó a palpar con fuerza. Casi no podía dar crédito a sus oídos, y las siguientes palabras aceleraron su pulso aún más...

-Pero ahora todo eso me importa un bledo. Estoy enamorada de ti, Cara.

Logan irrumpió en la habitación.

Cara se levantó lentamente del borde de la cama, con el teléfono todavía pegado a la oreja, y miró fijamente a Logan, que se paró jadeando a unos centímetros de ella y parecía preparado para arrebatarse el móvil de las manos.

Pero entonces pareció detenerse, sosteniendo su mirada como si se hubiera transformado en hielo.

-He aprendido a amarte y a amar todo sobre ti. Voy a rectificar y hacer que todo vaya bien, te lo prometo.

Su voz nunca había sonado tan emotiva. Cara no pudo evitar quedarse sin aliento, a la vez que bajaba lentamente el teléfono. Escuchó a Logan dejar escapar un suspiro casi imperceptible, como si por fin se rindiera. Los rayos del sol penetraron en la habitación a través de las ventanas, bañando a ambos en una resplandeciente luz.

-Ya lo has debido oír todo- dijo, asintiendo con la cabeza en serena aceptación. -Es exactamente como digo en el mensaje. Te amo, Cara.

Cara se quedó sin aliento una vez más y se tapó la boca con la mano. Oírle decirlo en persona hizo que sonara más real, porque aún no se creía que no lo hubiera soñado la primera vez que lo escuchó. Dejó caer el teléfono al suelo, consumida por la verde intensidad de la mirada de Logan.

-Logan, ¿cómo...? ¿Por qué te has enamorado de mí?- dijo, en estado de shock. -Quiero decir, es lo que siempre he querido, pero no puedo creer que sea verdad. ¿Qué...? ¿Cuándo...?

Logan sonrió, encontrando su confusión entrañable. -¿Cuándo crees que empecé a enamorarme de ti?

-¿Cómo quieres que lo sepa?- protestó Cara, ruborizándose. -Siempre me maravilló que me eligieras, o que te sintieras atraído hacia mí. Me preguntaba si de alguna manera sentías curiosidad después de haber estado con hermosas mujeres toda tu vida.

-No te subestimes. ¿En serio no tienes ni idea de lo alucinado que estoy contigo?- bromeó Logan. -Recuerdo estar contigo en un evento lleno de atractivas mujeres - supermodelos, actrices, jóvenes de la alta sociedad. Y entonces te miré y me di cuenta de que ninguna otra me apasionaba tanto como tú. Porque para mí, tú siempre serás la mujer más hermosa que existe. Fue entonces cuando supe que me había enamorado de ti.

-Logan.- Los ojos de Cara se llenaron de lágrimas, cosa que odiaba, y apenas pudo mantener la compostura de la emoción. Pero Logan le dedicó esa seductora sonrisa suya que no podía resistir, y la hizo sonreír a través de las lágrimas. -Yo también te amo- dijo. -Y pensaba decírtelo hoy, cuando regresara. Estaba harta de ignorar mis sentimientos y quería hacerles frente, aunque me rechazaras o te deshicieras de mí.

-Y yo pensando que te habías cansado y me dejabas- dijo él con un gemido. -He ido de una habitación a otra buscándote, estaba seguro de que te había espantado con mi orgullo. Y entonces he recibido las señales de tu smartwatch, y tenía intención de seguirte y traerte de vuelta. Nunca me he sentido tan desesperado en toda mi vida.

La atrajo más hacia sí, deslizándolo por todo su cuerpo y descansando una de ellas sobre su abultado vientre. -¿Seguro que todo está bien? ¿Contigo y con el bebé?

Cara asintió con firmeza. -El médico me ha asegurado que ambos estamos bien. Fue un repartidor

que aceleró demasiado y casi me atropella, pero logró apartarse a tiempo, y sólo me caí al suelo de la sorpresa, y así es como me he raspado la rodilla.

Cara sonrió cuando Logan la levantó en brazos, como para ahorrarle más sufrimiento en su dolorida rodilla. Se sentó en el borde de la cama y la colocó en su regazo, examinando cuidadosamente la herida que estaba minuciosamente cubierta.

-Me asusta pensar que podrías haberte lastimado- dijo, con sus ojos verdes cargados de ira. -Si llego a ponerle las manos encima a ese desgraciado motorista...

-Logan, por favor, no ha pasado nada. No te estreses- dijo Cara. Su corazón se alegró al ver cuánto le importaba, y no solamente por el embarazo. Tomó su rostro entre las manos y lo miró con adoración. Sus ojos se clavaron en los suyos, y de repente se sintió tímida e intentó apartar las manos.

Pero él las sostuvo y mantuvo presionadas contra su cara. -Tus manos son tan frescas y suaves- dijo con voz ronca. -Otra cosa que me encanta de ti - tus preciosas y delicadas manos. Ver cómo preparas una taza de té, o pintas uno de tus bonitos cuadros, es pura poesía.

Cara pronunció su nombre con un suspiro, y entrelazó las manos en su nuca, presionando con fuerza sus labios contra los de él.

Se sintió como si fuera su primer beso, el primero lleno de promesas y sueños. Suave y persistente, pronto se intensificó con la emoción - alegría y euforia ... y a continuación con el deseo, la pasión y la excitación.

Cara sintió cómo las manos de Logan le desabrochaban los botones para después quitarle la camisa, seguida del sujetador.

Liberó sus pechos de grandes y oscuros pezones, deseosos de ser mordisqueados y succionados; ella tomó su cabeza entre sus manos y gimió cuando él atrapó uno de ellos con su boca. Logan introdujo los dedos en sus bragas, y acarició su exquisito centro, deleitándose con aquella húmeda suavidad y sus gemidos de placer. Le masajeó el clítoris y envolvió la lengua alrededor de un pezón, propinándole tenues mordiscos que hicieron que se mojara aún más. Cara enterró el rostro en su hombro, dejando escapar un pequeño chillido y mordiéndole el cuello.

Joder, aquello le volvió loco. Pero no tanto como cuando Cara se bajó de su regazo y se arrodilló

frente a él.

La forma en que acarició su verga y empezó a lamerla lentamente, antes de colocar los labios a su alrededor, fue una fantasía hecha realidad - para ambos. Cara gimió de deleite al probar su sabor y textura. Lo envolvió con sus delicadas y gélidas manos, lo que hizo que su miembro pareciera aún más inmenso. Sus labios se estiraron sobre su polla; era tan grande que sólo pudo engullir la mitad. Sus intensos e irregulares gemidos, y sus dedos guiando su cabeza, fue toda la motivación que Cara necesitó.

Sus empapados pliegues se henchían y goteaban con cada embate de su falo en su boca. Cara puso los ojos en blanco de puro placer, y sintió cómo le apretaba los senos, tirando de ellos hacia arriba para que amortiguaran su deslizante hombría al embestir su boca. Cara siguió su ejemplo y empezó a alternar entre mamarle y estrujarle entre sus pesados y sensibles pechos.

Con su hombría embutida en mitad de sus montículos, Logan arremetió en aquel exuberante enclave, gruñendo. Sus manos manipulaban la retozona carne con una brusca satisfacción que hizo que Cara gimiera su nombre. Él le dijo lo sexy que eran sus pechos y cómo deseaba correrse sobre ellos.

Sus palabras hicieron que gimiera más fuerte, y que quisiera que hiciera justamente eso. Intensificó el placer oral sobre su carnosa y dura longitud y dejó que embistiera cada vez más rápido, no sólo su boca, también la hendidura entre sus colmados senos. Rozó con la punta de los dedos la parte inferior de su escroto, y lo sintió oscilar contra sus caja torácica a la vez que sus caderas se movían con más rapidez y urgencia.

-Quiero tu leche- gimió. -Por favor, córrete en mis tetas y en mi cara.

Su sexy diosa le estaba conduciendo directamente al borde del abismo. Logan no pudo resistir aquella imagen durante mucho más tiempo, y pronto le entregó lo que pedía. Un chorro de semen caliente salió disparado del sombrerillo de su amplia seta y aterrizó sobre los expectantes pechos de Cara.

-¡Oh!- clamó ella con sensual deleite, dejando que el abundante esperma cubriera sus senos, antes de agarrar la base de su polla y presionar la lengua sobre la punta, con el fin de que el resto de su corrida acabara en su boca.

-Joder, Cara- jadeó Logan. Le acarició el cabello y la observó tragar su esencia y relamerse los labios, diciéndole con la mirada que tenía hambre de más.

El renovado vigor de su miembro le informó de que estaba más que dispuesto a llevar a cabo aquella deliciosa tarea. Con un gruñido, la asió por las axilas y la depositó sobre la cama. Iba a hostigarla a lenguetadas hasta que no pudiera aguantar más. Y después a enterrarse en ella tan profundamente que se fundirían en cuerpo y alma.

Pero primero trajo un paño húmedo para limpiar la untuosidad de sus senos, y cuando regresó al dormitorio la encontró ansiosa y dispuesta. Se colocó delante de la cama y comenzó a quitarse la ropa, y le ordenó abrir bien las piernas, con las rodillas levantadas, para poder contemplar su esperado festín mientras se desnudaba.

Joder, la imagen de Cara expuesta ante él de aquella forma le provocó una especie de vértigo. Podía oler su excitación. La reluciente confluencia de aquellos gruesos y suaves muslos, hizo que su sangre hirviera con un oscuro deseo. Estaba empalmado, caliente y rezumando líquido preseminal, viendo cómo ella jadeaba con expectación, con aquellos magníficos pechos subiendo y bajando con cada respiración.

Su redondeado vientre estuvo a punto de acabar con él, poniendo su cuerpo a cien. No podría contenerse mucho más tiempo.

-¿Qué me haces, preciosa?- rugió. -Me hechizas con sólo respirar.

Se puso de rodillas sobre la cama y colocó la cabeza entre sus temblorosos muslos. Enterró su rostro en su montículo y comenzó a lamer y mordisquear. Succionó el necesitado botón de su clítoris y hundió la lengua lo más profundo de su coño. Ella gritó y se corrió violenta y repentinamente en su lengua, empapándolo todo.

-Completamente calado, justo como me gusta- rugió él, moviendo las manos debajo de su trasero y levantándola aún más contra su boca. Cara se aferró a su cabello con fuerza, pero a Logan no le importó. Sus caderas oscilaban hacia adelante y hacia atrás en respuesta a lo que él hacía con su lengua, y le estaba volviendo loco.

-Ahhh... oh Dios mío, síiiii. Me.... uf... me corro otra vez- gritó Cara, arqueando la espalda abruptamente al alcanzar otro orgasmo. Logan lamió cada gota de su embriagante néctar, esperando que regresara a la tierra pero manteniéndola al borde del desmoronamiento, y su cuerpo pronto quiso más.

Retiró los labios de su dulce panal a regañadientes, y besó la cara interna de sus muslos. Sus suaves gemidos le animaron, y presionó su boca contra su abultado abdomen antes de izarse para cubrir su cuerpo. Besó su expectante boca y ella gimió con deseo ante el lascivo sabor de su propia corrida.

Para su sorpresa, Logan se recostó en las almohadas y le pidió que llevara la voz cantante. Su clítoris comenzó a dilatarse ante la idea de tomar el control, y le faltó tiempo para obedecer.

Se subió encima de él a horcajadas. Levantando el culo, Cara tomó la gruesa base en su diminuta mano y descendió lentamente sobre su polla, delicioso centímetro a delicioso centímetro. Cuando por fin se hundió hasta sus cojones, dejó escapar un vigoroso suspiro. Logan gimió y tomó sus senos, contemplando su rostro mientras disfrutaba de la forma en que masajeaba y jugueteaba con sus pechos.

-¿Estás lista para mí?- susurró con los dientes apretados.

Cara gimió y se movió hacia arriba y hacia abajo sobre él, a un ritmo sensual. -Sabes que sí.

Se inclinó sobre su torso y le besó los pectorales, lamiendo y succionando sus pezones. Movié el trasero más rápido encima de él, que gruñía de placer con sus grandes manos sosteniendo firmemente cada una de sus redondeadas nalgas.

Estaba... Joder... estaba perreando encima de él, meneándolo dentro de aquella caliente cavidad de una forma que le hizo perder todo enfoque. Su ritmo era vigoroso, necesitado y firme, y él lo siguió golpeando su punto G. Ella gritó "Síiiiiii" repetidamente, y junto a su restregamiento, hizo que se acercara al orgasmo peligrosamente. *Mierda*. Le estaba haciendo perder el control como nunca antes.

Logan gimió y se incorporó para atrapar sus labios. Le frotó los pezones y alcanzó su ápice entre sus resbaladizos muslos. Le pasó los dedos por el clítoris, casi empujándola al delirio, mientras sus cuerpos bailaban cada vez más rápido al unísono.

Cara miró fijamente aquellos fieros ojos verdes, que estaban oscuros de pasión. Su respiración se aceleró al sentir que comenzaba a subir la pendiente de su inminente orgasmo. La plenitud de él era más poderosa de lo que la frágil vasija de su vagina era capaz de soportar durante mucho tiempo. Pareció hincharse más que nunca, y ambos pudieron sentir la detonación a punto de estallar.

-Tienes un coño jodidamente apretado, Cara. Eres perfecta. Preciosa y sexy. Joder. Siente lo que me haces. No puedo estar con nadie más, y tampoco querría.

Tras aquellas palabras, Cara se derrumbó en una avalancha de éxtasis. Logan pudo sentir cada contracción, palpito y espasmo de sus tensos músculos alrededor de su polla, y le fue imposible evitar su propio y monumental orgasmo. Si el amor fuera un filtro de color, en aquel momento desintegró el mundo a su alrededor en los tonos más vivos y brillantes, destruyendo cualquier sombra de duda que había reinado antes.

Capítulo Diez

Cara aún se sentía eufórica tras su primera exposición individual que había tenido lugar la semana anterior. Casi tanto como un mes atrás, cuando su presentación en la muestra de arte más prestigiosa del año fue premiada con el galardón a la mejor artista novel. No podía dar crédito a las excelentes críticas de diversos informes online en las que describían su obra como "vanguardista y única". Acababa de leer un artículo en el que la llamaban una de las principales "artistas emergentes" del año. ¡Era alucinante!

Logan notó su sonrisa de felicidad al entrar en el dormitorio. Ya había leído el artículo, por supuesto; era su principal animador, y siempre estaba al día con las noticias sobre su trabajo.

-Enhorabuena, cariño- dijo, besándole la coronilla. -La gente siente una enorme conexión con la forma en que ves el mundo. Captas lo contemporáneo y lo cultural, y utilizas la pintura como nadie se ha atrevido antes.

-Y todo gracias a ti- dijo ella, dedicándole una dulce sonrisa. -Tú me hiciste ver el mundo bajo una nueva luz, y he aprendido a ser yo misma.

-Gracias por decir eso- dijo Logan. Y pareció contenerse antes de añadir: -Pero no voy a apoyarte con ese agotador calendario. Estás en tu segundo trimestre y deberías tomarte las cosas con calma. La obra que creaste para exponer durante el verano, es suficiente por ahora.

-¿Y qué sugieres que haga? ¿Punto? ¿Quizás un poco de jardinería?

-Ya pensaremos en algo- respondió él, ignorando por completo su tono sarcástico.

-¡Logan! Me prometiste que no ibas a ser un controlador- se quejó.

Él simplemente sonrió y la sentó en su regazo. Sus ojos se deslizaron de forma posesiva sobre su cuerpo y se posaron en su ahora enorme vientre. -Lo sé. Ya pensaremos en algo, como he dicho. Te prometo que encontraremos la forma de estar los dos contentos.

-Siempre tan diplomático- dijo Cara poniendo los ojos en blanco.

Una sonrisa apareció en sus labios al ver la cabeza de Logan acercándose para atrapar su boca con un delicado beso. -¿Tienes hambre?- le preguntó con voz ronca.

-Mm... depende. ¿Qué me ofreces?- Sus ojos danzaron maliciosamente mientras se abrazaba a su cuello.

-He preparado algo especial- dijo él. -La mesa ya está puesta, y estoy deseando saber qué te parece.

Cara volvió a quejarse. Sólo con pensar en comida se ponía mala. Continuó lamentándose mientras Logan la conducía por las escaleras hasta una mesa en la que había un sólo cubierto de plata.

-Logan- comenzó, demorándose en acercarse a la mesa. -Te lo digo en serio, puedo vomitar con sólo oler comida.

-Aún así, deberías comer algo- dijo él, apuntando al plato. -Me he esforzado mucho, te lo advierto. Pruébalo, al menos.

-Oh, Dios mío- suspiró Cara de forma dramática. ¿Cómo podía decir no a aquellos ojos verdes? Aunque seguía protestando en voz baja, Logan sonrió socarronamente y fue a levantar la tapa. Pero en el último momento se detuvo, se volvió hacia ella, y dijo con galantería: -Ábrelo tú.

-¿Tan especial es?- gimió ella, preguntándose a qué venía tanta ceremonia. Murmurando, levantó la cubierta para revelar el contenido del plato. Y se quedó inmóvil como una estatua. Oh, *Dios mío*.

En una caja en el centro de un sencillo plato blanco, había un deslumbrante anillo de diamantes. Y era *enorme*.

-Logan... ¿es eso...? ¿Estoy soñando?- Cara se quedó sin aliento, mirando a Logan con asombro. Él sonrió, cogió el anillo y lo deslizó en su dedo. -No, querida, esto es real. Tan real como mi amor por ti.

Besó su mano y Cara soltó una risita.

Logan sostuvo su mirada y su risa se transformó en emoción, y dijo a dura penas: -Muchas gracias.- Se ruborizó y comenzó a abanicarse los ojos con la mano, tratando de controlar las lágrimas.

La sonrisa indulgente de Logan la derritió por dentro y no pudo apartar la mirada de sus ardientes ojos. -Cara. ¿Quieres casarte conmigo?

Cara sólo pudo asentir con la cabeza, abrumada por lo inesperado de la situación. Logan la atrajo hacia él y la abrazó con fuerza, y ella le colocó los brazos alrededor del cuello.

Sintió sus mejillas calientes de felicidad y lo miró a los ojos. -¿Cómo se te ha ocurrido algo tan romántico?

-He investigado un poco- admitió Logan con una sonrisa petulante. -Y esta era la mejor idea.

-Estoy *completamente* de acuerdo- dijo ella con una sonrisa trémula.

En aquel momento era más feliz que nunca. Las últimas semanas sólo les habían traído cosas buenas. Como cuando averiguaron que Jude acabó entre rejas por posesión de estupefacientes.

A Cara le había sorprendido la noticia porque no sabía que su ex tomara drogas.

-Hacía muchas cosas que tú no sabías- le informó Logan después. -¿Sabes su trabajo para una empresa de importación? En realidad era un cartel de drogas. Gracias a ese expediente que conseguí sobre él, he obtenido mucha información sobre lo que escondía tras esa máscara. Jude estaba relacionado con todo tipo de negocios sucios - contrabando de armas, extorsión, drogas, y una lucrativa red de trata de personas. La única razón por la que no le he encontrado y le he cortado las bolas, es porque nunca te metió en toda esa mierda.

Cara sacudió la cabeza con consternación. -Sí, puede que me mantuviera alejada de ese mundo, pero me puso en otro infierno personal de su propia cosecha. Ahora me estoy empezando a dar cuenta de que sus repentinos cambios de humor y comportamiento violento, seguramente tenían que ver tanto con el abuso de sustancias como con su naturaleza sádica.

-Ya no tienes que preocuparte por él. Va a estar encerrado durante mucho, mucho tiempo- le aseguró Logan, abarcando su tembloroso cuerpo con sus fuertes brazos. -No iba a decírtelo, pero su arresto se debió principalmente a un soplo que le llegó a la policía, y Connor utilizó su influencia como fiscal para asegurarse de que acabara en manos de la justicia.

Cara no quiso profundizar más y averiguar si fue Logan el que le proporcionó el soplo a la policía. Estaba muy contenta de haber superado todas las cosas negativas que habían dificultado sus vidas.

Aunque no podía negar que aún se sentía culpable cuando pensaba en Meg.

Como Cara le suplicó a Logan que no la despidiera, la había transferido a otro departamento de su empresa. Logan insistió en que ya no podía confiar en ella con nada que tuviera que ver con su familia o sus intereses personales.

Por lo menos no ha perdido el trabajo, pensó Cara esperando que la joven pudiera ser feliz. Según Logan, Meg le había confesado que los vio teniendo sexo y se sintió devastada. Cara nunca se habría imaginado que aquella estoica rubia estuviese enamorada de él y que hubiera intentado causar problemas entre ellos.

Pero todo aquello era historia. Cara tenía un bebé en camino, y poco después, una boda irlandesa...

Un año más tarde ...

Sus impresionantes nupcias tuvieron lugar en la casa señorial de Logan, en un césped de 20 acres con un maravilloso lago artificial. La mansión tenía doce habitaciones en-suite, una enorme bodega, y hasta piscina cubierta.

Cara se enamoró de ella desde el primer momento. Era tan lujosa como las demás propiedades de Logan por todo el mundo. Decidieron esperar unos meses tras el nacimiento de su preciosa hija Oona para casarse, y Cara estaba feliz de poder entrar en su ajustado vestido blanco de novia.

Casarse con Logan en su madre patria era como un cuento de hadas. A Cara le encantaba, no sólo el hermoso lugar, también sus gentes. Eran maravillosos, muy divertidos y verdaderamente amables - gente buena sin pretensiones.

Disfrutó de el ritmo de vida en el campo, de sus pubs y ferias. Incluso recibieron la visita de Egan y su hermano Finn, y los tres salieron a cazar perdices en los bosques de la finca de Logan. Mientras tanto, Cara se hizo amiga de Penélope, la preciosa mujer de Egan, y ambas compartieron montones de recetas cuando los hombres estaban en el campo cazando.

Cara también se divirtió en Dublín, la ciudad en la que creció Logan. Después de una semana tuvieron que dejarla para irse de luna de miel, aunque Logan le prometió hacer de ella una verdadera dublinesa.

Cara rió y dijo que siempre le gustaría regresar con él. Le encantaba todo lo que tuviese que ver con la vida de Logan, sus sueños, y todo lo que hacía que fuera él.

Durante el último año había aprendido que en la vida no hay nada más importante que el *amor*. La forma en que acercaba a la gente, sanaba espíritus rotos ... creaba familias donde antes sólo había

extraños...

Cuando llegó por primera vez al mundo de Logan y fue elegida para tener el bebé de un desconocido, ambos eran muy diferentes, como la noche y el día, y sin embargo, el amor surgió de forma natural, superando todos los límites.

Cara siempre había pensado que era rara, demasiado extravagante, y con muchos fallos... pero el amor le demostró que incluso alguien como ella podría encontrar a su alma gemela. Conoció a Logan, encontró el amor... se convirtió en mejor persona en el momento en que decidió ser valiente y dejarlo entrar en su corazón.

Y así se lo dijo, besándolo apasionadamente en la mañana después de su noche de bodas. Caminaban por la pintoresca playa de su exótico destino de luna de miel en el Lejano Oriente.

Él la atrajo hacia sí. -Haces que lo conocido sea nuevo. Siempre que estoy contigo es como si regresara a casa. ¿Qué te hizo confiar en mí y darnos una oportunidad?

Cara lo miró fijamente a los ojos. -Cuando era niña, nunca tuve a nadie en quien apoyarme. Tú fuiste la primera persona que creyó en mí, que me dijo que era fuerte, que era hermosa y valiente. Que era digna de amar.

Logan tomó su mano y la besó. -Cara, te diré esas mismas palabras durante el resto de nuestras vidas, lo prometo. Eres muy valiente, y hermosa - y digna de todo el amor que te puedo dar y mucho más. Te amo.

-Yo también te amo. Ella sonrió y se dio la vuelta sorprendida cuando otra pareja pasó corriendo a su lado. La chica reía jovialmente mientras su compañero la perseguía.

-Parece divertido- dijo Cara con una expresión maliciosa. -Podrías intentar atraparme.

Se alejó de él y Logan gruñó. -Ni hablar. Esos dos están locos. No te voy a perseguir por la playa, Cara- espetó.

Ella simplemente se mordió el labio y se preparó para echar a correr. -¿Me tienes que pillar, ¿vale?

Logan siguió diciendo que no lo haría, pero Cara sonrió secretamente. Comenzó a correr, mirándolo por encima del hombro.

-Por el amor de Dios, Cara.

Y echó a correr tras ella. Corrieron a toda velocidad, riendo y salpicándose mutuamente en la orilla, como dos adolescentes. Cara lanzó una risotada, encantada con su marido, que podía ser duro pero que en el fondo siempre se mostrara amable. Veía esa ternura en él cada vez que sostenía a su hija en sus enormes manos. En la forma en que la acunaba mientras la agotada Cara descansaba y contemplaba a padre y bebé con una indulgente sonrisa en los labios.

Nadie hubiera pensado que Cara y Logan hacían buena pareja, y mucho menos ella, que pensó en la primera vez que se alojó en la mansión con su carácter nervioso y su entrometido comportamiento.

En cierto modo, habían llegado a aceptarse mutuamente, con defectos y todo, y aquel era el mejor regalo que el amor les podía dar.

FIN

[¡HAZ CLIC AQUÍ](#)

**para suscribirte a mi boletín de noticias y recibir actualizaciones
EXCLUSIVAS sobre ofertas, anticipos y novedades!**

OTRA HISTORIA QUE TE PUEDE GUSTAR

La Novia Raptada del Príncipe Rico

Por Sophia Lynn



[¡PINCHE AQUÍ](#)

para suscribirse a nuestro boletín y conseguir EXCLUSIVOS

adelantos, actualizaciones en todas las ofertas, y nuevos lanzamientos!

La Novia Raptada del Príncipe Rico

Por Sophia Lynn

Todos los Derechos Reservados. Copyright 2015-2017 Sophia Lynn.

[¡PINCHE AQUÍ](#)

para suscribirse a nuestro boletín y conseguir EXCLUSIVOS

adelantos, actualizaciones en todas las ofertas, y nuevos lanzamientos!

Capítulo Uno

Irene respiró profundamente, y luego volvió a respirar. Daba igual cuántas veces lo hiciera, daba igual cuántas veces intentara visualizar una luz blanca pura o contara hasta diez deliberada y cuidadosamente, no lograba que su corazón latiera más despacio, ni que su pulso dejara de agitarse.

En cambio, todo lo que conseguía era quedarse plantada en el piso del aeropuerto, aferrarse a su maleta con más fuerza, y reflexionar sobre lo que había pasado hace dos días.

Hace dos días, ella era tan sólo otra estudiante de postgrado de la Universidad de Khanour, que asistía a clase, mandaba mensajes a sus amigos y se lo pasaba bien investigando en una universidad extranjera. Khanour, uno de los prósperos pero aislados miembros de los EAU, era un tesoro escondido de material para su tesis sobre arte pre-islámico, y sabía que dejaría el país bien preparada para acabar su tesis.

Hace dos días, andaba pensando sobre el simbolismo del agua en ciertos retratos antiguos, cuando, de pronto, dos hombres corpulentos se le habían aparecido a cada lado. Vestían de modo normal, pero había algo amenazador en ellos, algo profundamente aterrador en el modo en que la miraban.

—¿Es usted Irene Bellingham? —preguntó uno.

Antes de que pudiera pensar en mentir, asintió, y se acercaron aún más. Un rápido vistazo a la calle reveló que estaba bastante sola, y se le ocurrió que los hombres sabían que era así antes de acercársele.

—De acuerdo, necesitas venir con nosotros —dijo el otro, y retiró su chaqueta lo suficiente para que ella pudiera ver la empuñadura de la pistola que aquel llevaba oculta en una funda de hombro.

Irene se quedó congelada. Aquí no había elección, nada que ella pudiera hacer. En cambio, se dejó arrastrar a un coche que estaba esperando, mientras se preguntaba lo que sería de ella. Había oído hablar de chicas que eran raptadas en otros lugares del mundo, pero Khanour era considerada bastante segura. La habían llamado por su nombre, ¿qué se supone que significaba esto?

Obtuvo su respuesta media hora más tarde cuando los hombres la escoltaron a una pequeña casa en lo que parecía un barrio agradable. Los hombres parecían suficientemente corteses, pero no tolerarían ninguna tontería. La llevaron a una pequeña oficina con un simple ventanuco y le señalaron una silla.

Esperó al menos quince minutos antes de que apareciera un hombre de baja estatura con apenas algo de pelo alrededor de la cabeza. Parecía a todas luces un contable agobiado, pero había algo en él que le hacía ponerse temerosamente a la defensiva.

—¿Qué hago aquí? —preguntó.

El hombre frunció el ceño de modo petulante. En lugar de responder, hizo un gesto a uno de los hombres que estaba de pie tras ella. Antes de que Irene pudiera reaccionar, la mano del hombre salió disparada, y atrapó el borde de la oreja de Irene para retorcerla encarnizadamente. Ella gritó de rabia y

dolor, y se llevó la mano a la oreja dolorida cuando soltó. Quemaba al tocarla, y miró al hombrecillo del otro lado de la mesa, con los ojos bien abiertos llenos de lágrimas.

—Eso era para enseñarte una lección —dijo el hombre de modo anodino—. Pero quizás también pueda servir como introducción. Somos gente que sabe perfectamente cómo herirte, pero también sabemos hacerlo de modo que nadie lo vea. Podía haberle dejado a mi socio prácticamente arrancarte la oreja, y habría dolido como si lo hubiera hecho, pero dejaría rastro. Ahora, yo voy a hablar y tú vas a escuchar, ¿sí?

La cara del hombre reflejó una sonrisa, algo que parecía mucho más terrorífico, en varios sentidos, de lo que había sido su ceño fruncido.

—Bien. Ahora al asunto. Llevamos un negocio que cuenta con una necesidad, y es mejor que nos ayudes. Idealmente, nos ayudarás, y luego no nos volverás a ver nunca. ¿No sería algo agradable?

Ella tragó duro. Tenía que haber algo más en la historia de lo que estaba oyendo. ¿Por qué habían aparecido para encontrarla en la universidad? ¿cómo sabían su nombre?

—Por supuesto que, si nos ayudas en lo que necesitamos, podemos ser muy amables y simpáticos —dijo el hombre, con voz aún calmada, sin denotar nerviosismo—. Después de todo, un amigo tuyo es un amigo nuestro. Y nosotros no herimos a amigos.

Por un instante, el hombre se lió con su teléfono. Luego, obviamente encontrando lo que quería, lo volvió hacia ella.

Había un vídeo preparado y, con un dedo vacilante, ella presionó la flecha del Play.

La cámara cerró el zoom para mostrar lo que parecía una habitación de cemento blanco, que mostraba en el centro a un hombre atado a una silla. El cámara acercó el objetivo y Irene resolló al darse cuenta de que reconocía al hombre de la silla.

Su hermano mellizo, con el que compartía el mismo pelo rizado, la piel pálida y los ojos azules, la miraba, sonriendo cansado.

—Qué hay, Irene —dijo, hablando a la cámara—. Como puedes ver, me he metido en un pequeño lío. Esta gente no quiere que se juegue con ellos, hermanita. Haz lo que te digan. Pero, aunque son peligrosos, también son razonables. Una vez que nos pongas al día, podremos irnos libres y sin problemas...

Peter intentó sonreírle, pero parecía que algo se rompiera en su interior.

—Por favor, Irene. Ayúdame. Por favor. Necesito tu ayuda...

El vídeo se cortó, y el hombre de detrás de la mesa meneó la cabeza aparentando tristeza.

—Es algo horrible cuando hay una familia descarriada —dijo con todos los indicios de lástima—. Dice que sois mellizos, pero seguro que uno debe de ser mayor...

—Yo sería la mayor —dijo con la boca seca. Quería alcanzar el teléfono de nuevo, para poner el vídeo otra vez, permitiéndose verificar que su hermano estaba vivo.

—Ah, por supuesto. Entonces el hermano pequeño es tu responsabilidad —dijo el hombre,

asintiendo con comprensión—. Ambos estáis acostumbrados a esto.

Ella podría haberle dicho que estaba en lo cierto. Había estado echando un cable a Peter durante toda la vida, fuera que se hubiese metido en problemas por ocultar la evidencia, o simplemente llevándose directamente las culpas cuando se había equivocado. Sin embargo, esos incidentes se referían a tartas robadas y ventanas rotas, no lo que estaba ocurriendo aquí.

—¿Qué le vais a hacer a mi hermano? —preguntó, con la voz hueca. Estaba preparada para que el hombre le pellizcara el oído de nuevo, pero tenía que saber. En cambio, el hombre de detrás del escritorio sonrió beatíficamente, como si ella lo hubiese complacido.

—Si nos ayudas, no le haremos nada. Volverá a su apartamento y le aconsejaremos empezar una nueva vida mejor, en la que debería agradecer diariamente a su hermana mayor por su papel para ayudarlo a sobrevivir.

El hombre se paró, y cuando siguió, era con el ceño fruncido, como si ella le hubiese dicho que era una idea horrible y hubiese pedido más opciones.

—Y si no nos ayudas, nos aseguraremos de que nadie vuelva a ver o a oír nada de tu hermano.

Ella emitió un breve sonido al oír eso. No quería nada más que volver a ser la mujer que había sido hace unas pocas horas, cuando no había nada en su mente tan apremiante como el trabajo que tenía que hacer.

Peter y este hombre lo habían cambiado todo. Ella ya no podía volver atrás. Todo lo que podía hacer era seguir para adelante, y así era como iba a proceder.

Tomó un hondo respiro. Cuando habló, su voz era firme, incluso un tanto agresiva.

—¿Y qué tengo que hacer? —preguntó finalmente.

El hombre le sonrió.

—Es bueno ver una familia unida —dijo.

Ahora, dos días más tarde, estaba sentada en el aeropuerto de Khanour, con su pequeña maleta de mano apoyada inocuamente en su regazo. Dentro estaban sus ropas, unos pocos recuerdos para miembros de la familia, que estrictamente no existían, y un paquete de papel envuelto estrechamente.

El hombre le había asegurado que no había drogas en aquel paquete. En cambio, dijo que había una pieza de arte destinada a manos americanas. Una cosa pequeña, nada más que una bagatela, pero Irene podía leer entre líneas. Sabía que estaba muy asustada.

Había un comercio de antigüedades muy candente ahora mismo. El hombre que se había convertido recientemente en jeque de Khanour había interrumpido la mayor parte de los medios ilegales, e incluso legales, de adquirir arte de Khanour, y había declarado que los tesoros nacionales necesitaban quedarse en el país. Por supuesto, eso había puesto por las nubes el interés en el arte del país en el que se encontraba. Este hombre parecía interesado en aprovecharse de la moda, y necesitaba a alguien relativamente modesto y de fiar para llevar el objeto de arte a los Estados Unidos.

Ahora Irene empezaba a contar hacia atrás desde cien por octava vez. Había perdido la cuenta cada

una de las veces en que lo había intentado antes, pero quizás ahora sería distinto.

Estaba dejándolo como un mal trabajo, cuando vio a un atractivo joven de Khanour en un traje azul sofisticado de estilo occidental. Supo que había cometido un error tan pronto como él la sonrió ligeramente y se acercó a ella. Le habían dicho que no atrajera la atención, y ahora no estaba segura si debería cambiarse de asiento o simplemente sonreír y librarse del hombre en cuanto pudiera.

—¿Está a punto de tomar un vuelo? —preguntó el hombre, sentándose en el asiento a su lado.

Irene le sonrió levemente. A pesar de la naturaleza desesperada de su propia situación, no podía evitar notar lo guapo que era este hombre. Como muchos hombres de Khanour, tenía piel morena y pelo negro azabache, pero en lugar de los ojos marrones que había visto durante su estancia, sus ojos eran de un verde pálido cautivador. Era alto y se movía con la gracia de un atleta natural... o de un depredador natural. Algo en su aspecto le hizo rebuscar en su mente, como si fuera alguien que hubiera encontrado antes, pero desdeñó la idea.

—Sí —dijo—. Mi vuelo está a punto de salir en menos de una hora.

Irene esperaba que eso fuera suficiente para él, pero él asintió con comprensión.

—Ah, ¿y dónde se dirige?

—A los Estados Unidos —ofreció, y cuando eso aún no parecía suficiente, añadió—. Vuelvo a casa, a Pennsylvania.

Él sonrió un tanto.

—La casa de uno siempre tira mucho, ¿no? Yo mismo acabo de aterrizar en casa.

A pesar de ella, lo miró con curiosidad. Los hombres que le habían dado el paquete le habían dicho que tenía que actuar con naturalidad a toda costa. ¿Quizás esto era natural? Hablar con alguien que simplemente no estaba metido en este lío era al menos un poco tranquilizador.

—Si acaba de aterrizar en casa, realmente no parece tener mucha prisa por llegar aquí —observó ella—. A menos que viva en el aeropuerto.

Él sonrió con ganas, meneando la cabeza.

Afortunadamente para mí, no es así —dijo—. No me gustaría vivir aquí. Las colas para el falafel sencillamente son demasiado largas. .

Ella sonrió un tanto con su broma.

—Lo siento —dijo ella con una pequeña sonrisa. —Estoy segura de que no es mi asunto en absoluto lo que hace o a dónde va...

—No me importa —dijo él, y para su sorpresa, parecía estar instalándose en el asiento a su lado. — Si no le molesta mi pregunta, usted tampoco parece tan entusiasmada en volver a su casa. ¿Estoy interpretando esto mal o simplemente tiene miedo de volar?

Irene sabía que debería de haber aprovechado la excusa. Tenía miedo de volar, y necesitaba concentrarse en calmarse antes de despegar. ¿Podía dejarme, si es tan amable? Esa era la manera natural de decirlo, pero, en cambio, salió una extraña versión de la realidad.

—Mi hermano está metido en problemas —dijo, con una voz suave y en un tono audible sólo para él—. Él es...él es mi mellizo, y siempre ha sido el que no podía alejarse de los problemas, y supongo que ahora ataca de nuevo. Necesito volar a casa, para ver si puedo ayudar.

—Eso suena bastante serio —observó él.

—Es terriblemente serio —dijo ella, y luego dijo en voz alta su mayor miedo—. Temo que incluso si hago todo esto, aún no va a quedar en buen lugar. Se ha metido en aprietos bastante gordos antes, pero siento que este es diferente. Siento que este es mucho más grave, y no sé si voy a poder ayudarlo.

Para horror de Irene, notó que le brotaban lágrimas en los ojos. Fueran por lo que fueran las lágrimas no eran ni sutiles ni discretas, y ella parpadeó rápidamente para deshacerse de ellas.

—Lo siento —dijo—, sé que no viniste aquí para consolar a una mujer que te debe de parecer loca.

Él la sonrió, sacando un impecable pañuelo blanco y pasándoselo.

—Soy yo quien se ha inmiscuido en tus pensamientos, y lo siento por ello. Estaba observándote desde el otro lado del vestíbulo, sabes, y cuando te vi, algo me detuve de golpe. Había una chica que a la que parecía que todo debiera de irle magníficamente. En cambio, se sienta y parece como si el mundo se hubiera acabado.

—Mi mundo no se ha acabado —dijo ella, con una ligera sonrisa en la cara—. Al menos, aún no.

—Claro, porque aún tienes que volar al rescate de tu hermano y hacer una heroicidad —dijo con una risa.

—No soy nada buena como superheroína —protestó—. No puedo volar, pero me puedo montar en un avión y, aunque no tengo superpoderes, soy condenadamente tozuda.

Él se rió de ella, pero con amabilidad. A pesar de su éxito en la vida, había conocido muy poca bondad, y una parte de ella tendió hacia él, como un girasol volviéndose hacia la luz.

—No lo dudo —replicó—. Tengo fe en que sacarás a tu hermano de cualquier atolladero en el que se haya metido.

De alguna manera, la conversación estaba ayudando. El desconocido estaba en lo cierto; este era simplemente un lío más en el que se había metido Peter. Ella lo había salvado muchas otras veces en el pasado. Y le salvaría una vez más.

—Dijiste que yo era una chica a la que debería de irle todo bien —recordó—, ¿qué querías decir?

—Parece superficial, quizás, comentarlo ahora, pero simplemente quería decir que parecías tan encantadora aquí sentada. Eres una mujer hermosa, pequeña heroína, con el pelo claro y la piel pálida y con esos ojos azules tuyos, podrías aturdir a un toro enfurecido y postrarlo de rodillas. ¿Qué le puede inquietar a una mujer hermosa?

Irene sacudió la cabeza, medio divertida, medio frustrada.

—¿Has hablado alguna vez con mujeres? —contraatacó—. Las mujeres, sean o no atractivas, tienen un montón de problemas.

—Nombra uno —la retó él, y era una discusión tan absurda que ella simplemente dijo lo primero

que le pasó por la cabeza.

—Principalmente, empieza y acaba con los hombres —dijo ella, y luego para sorpresa de Irene, ambos estallaron en risas.

—Vale, vale, me merezco esa —dijo él—. Al menos, cuando se la transmita a mis primas y tías más tarde esta semana, eso es lo que dirán. Y cuando pregunten, ¿quién tendré que decir que me impartió esa particular perla de sabiduría?

—Irene Bellingham —dijo con una ligera sonrisa—. De Kingston, Pennsylvania. Y cuando yo cuente esta historia a mis amigas, ¿con quién me puse en vergüenza, cuando llevaba encima demasiado café, y demasiada falta de sueño?

—Me puedes llamar Raheem —dijo él, y le ofreció su mano.

Ella pensaba que le iba a dar la mano, pero en cambio, le volteó la suya con la palma abajo y besó sus nudillos cuidadosamente.

De algún modo, sólo ese leve roce mandó escalofríos de electricidad recorriéndola. La sensación de su piel tocándola, su boca acariciando sus nudillos, fue todo lo que le hizo contener el aliento.

Él se retiró, y la mirada en su cara era simplemente tan sorprendida como la de ella, aunque él enseguida lo escondió.

—Parece que tenemos cierto vínculo, señorita Bellingham. ¿Piensas que es posible explorar ese vínculo más tarde, cuando vuelvas a mi país?

Por un momento, no quería nada más. Había algo en este hombre que se llamaba a sí mismo Raheem. Cuando estaba con él, no se sentía asustada o inquieta con preocupaciones sobre otros asuntos. No se había olvidado de lo que la había convertido temporalmente en mensajera, pero, de algún modo, por un breve momento, no había pensado sobre ello.

—Lo siento —dijo Irene con lástima genuina—. No pienso que vaya a volver a Khanour después de esto.

Incluso según lo decía, algo se le quebró en el corazón. Esta era una tierra en la que había pasado más de seis meses investigando, y el arte, la cultura y sus gentes, la atraían, acogiéndola como nada lo había hecho antes. Sin embargo, una vez que hubiese realizado su peligroso recado, era simplemente demasiado probable que tuviera que estar en los Estados Unidos, y no volver nunca.

—Vaya, es una pena, entonces. Bueno, si alguna vez voy a Kingston, Pennsylvania, ya sé que hay alguien que vive allí a quien deseo conocer mejor.

Ella sonrió y entonces se encogió un tanto mientras el asistente de vuelo anunciaba el embarque.

—Debería irme —dijo ella, poniéndose en pie y tomando su maletín —Te agradezco por haber venido a hablar conmigo.

Él sonrió con una pizca de pena y de melancolía.

— Yo también estoy contento de haber venido a hablar contigo —dijo él suavemente—. El tiempo pasado con una persona tan encantadora nunca es tiempo perdido.

Ella sonrió, incluso si estaba un poco pálida.

—Vete a casa —dijo ella—. Lo has estado demorando suficiente.

Él rió, y entonces se hubiera girado para desaparecer en la multitud, si no le hubieran arrancado el bolso.

Irene estaba tan sorprendida que sólo pudo chillar, pero en el último momento, logró doblar su brazo dentro de la correa para atraparla. Lo único que consiguió fue llevarse un golpe en el costado, mientras que el ladrón recuperó la carrera y continuó con su huida.

Ya está, pensó. Ahora nos van a disparar a los dos, y será todo culpa mía...

Entonces, para su sorpresa, Raheem se puso en acción, corrió tras el ladrón y sujetó la parte trasera de su chaqueta antes de que hubiera hecho cinco metros. La multitud se congregó para aclamarlo mientras sacudía al ladronzuelo debilucho.

—Devuélveselo —dijo él, con su voz que mantenía un tono de mando de acero—Venga, pequeña piltrafa.

El ladrón, taciturno y furioso con su captura, tiró la maleta de ella al suelo, y para horror de Irene, el paquete envuelto en papel, repicó para rodar a una pequeña distancia antes de alcanzar un pasamanos. Ella empezó a tratar de alcanzarlo, pero Raheem, tras entregar el ladrón al guardia de seguridad del aeropuerto, lo alcanzó antes. Lo atrapó en la mano, pero antes de entregárselo, se quedó helado.

Con todo el follón, una esquina del papel se había rozado, y reveló un inconfundible brillo de oro puro.

En lugar de entregárselo a ella, lo puso en pie hasta la altura de los ojos, para retirar el papel para revelar lo que había dentro.

Irene no tenía ni idea de lo que llevaba, y cuando lo vio, su corazón dio un brinco. Era una estatua de oro de un pequeño corzo, recostado con sus patas dobladas debajo y sus delicados cuernos curvándose desde su cabeza. Su mente de historiadora bien entrenada le dijo que era un magnífico ejemplo de arte del periodo islámico temprano, un tiempo en el que el Oriente Medio guiaba el mundo en el arte y la ciencia. El corzo había sido plasmado con delicadeza por la mano de un artista hábil y, para un ojo entrenado, no había posibilidad de confundir lo que era. No era menos que un tesoro nacional, uno incalculable en lo respectivo a su importancia histórica.

Cuando Irene miró a Raheem, la furia de sus ojos le hizo dar un paso atrás. Quería correr, quería esconderse, pero no pudo hacer nada más que quedarse plantada como si fuera ella misma una corza aturdida, que esperara a que llegaran los lobos a devorarla.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó él, con la voz vibrando de odio—. ¿Tienes la menor idea?

Ella no podía hablar. Su garganta estaba clausurada con culpa, dolor y miedo. Se acabó. Su vida estaba acabada. La vida de su hermano estaba acabada. Todo lo que podía hacer ahora era mantener silencio.

Él la miró, y por un momento, tenía miedo de que él viniera y la sacudiera, o quizás incluso la

golpeará. Los hombres que vinieron a tomarla por los brazos eran casi la coletilla. No ofrecían el mismo tipo de miedo y terror que daba Raheem. Parecía como si ella no sólo hubiera traicionado a su país, sino también insultado personalmente a sus parientes. En un modo muy cierto, lo había hecho.

—¿Qué quiere que hagamos con ella, Su Alteza? —preguntó uno de los guardias con deferencia, y por un momento, Irene no tenía ni idea de lo que decía o a quién se dirigía. Entonces, notó que todos los ojos estaban en Raheem, que vigilaba la situación como un hombre con infinito control sobre el mundo.

Varias emociones titilaron en la cara de Raheem. Ella no podía seguir las todas. En medio de lo que era uno de los momentos más bajos de su vida, todo lo que ella podía hacer era observar la cara de Raheem, como si pudiera ver en ella el destino de ella y de Peter.

—Llévala a la comisaría —dijo finalmente—. Yo estaré en contacto con el jefe de policía y el responsable para Crimen Internacional.

Cuando habló así, parte del puzzle encajó. Él le había dicho que lo llamara Raheem, pero eso sólo era el principio. Ella había pensado que él era guapo, pero ella ignoraba la parte de ella que insistía en recordar que ya lo había visto antes.

De hecho, había visto su cara en las noticias, en internet, e incluso en los soportes de revistas de camino al aeropuerto. El hombre que había estado consolándola, coqueteando con ella, reconfortándola de sus miedos, haciéndola sonreír, no era otro que el jeque Raheem ben Ali, el señor de Khanour y dirigente del país que ella estaba saqueando.

Mientras los guardias empezaron a llevársela, ella volvió la cabeza para lanzar una última mirada a Raheem, que parecía como si fuera un hombre grabado en piedra. La miró con un aire imperturbable y una mirada severa, pero había algo suave ahí, algo que quizás ella sólo se había imaginado.

Lo siento, articuló ella hacia él antes de que se la llevaran. *Lo siento*.

Debería de haber sido un buen día para Raheem. Había cerrado las negociaciones con Dubai temprano, y aunque nadie había conseguido exactamente lo que buscaba, quería creer que al menos todos se habían salido de la mesa satisfechos.

Todo lo que él hubiese querido hacer era llegar a casa, quitarse el polvo de encima y pasar algo de tiempo sin pensar en nada.

Por supuesto, las comodidades de casa significaban la dulce acogida de su familia, y esa familia, aunque cariñosa, definitivamente tenía su propia agenda. Cuando su padre había fallecido hace tres años, Raheem se había jurado que sería feliz asumiendo la tarea de cuidar de su madre y de sus tías. Lo amaban y le estaban agradecidas, y eran las que sabían lo que le convenía. Por supuesto, lo que era mejor para él se alineaba precisamente con tradiciones que se habían originado hace unos quinientos años en los yermos del desierto, y ellas no entendían suficientemente que un hombre moderno, dejemos a un lado el

dirigente moderno de un emirato moderno, no podía llevar a cabo las mismas acciones que un caballero a caballo de hace cientos de años.

Se estaba dirigiendo a casa, listo para recoger el guante de sus parientes femeninas, pero entonces algo de la pequeña rubia sentada en el vestíbulo del aeropuerto había capturado su atención. Incluso ahora, él no podía decir qué era. Sabía lo que habrían dicho los oficiales de policía. Dirían que había pillado a una criminal con el agudo instinto de sus feroces ancestros. Dirían que la había pillado entre las miles de pistas invisibles de un criminal y se había abalanzado con intención de captarla y sujetarla.

Él sabía que no había sido eso.

Había algo en la chica (Irene Bellingham, lo recordaba, si ese era su nombre real) que le había llamado la atención, y una vez que ella lo logró, no lo dejaría en paz. Había conocido muchas mujeres que eran mucho más hermosas, muchas mujeres que eran mucho más educadas y sofisticadas, pero algo de esta mujer lo había atrapado y lo retenía.

Si el ladrón no hubiera aparecido como la recta mano de la providencia, él simplemente le habría dicho adiós, y habría pensado en ella de vez en cuando. Pero el ladrón había intervenido y, cuando eso ocurrió, había revelado un crimen mucho mayor.

Él había reconocido la estatua en el momento en el que la había visto, y cuando pensó que ese tesoro previamente perdido dejaba su país, se puso rojo de ira. Era el trabajo de un maestro orfebre Qebbi ben Faddir, que había hecho sólo cuatro de esas estatuas hace unos trescientos años. Sólo se había recuperado una, y esta segunda se pensaba que había quedado destruida hacía décadas.

Había vuelto a casa de sus charlas con la policía y con los agentes a cargo de los asuntos internacionales. Había evitado sigilosamente a sus parientes y se había ido directamente a sus apartamentos de palacio. Cuando una persona mal aconsejada había tratado de llamar a su puerta, Raheem le había gruñido con odio, y lanzado un valioso vaso de cristal tallado a la puerta. Hacer añicos el vaso había sido grato, pero sólo por un momento.

Su gente tenía historias de espíritus maléficos que podían seguirte durante todos tus días. Un descuido momentáneo, y de pronto, uno de estos espíritus aparecería, para seguirte y atormentarte para que no disfrutaras de un momento de paz o descanso.

Nunca antes se había preguntado la pinta que podía tener uno de esos monstruos, pero ahora estaba empezando a creer que tenía pelo rubio y ojos azules que eran como la caída en la parte más profunda del lago de un oasis.

Incluso a través de su furia, la brillante mirada azul de ella le había roto el corazón. La policía la estaba llevando a afrontar sus crímenes, cuando ella se giró hacia él, y no había suplicado por su vida. No lo había insultado, ni sonreído con suficiencia, lo cual al menos podía haber tenido sentido.

No, lo había mirado y se había disculpado. Había aflicción y dolor en el corazón de ella, pero nada de eso parecía relacionado con su detección o con la pérdida de un tesoro valioso. En cambio, Irene había querido pedirle perdón, y eso había dado un golpe certero en su corazón, impresionándolo.

Incluso ahora, horas después, él no lo podía entender.

Alcanzó a zancadas el balcón y lo abrió bruscamente para salir al aire fresco. El sol se había puesto hace horas, pero ahora el brillo de la misma ciudad de Khanour podía verse. Una de las ciudades más ricas de los emiratos, y una de las más modernas, brillaba como una estrella propia, resplandeciendo tan vívidamente que alguien creería que la ciudad había convertido la noche en día.

En Khanour, Raheem gobernaba sin discusión. Había un parlamento para el gobierno de la ciudad, pero cuando elegía intervenir en asuntos civiles su palabra literalmente era ley.

¿Porqué se sentía ahora tan impotente? ¿Qué había pasado en ese aeropuerto, en esa escasa hora, que lo había cambiado?

Ahora estaba cambiado, por mucho que intentara por todos los medios negarlo. Se sentía como una bestia arrastrada a la bahía, algo que cambiaba todo sin posibilidad de respuesta o interrupción.

Raheem echó un vistazo a su reino, y sabía cuál era la respuesta. Reposaba en una preciosa chica en uno de los sitios más oscuros de Khanour, y él tenía que tenerla.

Capítulo Dos

Tan pronto como la capturaron, Irene cerró la boca. No sabía lo que estaba ocurriendo, sabía que las cosas se habían puesto muy feas, y sabía que no podía mejorarlas hablando en su propia defensa.

La estaban tratando con suficiente respeto, dentro de lo posible. Irene sabía que podría ponerse mucho peor. Las dos mujeres guardias que la retenían la empujaron bruscamente a la furgoneta de camino a la prisión, pero difícilmente habría esperado nada mejor cuando había estado literalmente en medio del robo de su herencia cultural.

En prisión, le trajeron al hombre que se suponía que actuaría como su abogado, pero pronto quedó frustrado porque ella se negó completamente a hablar.

—No puedo ayudarla si no habla —repitió una y otra vez—. Hemos mirado a su historia, y sabemos que no es una criminal, o al menos nunca lo ha sido. ¿Quién la está forzando a hacer esto? ¿Quién está detrás de esto? ¡Usted no necesita sufrir por los crímenes ajenos!

Él rogaba y argumentaba, amenazaba y engatusaba, pero tras todo ello, ella quedó callada. Más de una vez, estaba tentada de abandonar y contarles todo. Recordaba el video de su hermano en aquella horrible habitación, el sonido de su voz suplicando ayudarlo. No importa lo que le hubieran hecho a ella, podía contar con que los hombres que retenían a Peter harían algo diez veces peor si los dejaba tirados.

Permaneció en silencio. Veinticuatro horas más tarde, Irene supo que había tomado la elección acertada. En su estrecha celda, la comida se entregaba a través de una rendija en la puerta. Hincó el diente en la comida con falta de interés, hasta que levantó su pequeña botella de agua, y encontró debajo un rizo de pelo que era la sombra exacta del suyo propio. El mensaje estaba claro. Tenía que mantenerse en silencio, o su hermano moriría.

Al día siguiente, los interrogadores de la policía vinieron a verla. Ella se sentó en su silla mientras le gritaban, la empujaban, y golpeaban sus pesados puños en la mesa frente a ella. Emergió de las ocho horas con ellos asustada y llorando, pero aún no se había descompuesto. En sus sueños febriles de esa noche, imaginó no volver a hablar nunca, como la princesa de un cuento de hadas que había ganado la libertad de sus hermanos cisnes con siete años de silencio. Si se mantenía fuerte, si permanecía en silencio, algún día, ella y Peter saldrían de esto de la mano, enteros y fuertes.

El segundo día, los interrogadores intentaron más de lo mismo, y esta vez, cuando volvió a su celda por la tarde, sus muñecas estaban llenas de moratones de sus esposas.

El tercer día fue algo distinto.

La llevaron a otra celda, y lo primero que notó fue que no había nada salvo un par de grilletes colgando de la pared. Estuvo sola durante lo que parecía una eternidad, y luego llegó una mujer esbelta en uniforme de un establecimiento correccional. En su mano sólo había una larga fusta, e Irene empezó a

temblar.

—El mundo es muy distinto aquí que en América —empezó la mujer—. Por ejemplo, creo que en América, ustedes han abandonado la idea de los castigos corporales por crímenes capitales. Señorita Bellingham, lo que usted ha cometido es un crimen capital, y las repercusiones pueden ser severas. Por ejemplo, un castigo que se puede infligir por lo que ha hecho es cien golpes con fusta de camello.

Irene notó que se le encogía el estómago, y se fijó en la fusta que sujetaba la mujer. Seguro que no podía ir en serio, ¿no?

—Esta es una herramienta de corrección antigua. La fusta en sí misma se usa para lastimar y llevar a los camellos, para hacer que vayan donde deseamos. Cuando se usa contra una mujer, cuya piel es mucho más frágil que el trasero de un camello, bueno, los resultados pueden ser terroríficos, ¿no cree?

Irene notaba que se le saltaban las lágrimas según la realidad de la situación se le iba decantando. Podían hacerle lo que quisieran. Ella no podría detenerlos.

—Recibir cien latigazos de golpe mataría a un hombre fuerte, y esto no trata de ser una ejecución, Señorita Bellingham. Tenemos a un doctor que ha llegado para confirmar que usted puede asumir el dolor y la impresión, así como el tiempo el tiempo de curación subsiguiente. Entonces, se dan diez latigazos. Lentamente.

Irene se encogió de miedo, como si la mujer hubiese tocado el mango labrado del látigo contra su espalda. La mujer asintió.

—Tras eso, se le lleva a su celda para descansar y sanar. Cuando las heridas han sanado hasta cierto punto, se le trae de nuevo, sólo que esta vez, ya sabe qué tipo de dolor le espera. Hombres fuertes que fueron al puesto de castigo en silencio se derrumban cuando los traen de vuelta para la segunda ronda. Algunos aún resisten, pero todos empiezan a aullar cuando se los trae para la tercera ronda.

Se detuvo.

—Diez rondas, señorita Bellingham. No la matará, pero muchos que reciben este castigo no vuelven a ser los mismos. Están...destrozados, mentalmente, si no físicamente.

Las lágrimas se derramaban sin freno por la cara de Irene. Una desesperanza negra se había presentado y la había arrollado. Ahora sabía lo que le iba a ocurrir, y sabía que nada que pudiera hacer sobre ello.

—No nos permiten darle a usted latigazos por su crimen por el momento. Eso sólo lo ordena un juez. Ella esperó hasta que Irene se relajó ligeramente antes de continuar.

—Sin embargo, si que nos permiten corregir a los prisioneros que han sido revoltosos y poco cooperativos bajo nuestra custodia .

La cabeza de Irene se alzó de repente, y la mujer le sonrió levemente.

—¿Qué cree que es desafiar a los guardias con silencio? —preguntó—. No puedo usar la fusta de camello, pero puedo usar la vara y créame bien cuando digo que la otra es casi mejor que esta.

La mujer colgó la fusta de camello cuidadosamente en la puerta, y luego sacó una ancha vara que

parecía más bien un palo. Cuando chasqueó la vara en el aire, produjo un sonido como un desgarrón que le hizo a Irene encogerse

—Quítese la ropa.

Irene se heló. No podía. No lo haría.

La mujer la miró con calma.

—Quítese la ropa, o llamaré a dos guardias para que se la quiten ellos.

La mente de Irene se estaba tambaleando. No se podía imaginar quitándose la ropa, y no digamos la brutalidad que le decía la mujer que seguiría. La habitación entera parecía alejarse. Se sintió como si se estuviera moviendo a través del lodo, pero bajo eso, había una capa de pánico derretido que la chamuscaba por todo el cuerpo.

—¡Para hoy!

La mujer de pronto lanzó la vara, llevándola a un pelo de golpear el brazo de Irene. Podía notar la manera en que la vara rasgaba el aire, haciéndola quedar sin aliento.

Empezó a quitarse la ropa deprisa, pero sus dedos estaban torpes y se enredaban con los botones, mientras la mujer esperaba impaciente. Mantuvo la mente conscientemente en blanco, tratando de evitar pensar en lo que vendría después.

Un frío sentimiento de desesperanza la cubrió. Estaba completamente desamparada. No podía hacer nada. Dudaba cuando se quedó en ropa interior, pero tras una mirada impaciente de la mujer de la vara, también se desprendió de ella. Ahora que estaba desnuda dentro de una celda con corrientes de aire, sabía que, viniera lo que viniera, tendría que soportarlo. No podía permitirse derrumbarse. Tenía que proteger a su hermano. No tenía otra elección.

—Ponte contra el muro.

Se quedó parada temblando mientras la mujer la ató con grilletes contra el muro, apretó un interruptor que la arrastró hasta que quedó tensa. La pared estaba helada contra sus pechos y su vientre. Intentó evadirse con la mente.

Detrás de ella, la mujer daba chasquidos en el aire con la vara dos o tres veces, haciéndole encogerse con cada sonido y movimiento.

—Vale. Seis para empezar, y luego veremos hasta qué punto eres terca tras esto, ¿vale?

Irene tenía lágrimas en los ojos. Cerró los ojos con fuerza y tensó las muñecas donde estaban fijadas sobre su cabeza.

Por favor, no puedo derrumbarme...

La vara batió el aire, o al menos empezó a hacerlo. De pronto, se oyó un estruendo cuando la puerta giró sobre sus goznes, abriéndose de golpe. Casi no había margen en la cadena para que Irene pudiera girarse, pero lo hizo, y quedó sorprendida de ver la silueta de un hombre familiar en la puerta.

Era Raheem, el apuesto desconocido del aeropuerto que había resultado ser nada menos que el jeque de Khanour. Ahora iba vestido con la ropa tradicional de su pueblo, y los oscuros pliegues de tejido le

hacían parecer más imponente. Era como si se tragara todo el aire de la habitación; cada ojo reposaba en él, desde ella misma y la alcaidesa hasta los hombres tras él.

Por un momento, observó alrededor, absorbiendo la escena. Su mirada parpadeó al recorrer sus formas desnudas, y luego se puso a sus asuntos.

—Desátela —dijo, con voz profunda e imponente.

La alcaidesa se dio prisa a hacer lo que dijo el jeque, y cuando lo hubo hecho, se retiró. Ella miró, pensó Irene, agradecida de estar fuera del alcance de la cara ceñuda del jeque. En lo que concernía a Irene, cuando podía hacer era ocultar su desnudez lo mejor que podía con sus propias manos, temblando mientras él avanzaba hacia ella.

—¿Sabes quién soy? —preguntó, con ojos oscuros y cara severa.

Irene no tenía la menor idea de lo que iba a ocurrir ahora, pero sabía que no podía desafiar a este hombre.

Asintió estúpidamente, como si su cabeza fuera una pelota en una cuerda. Él estiró su brazo, levantando con la mano la cabeza de ella a la altura del mentón. Cuando ella lo miró, él era aún más terrorífico. Este era un hombre que detentaba el poder de la vida y la muerte sobre su gente. Y la había pillado robándolo.

—Di mi nombre —su voz era puramente de mando, algo que no se podía desafiar.

—Raheem —susurró ella—. Raheem ben Ali, jeque de Khanour.

Para la sorpresa de ella, él rompió en una sonrisa que era brillante y cruel.

—Ha sido oído, y ha sido presenciado por testigos —dijo, su voz cambió de tono para llegar a la gente de la puerta. Irene miró con sorpresa.

—Me ha reconocido por quién soy y, por consiguiente, del modo tradicional, declaro a esta mujer mi esposa.

La gente tras él estalló en un murmullo nervioso, y la alcaidesa los miró con ojos pasmados, pero Irene sintió como si la hubieran golpeado con la vara después de todo. El mundo flotaba, y las cosas pasaban demasiado rápido como para que pudiera descifrar qué estaba pasando.

La alcaidesa no pudo reprimirse.

—Alteza...¿qué significa eso?

—Significa, alcaidesa, que esta prisionera ya no es de su responsabilidad. Estoy eligiendo contraer matrimonio con ella del modo tradicional, y por ello sus crímenes los castigo yo y es mi responsabilidad reclamar su castigo. Su crimen fue contra el país de Khanour, y como yo soy Khanour, tomo a mi cargo su custodia.

Con mano descuidada, arrojó a Irene una bolsa de ropas.

—Cúbrete —dijo con voz abrupta—. Nos vamos tan pronto acabes.

Por un momento, Irene, se preguntó si no estaba saltando directamente de la sartén al fuego. En prisión, sabía exactamente qué podía esperar, pero con Raheem... quién sabía que tipo de torturas había

planeado. ¿Y casados? No debía de ser legal, pero, por sus estudios, sabía que lo era. El matrimonio que había declarado era uno de la antigua historia de Khanour, una ley que estaba en pie solamente para el jeque, que podía tomar a una mujer como esposa por solamente una semana. Bajo esa ley, ella era de su propiedad, y él podía hacer con ella lo que quisiera.

Cuando él emitió un sonido impaciente, ella se apresuró a abrir la bolsa. Dentro, encontró un vestido amplio y una falda-pantalón que abotonó por la cintura. Las robas era similares a las que vestían las mujeres más tradicionales de las zonas rurales de Khanour. Los otros objetos eran más desconcertantes.

Había un par de brazaletes de oro delicado con pequeñas gemas rojas que sospechaba que serían rubíes y un par de pendientes de oro con nudos intrincadamente labrados, pero el premio se lo llevaba obviamente el collar. No, no el collar; era más que un collar. Era una pieza que recordaba algún pasado antiguo distante, una pesada pieza de metal que encajaba estrechamente en su cuello con una piedra lunar resplandeciente en el centro.

Raheem la miró con un ojo crítico antes de asentir bruscamente.

—Bien —dijo, con voz tajante y autoritaria—. Ahora me vas a seguir. No tratarás de escapar, o te mostraré que puedo ser simplemente tan salvaje como cualquier prisión. Asiente si lo entiendes.

Ella asintió, sintiéndose tan temblorosa como si quedara en pie en medio de un terremoto. Las cosas pasaban tan rápido que no tenía ni idea de lo que iba a suceder o lo que debería hacer al respecto. En cambio, siguió al jeque con aturdimiento. Él la sacó caminando del edificio, pasó delante de guardias, las verjas y los barrotes, y fue entregada a uno de los coches oscuros que la esperaban fuera.

No tengo mi pasaporte, pensó de pronto. No hubo protocolo que demostrara que había dejado la prisión, nada que dijera a la gente que había estado allí en absoluto...

Ella se percató, sentándose sola en el coche donde quedaba separada del conductor por un panel de cristal de seguridad, de que ella estaba realmente sola. Nadie sabía dónde estaba o dónde iba. En cambio, su vida se encontraba enteramente en manos de un hombre que no tenía ningún motivo para amarla, que la veía como una traidora a su gente y como una ladrona repugnante.

Capítulo Tres

El viaje se realizó en silencio. El conductor no se volvió a hablar con ella en ningún momento, y si tenía la radio encendida, estaba tan baja que no podía oírla a través del cristal. Ella se sentó en el lujoso asiento de piel de la parte de atrás, e incluso mientras se preguntaba qué iba a ser de ella, notaba lo lujoso que era. Había pasado semanas en la prisión de metal y cemento. Quizás podía ser que había estado en otro mundo.

De algún modo, Irene se quedó dormida. En sus sueños, estaba de vuelta en la celda. Estaba rodeada de los ruidos de la prisión, pero por encima de todos ellos, ella podía oír un paso ligero y seguro. Sabía que era Raheem antes de que él apareciera en la puerta de su celda, y cuando la abrió, podía ver que tenía una vara en la mano.

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó ella en el sueño, con voz metálica y lejana.

Él se rió, de modo singularmente cruel.

—Voy a darte lo que te mereces —dijo.

Se despertó con una sacudida, pasmada de sentir lágrimas en la cara. Por un momento, no tenía ni idea de dónde estaba. Estaba convencida de que aún estaba en la celda de Khanour. En cambio, el coche llegaba a una parada, y el conductor daba la vuelta para abrirle la puerta.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó solícitamente, y hubo un breve instante antes de que se diera cuenta de que era a ella a la que hablaban de forma tan educada.

—Sí —dijo, con una voz que era poco más que un graznido podrido. Le pareció como si fuera la primera vez en años que había logrado hablar tan claro.

Irene miró en derredor confusamente.

La habían llevado a un aeródromo en medio del desierto. El sol estaba empezando a ocultarse tiñendo el cielo de un naranja brillante. El único avión en la pista era una cosa pequeña, que parecía un juguete contra el cielo enorme. Había algo muy privado en la pista. Era obviamente un espacio que pertenecía a un solo hombre, no al mundo.

En ese momento, llegó otro coche, y apareció el mismo Raheem. Seguía dando instrucciones a una mujer en un impecable traje formal que caminaba a su lado, y cuando se acercó a Irene, sacudió levemente la cabeza.

—No es suficiente, pero bastará por ahora —dijo finalmente—. Si necesita algo, me puede llamar, pero francamente prefiero que evite llamarme.

La mujer asintió, mirando con curiosidad a Irene antes de seguir.

—No, pienso, que valdrá —dijo—. Me ha dado mucho con lo que trabajar, y tras eso, lo supongo. ¿Necesitará algo para usted?

—No. Pero si se me ocurre algo, me mantendré en contacto.

—Como diga, Su Alteza.

Cuando ella volvía al coche para irse, Raheem se volvió a Irene. Sin pensar, se echó un paso atrás. Había algo tempestuoso en la expresión de él, pero también algo terroríficamente posesivo. Parecía un hombre que hubiera ganado un premio, o uno que estaba listo para reclamar uno. En cambio, simplemente señaló con la cabeza el aeroplano.

—Ahí es donde vamos —dijo—. Venga.

Él la guió por la escalerilla hacia el avión. Por un momento, el cerebro asustado de Irene conjuró vuelos que acababan con una persona aterrorizada empujada fuera de la puerta. Según ella entró en la cabina señalada, pequeña pero lujosa, sin embargo, se dio cuenta de que la mayoría de ejecuciones no usaban aviones tan lujosos.

Todo parecía demasiado vívido y raro. No sabía dónde colocarse ni qué hacer. Raheem, que había tomado su lugar en uno de los asientos alrededor de una mesilla, la miró.

—No te quedes ahí —dijo, con una voz más amable de lo que había sido anteriormente—. Ven y siéntate.

Obedientemente, vino a sentarse a la mesa, enfrente de él. Estaba pasmada cuando una joven azafata encantadora vino con toallas tibias para que se pudieran lavar las manos. Por alguna razón, esa gentileza, ofrecida sin duda ni coacción, le dijo a Irene más que ninguna otra cosa que ya no estaba en prisión, al menos por el momento. Se enjugó las lágrimas, confiando en que Raheem no lo notara.

Contuvo el aliento mientras el avión subía por el aire. La asistente de vuelo se había retirado a su propio compartimento, y ella se había quedado sola con Raheem. Fuera, el sol del atardecer daba a las nubes un resplandor anaranjado. Casi estaba tentada de volverse a dormir, pero no podía relajarse. Por fin, se volvió a Raheem, que estaba echando un vistazo a algo ociosamente en su tableta.

—¿Qué ha hecho? —preguntó con voz grave. Era la secuencia de palabras más larga que había hablado en mucho tiempo. Eran casi dolorosas, y se preguntaba si él se reiría de ella.

—Así que después de todo sabes hablar —dijo con indiferencia. Era como si todos los días tomara vuelos con mujeres acusadas de delitos graves.

—Deberías saberlo —se descubrió diciendo— ya habíamos hablado antes.

Su voz se fue apagando, y cuando levantó la mirada, lo encontró mirándola con esa ferocidad de intención depredadora.

—Antes de que me diera cuenta de que eras una ladrona —dijo él y ella tiritó. Irene empezó a hablar para negarlo, pero en el último momento, se contuvo. Estaba horrorizada de lo rápido que ella se había apaciguado por un cambio repentino de escenario. Las cosas cambiaban tan rápido para ella que de algún modo se había olvidado de que la vida de Peter estaba en vilo. Si metía la pata, lo más probable es que eso acabara con él. Ella no podía permitir eso.

Mientras se reprendía a sí misma internamente, Raheem la observaba con mirada escrutadora.

—Estabas a punto de decir algo, hace un instante —dijo él suavemente—. No te molestes en negarlo, ahora puedo notarlo muy bien...

Ella sonrió con cierto aire de arrepentimiento.

—Supongo que sí —. Irene sabía que lo adecuado habría sido retirarse y protegerse en el silencio. No había nada que él pudiera hacerle si se negaba a hablar. No había nada que ella pudiera darle si no dijera una palabra. Sin embargo, había estado en silencio tanto tiempo que sentía como si un corcho hubiera saltado y se hubiera perdido. Quería hablar con alguien; se moría por el contacto humano que se le había negado durante los últimos días.

Él se encogió de hombros, con una sonrisa levemente cruel en la cara.

—No pasa nada, ya lo harás —dijo él—. Tengo la intención de llegar al fondo de esto, Irene Bellingham, y, tarde o temprano, descubrirás que siempre consigo lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres ahora mismo? —preguntó ella, consciente de que su voz era levemente desafiante. Era una idea peregrina desafiar a tu captor, pero una parte de ella no podía evitarlo.

—No sé para quién estabas traficando con esa estatua —dijo él—. Yo podría simplemente ordenar que te metieran en prisión durante los próximos veinte años y no pensar más en ello, pero la verdad del asunto es que si hago eso, tarde o temprano, sencillamente habrá otra chica bonita que perderá la cabeza e intentará la misma locura. No, quiero saber quién te mandó, y luego los quiero destrozarse. Me aseguraré de que no sean jamás capaces de volver a dañar a mi país y su historia.

Había algo tan serio en la declaración de Raheem que Irene se quedó pasmada. Este era un hombre que creía en lo que decía con cada gramo de su ser.

—Lo siento— se descubrió diciendo con un leve lamento en la voz—. No puedo ayudarte.

Él la miró, y en vez de enfurecerse, como ella se temía que hiciera, él sólo sonrió.

—Claro que lo harás —dijo Raheem con certeza absoluta—. Ahora eres mi mujer, y seguirás mis órdenes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Irene, con voz incierta—. Sé que nos... nos casamos en la cárcel. Pero eso no puede ser de verdad, ¿no? ¿Seguro que no me ves de verdad como tu mujer?

Él se rió.

—De hecho, es justo eso lo que pretendo. Fue así que te saqué de la cárcel, hermosa ladrona. Ni siquiera yo mismo estoy por encima de la ley, y me llevó un tiempo concebir cómo podía liberarte tras tu arresto. Finalmente, di con esta antigua ley. Ahora eres mía, y puedo hacer contigo lo que quiera. Eso significa que me dirás quién te contrató y lo que estás haciendo para ellos.

—No puedo...—suspiró—. Por favor. Por favor, no me preguntes.

Él permaneció en silencio durante largos instantes mientras ella miraba al suelo. Por fin, él dio un fuerte golpe en la mesa con dos dedos.

—Ponte en pie. Ven aquí.

Por un momento, ella quiso tomar la verdaderamente desastrosa elección de desobedecer. Irene

quería hacerse una bola e ignorar todo lo que él tuviera que decirle. Quería encerrarse en sí misma, pero cuando él la miró con ojos ardientes, encontró que no podía.

Tragando fuerte, se puso en pie y bordeó la mesa hacia él. Él la hizo sentarse y la miró con una especie de amenaza que hizo que su corazón batiera más rápido. Cuando ella quedaba cerca, él atacó como un relámpago. Su mano, como un fogonazo, la atrapó por la cintura. Tenía bastante que temer con el terror producido por la rapidez con la que se movía, cuando él la sacudió contra su cuerpo.

Con una fuerza descuidada que ella nunca habría adivinado, él tiró de ella hacia su regazo, acunando su nuca con su mano mientras la tenía como para darle un beso apasionado.

La sensualidad pura del beso abrumó sus sentidos. De pronto, pareció como si todo el ruido y el agobio con el que había estado asumiendo en las pasadas semanas se desvaneciera en nada. Lo único para lo que su mente encontraba tiempo y espacio era el beso de él, la manera en la que notaba el cuerpo de él bajo ella, los músculos de su torso, la manera en que la lengua de él bailaba provocativamente por el labio inferior de ella con total seguridad. Su tacto era certero y seguro, manteniéndola inmóvil sin hacerla daño.

Cuando finalmente la soltó, ella se liberó retirándose de él de un bandazo, para mirarlo con ojos desmesurados.

—¿Por qué...?

—Porque eres mi mujer —dijo Raheem, con sus ojos relucientes—. A menos que las cosas sean muy distintas en América, creo que los maridos y mujeres hacen lo mismo también allí...

—Te estás burlando de mí —susurró ella, con voz ronca por las emociones que explotaban en ella. Debería de sentirse furiosa y asustada, pero en cambio, había algo más en su mente. En vez de estar aterrorizada, todo lo que podía pensar era en cuánto deseaba a este hombre, y cuán profundamente deseaba que no haberse retirado de él.

—Igual sí, un poco —admitió Raheem— pero déjame decirte algo más.

Sus ojos se hicieron más duros. Irene se sintió temblar. A pesar de la comfortable temperatura de la cabina y las amplias ropas que llevaba, de pronto tuvo frío.

—En Khanour siempre hemos apreciado a nuestras mujeres, lo cual quiere decir también apreciar sus elecciones. Aunque un jeque se pueda casar con una mujer sin importar su situación, es la decisión de la mujer si quiere permanecer casada o no. Si te quieres divorciar de mí, simplemente di “me divorcio de ti” tres veces. Tras eso, está hecho.

Ella parecía tan escéptica que él sonrió un tanto.

—Por supuesto, si dejas de ser mi esposa, pasas a ser una ladrona que pertenece al sistema de prisiones. No volveré a ser capaz de protegerte de aquellos que claman por tu sangre. Si eliges deshacer nuestro vínculo, no tendré otra elección que volverte a poner en prisión, donde tantas personas creen que deberías de estar.

—Pero si soy tu esposa...

—Entonces por supuesto tu castigo y tu disposición me corresponden —dijo encogiéndose de hombros—. Me convierto en tu juez y jurado en todos los sentidos.

Ella podía notar los hilos de las alas de la trampa que la iba envolviendo, amarrándola de un modo más seguro que las esposas o las camisas de fuerza.

—Mientras sea tu mujer, estoy fuera de la cárcel —dijo suavemente—. Cuando deje de serlo, tendré que buscarme la vida como buenamente pueda.

—Todo es cuestión de a qué autoridad prefieras someterte, sí —dijo él—. Como he dicho, la elección es tuya.

Irene se mordió el labio. Sabía lo que era la elección apropiada, la valiente. Habría pedido hacer volver el avión y que la llevaran de vuelta a prisión. Incluso si la prisión era brutal, se sabía que estaba ahí como una estudiante americana que había topado con la policía local. La gente sabía quién era y cuál era su crimen.

Si se iba con Raheem... literalmente podría pasar cualquier cosa. Sin embargo, una parte de ella, no importa qué tipo de sentido ella tratara de darle, le decía que estaba mucho más segura donde estaba.

—¿Por qué? —preguntó ella. No había pensado lo que había dicho. Cuando Raheed inclinó la cabeza a un lado, ella enrojció, consciente de cómo había sonado. Cuando él respondió su pregunta, sin embargo, él estaba serio.

—Porque no lograba sacarte de mi cabeza —dijo sencillamente—. Porque ya estaba encantado contigo cuando te hablé en el aeropuerto. Cuando descubrí que estabas envuelta en semejante acción atroz, me enfurecí. Pasé días en mis estancias de Khanour, intentando descubrir por qué me habían engañado de tal manera. Siempre he sabido juzgar apropiadamente a las personas. He apostado mi posición y mi gobierno en semejantes juicios, y siempre me ha ido bien. Cuando descubrí que estabas robando una auténtica parte de la historia de mi país, quería saber simplemente cómo me había equivocado tanto.

Se detuvo, mirando por la ventana por un momento. Por ese preciso instante, Irene podía ver por qué Khanour lo seguía voluntariamente. Era un hombre que siempre pensaba primero en su país, que lucharía hasta la muerte por ellos.

—¿Y qué decidiste? —preguntó ella suavemente.

—Decidí que no me había equivocado en absoluto —dijo él, y al hacerlo, la miró directamente a los ojos.

En aquel momento, parecía como si podía mirarla directamente dentro de su alma y su espíritu, para encontrar los secretos que ella ocultaba ahí. Ella se resistió a la urgencia de cubrirse los ojos con las manos, y en cambio siguió de pie y le devolvió la mirada.

—No he ofrecido ninguna defensa —dijo ella, pero él sacudió la cabeza.

—Has ofrecido una muy pequeña —dijo él encogiendo los hombros—. Estás ocultando algo, y la mujer con la que hablé antes de que se desatara el infierno, pienso que debería de tener una razón muy

buena para ocultarlo. Ella necesita darse cuenta de que está segura antes de que abandone sus secretos.

—Segura... —repitió la palabra suavemente, pasmada de cómo eso despertaba un anhelo profundo en su interior. No se había sentido segura desde hacía semanas... si fuera honesta, no se había sentido segura durante la mayor parte de su vida adulta. Siempre había un lobo más que mantener fuera de la puerta, su hermano que proteger.

—Sí. Y te juro como jeque de Khanour, no hay nadie en el mundo que esté más seguro que la persona que está sentada enfrente de mí. Eres mi mujer.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Irene, y esta vez, había un temblor en su voz, algo que sentía sólo a pocos centímetros de convertirse en lágrimas.

—Quiero que seas mi esposa una semana —dijo, como si fuera la cosa más sencilla del mundo.

—¿Qué?

—Durante los próximos siete días, serás mi mujer en todo. Al final de ese periodo, o bien veremos, a cuatro ojos, lo que dices a la policía para darles lo que quieren antes de quedar libre...

—¿O...? —preguntó ella

—O habrás decidido que no confías en mí, y te dejaré en Rumanía, un país con el que no tenemos tratado de extradición. Te irás de aquí, si no libre, al menos más libre de lo que estarías si hubieses persistido con tu silencio en prisión.

—¿Por qué haces esto por mí? —preguntó Irene, aturdida—. Seguro que no estás acostumbrado a liberar de la prisión a mujeres que piensas que son inocentes para ayudarlas...

—¿Quién dice que no? —preguntó él bromeando, pero cuando ella lo miró con sorpresa, meneó la cabeza—. No. No haría esto por nadie más. Pienso que fue el momento cuando nuestros ojos se cruzaron en el aeropuerto cuando te estaban llevando. Quisiste decirme que lo sentías. He conocido a muchos ladrones en mi vida, Irene, pero créeme cuando te digo que ningún ladrón me ha dicho jamás que lo sentía, nunca como lo hiciste.

Irene se mordió el labio, insegura de qué decir, pero él continuó, con su tono ligero e informal.

—Tras eso, simplemente tuve que asegurarme de que de hecho podía ayudarte.

Ella miró sus propias manos.

—Así que tengo que ser tu mujer por una semana, y tras ello, de un modo u otro, salgo libre.

Él asintió. Irene sabía que debería de quedarse con la parte siguiente para sí misma, pero cierta honestidad innata le impedía hacerlo.

—No...no voy a decirte nada— dijo tranquilamente—No lo haré, no puedo...

Para su sorpresa, él no pareció enfadado por su declaración. Confusa, Irene lo intentó de nuevo.

—Lo digo en serio. No tengo la menor intención de decirte lo que quieres saber.

—Te he oído —dijo Raheem, con tono amable—. Simplemente sé que eso va a cambiar.

Por un momento, ella quiso reírse de él por su confianza. A pesar de la situación en la que había aterrizado, ella siempre había sido una persona muy tenaz. Ahora él simplemente daba por sentado que su

voluntad era simplemente más fuerte que la de ella. En cambio, Irene asintió.

—Vale.

—Y espero que entiendas que eres mi mujer. Esto no es un acuerdo sólo nominal, o algo creado meramente para sacarte y tenerte en mi custodia. Esto es algo real, consagrado por la ley y la tradición.

Bajo su mirada ardiente, ella podía notar que el color le subía a las mejillas. Ella sabía exactamente de qué estaba hablando. Quizás otra mujer habría estado asustada o aterrorizada, pero, en su caso, su corazón empezó a latir más deprisa.

—Entiendo —dijo suavemente—. Y me someto.

Algo en el modo en que ella dijo esas palabras hizo que el deseo de los ojos de él explotara en una pira. Por un momento, ella pensó que él arremetería contra ella, y la haría suya en ese mismo instante. Para su sorpresa, lo vio serenarse, con una ligera sonrisa en sus labios sensuales.

—Estupendo. Bien. Entonces, no tendremos problemas.

El avión aterrizó junto a un oasis en medio de kilómetros de desierto. Irene no podía concebir cómo podía transformarse el paisaje en un instante, cediendo la lujuriosa vegetación del oasis a un desierto estéril.

—Parece como si las arenas pudieran matarte —murmuró, mirando fuera sobre el suelo sobre el que empezaban a caer las sombras.

—Y pueden —replicó Raheem, volviendo a quedar de pie junto a ella. Juntos, miraron cómo el avión despegaba hacia la noche. Volvería por ellos al final de la semana.

—No siento como si estuviera en peligro, en cualquier caso —reflexionó Irene—. Me siento... más segura de lo que he estado en mucho tiempo.

Para su sorpresa, él la había atraído hacia sí, besando su frente. Era un beso distinto del que habían compartido en el avión. Este era tierno, casi ordinario, si no estuviera sucediendo en la más extraordinaria de las circunstancias. Se notaba cariñoso, y aunque ella sabía que se estaban moviendo en un espacio anómalo una parte de ella anhelaba más.

—Bien. Es así como quiero que te sientas.

La guió hacia una lujosa casa situada al fondo, hacia el agua. Era una casa espléndida, una gema de diseño moderno, instalada en el medio de un paisaje antiguo. Disponía de todas las ventajas modernas de la ciudad, a la vez que quedaba perdida en medio de un paraíso salvaje.

Él fue a encender un fuego en el hogar de acero en el centro del salón, mirando por encima del hombro a Irene.

—Deberías de tomar una ducha. Tienes ropa en el pequeño dormitorio a la derecha, si deseas librarte de esa ropa.

—Tú me diste esta ropa —dijo ella, y él se encogió de hombros.

—Puedes vestirte como quieras. La ropa simplemente era conveniente para sacarte de la ciudad sin complicaciones.

Ella no estaba segura de qué decir, así que encontró el camino al baño donde había una ducha en una cámara de vidrio cerrada, con agua que rociaba desde el techo como lluvia fina. Durante largos momentos, simplemente disfrutó bajo el suave chorro, evocando su liberación una y otra vez.

Cuando salió, consideró la ropa de la habitación. Obviamente era ropa nueva. Alguien había venido con ropa que era aproximadamente de su tamaño, aún con las etiquetas. Irene se preguntaba si debería preocuparse de cómo había planeado Raheem todo esto al detalle, pero rechazó la idea.

Encontró un vestido sencillo con una falda con vuelo, de un encantador azul intenso, rematado con hilo de plata. Era un vestido por el que habría suspirado antes, y ahora, tras un momento de duda, se lo puso.

Antes de volver al salón, Irene se encontró mirando la pila de joyas que había descartado. Dudó por un momento, y luego simplemente optó por una elección visceral. Dejó los pendientes y pulseras, pero cogió el collar. Algo en su frío y sólido peso la reconfortaba, y cuando se lo puso en torno al cuello, y se miró al espejo, la piedra lunar parecía guiñarle un ojo a ella. Suficiente, decidió.

De vuelta al salón, el fuego estaba crepitando. Raheem se había desprendido de su ropa y ahora vestía un sencillo par de pantalones y una túnica oscura. Aunque eran simples, el corte y la cualidad eran obvios, y pensó ausentemente que él parecía un modelo en el espléndido salón, mientras el fuego crepitaba alegremente y lanzaba vívidas sombras a la pared.

Cuando sus ojos reposaron en ella, brillaron y él con un gesto la invitó a que se acercara y se sentara a su lado. Aunque se sintió más que un poco tímida, se acercó a sentarse en el sofá. Entonces pareció la cosa más natural del mundo inclinar su peso hacia el cuerpo de él, para apretarse contra él.

—Dime algo de ti —dijo él, y ella se rió un tanto.

—¿Es una orden de mi señor y maestro?

—Una petición de tu esposo —corrigió él, y sólo por esa razón, lo consideró un momento.

—De acuerdo —dijo ella suavemente— ¿qué quieres saber?

—Lo que sea. ¿Por qué estudiaste arte? ¿Dónde creciste? ¿Qué piensas de Khanour?

Ella se mordió el labio. Hablar de su pasado y de Khanour parecía muy arriesgado, pero el otro...

—Nunca fui una artista —dijo ella—. Mucha gente que se mete en historia del arte, son artistas, y sorprendentemente buenos, pero yo nunca fui uno de ellos. En cambio, siempre quise pasar todo el tiempo fascinada por el arte, dejar que me rodee y sumergirme en él. Era algo que siempre he deseado desde la primera vez que vi un cuadro de Matisse en el museo de arte de Chicago. Siempre había algo en lo bien que sentaba mirar un cuadro que fuera hermoso, y que tuviera una historia detrás. Era... edificante. Elevador.

—¿Así que quisiste convertirlo en tu carrera?

—Habría sido feliz de camarera si eso cubriera los gastos de entradas al museo de arte durante el

resto de mi vida —dijo Irene con una risa sardónica—. Pero gané una beca en el último año de instituto, y pensé que simplemente podría llegar a trabajar yo misma dentro del mundo del arte.

—Vi en tu historial que estuviste en la Universidad —dijo pensativo—. ¿Qué harías con ese título universitario?

—Trabajar en museos —dijo rápidamente—. Especialmente en la conservación. Hay tanto arte y belleza que podría ser devuelto al mundo, si sólo conociéramos la manera adecuada de hacerlo.

Ella se interrumpió abruptamente. ¿Qué museo o archivo querría desear contratarla si esto saliera a la luz? ¿Si tuviera cualquier futuro tras esta semana? Tembló, apretándose un poco más contra Raheem. El brazo de él la envolvió, apretando, pero no comentó nada.

—Yo nunca he tenido la posibilidad de elegir lo que iba a hacer —dijo—. Desde que era muy chico, sabía que iba a ser jeque. Sabía que había nacido para mandar y cuidar de mi país.

—¿Lo lamentas? —preguntó ella.

Sólo había sinceridad en su voz, pero él se rió.

—¿Quieres decir si lamento disponer de riqueza y lujo?

Ellaladeó la cabeza, preguntándose si iba a reírse o burlarse.

—Sí —dijo ella—. Cuando conseguí esa beca, podía notar que el mundo se abría ante mí. Podría llegar a ser cualquier cosa. Podría ser una enfermera que ayudara a la gente, o podría ser una ingeniera que construyera cosas. Podría ser una bibliotecaria o una abogada.

Y elegiste historia del arte.

—Sí— dijo pensativamente—. Y no me arrepiento en absoluto. Ese momento de elección...eso fue libertad.

Él se rió, pero esta vez, había un sonido levemente agarrotado.

—Yo no lo lamento —dijo con un ligero suspiro—. Realmente no. Soy bueno en lo que hago. Mi país prospera, y mi pueblo me ama. La riqueza y la fama no hace daño Pero esa elección. Tienes razón. Es una libertad que ni mi dinero ni mi familia podrían comprarme.

Se sentaron en silencio por un momento, y entonces él habló de nuevo.

—Me pregunto qué habría ocurrido si nos hubiesen intercambiado —reflexionó.

—¿Quieres decir si tu fueras una pobre estudiante de Pennsylvania y yo fuera el jeque de Khanour?

—Hm, imagino que querría haber estudiado —dijo él— y quizás habría estudiado ingeniería, pero me preguntó si me hubiera llamado la historia.

—¿Historia?

Él sonrió, con cierta tristeza.

—Sí. Donde viste la belleza del arte, yo vi el amplio despliegue de la historia humana. Desde el momento en que fuimos capaces de escribir, empezamos a escribir de dónde venimos y lo que queremos. Lo que fuimos y lo que hicimos. Esas historias... más que ninguna otra cosa, eran preciosas. No somos nadie sin saber de dónde venimos.

—De donde venimos...—repitió Irene.

Era tal lujo imaginar el pasado como historia. Si era historia, estaba cuidadosamente contenida dentro de un libro. No podía hacerle daño. No podía usarse para herir a personas que la compartían con ella. Un recuerdo la golpeó, y antes de que pudiera refrenarse, empezó a hablar sobre ella.

—Cuando era una niña pequeña, en Pennsylvania, mi hermano Peter y yo salimos a jugar. Había un estanque detrás de casa, y se había congelado con una capa gruesa. El tiempo estaba mejorando, sin embargo, y todos sabíamos que el hielo se iba a...bueno, quizás Peter no lo sabía.

—¿Él era tu hermano menor?

—Sí, pero como mellizos, eso importa menos de lo que pienses— dijo con una sonrisa irónica—. Era temerario correr hacia el hielo. Yo lo sabía mejor que él, pero tras un momento terrible, salí corriendo tras él. Hubo un crujido, como el fin del mundo, y se cayó dentro.

Se detuvo, recordando lo terrible que había sido, cómo el agua negra parecía abrirse bajo el hielo duro, dispuesto a tragarse algo tan pequeño e insensato como un niño pequeño.

—¿Y qué le pasó?

—Si no hubiera salido tras él, habría muerto— respondió—. Se habría aplastado bajo el agua hasta que sus fuerzas se hubieran agotado, y habría muerto. En cambio, yo estaba allí, para sacarlo, gritando pidiendo auxilio como hice. Cuando lo saqué, estaba exhausta, pero por suerte, una vecina nos oyó.

El brazo de Raheem la apretó, como si tuviera miedo por la niña pequeña que había sido una vez.

—¿Y qué sucedió entonces?

—La vecina nos llevó a su garaje, y nos quitó la ropa empapada, nos metió en un baño caliente. Es un viejo truco para la gente que ha sufrido una impresión. Nos dio chocolate caliente que, mirando para atrás, estoy segura de que estaba aderezado con un poquito de cognac, y luego llamó a nuestros padres.

Irene se rió para dentro un tanto.

—Estaban furiosos. Nos castigaron durante meses, por lo menos hasta que llegó la primavera. Terrible.

—Pero tú no habías hecho nada malo —protestó Raheem, frunciendo el ceño por la injusticia—. Tú salvaste a tu hermano.

—Da igual —dijo Irene, arrastrando las palabras. En la calidez del cuerpo de Raheem, y limpia y seca de un modo en el que no había estado por lo que parecían años, ella se notaba cabeceando.

—Creo que importa, y mucho —dijo Raheem, que ya sonaba un tanto lejano.

—No —insistió ella—. Él es mi hermano. Es mi familia. Tengo que cuidarlo. Siempre.

Ella tenía la idea de que Raheem estaba diciendo algo más, pero daba igual. En cambio, el mundo estaba deslizándose hacia una bruma intensa y añil. Ahora estaba segura, y su cuerpo lo necesitaba tanto que se quedó dormida sin pensarlo más.

Raheem miró cómo dormía su mujer durante unos momentos. Ella era un peso tibio contra su cuerpo, espléndida, suave y complaciente en un modo que no había visto nunca antes. Le llevó toda su fortaleza no tocarla, no besarla. No estaría bien. Cuando la besara, quería que ella también lo hiciera, que supiera lo que estaba ocurriendo y que lo quisiera tanto como él.

Sin que fuera la primera vez, se preguntó si se había agenciado un problema que estaría con él durante el resto de sus días. Podía notar que ese lazo que tenía en su espíritu y en su corazón crecía más grande, pero lo apartó de su mente. El reconocer eso llegaría después.

Ahora mismo, no había nada más que pensar. Durante largos instantes, él simplemente acarició su pelo brillante, disfrutando del modo en que el fuego relucía en él. Ella se quedó dormida en los brazos de él, con tal confianza que le dolió a una parte desconocida de él, que sin embargo esta ladronzuela sacó a la luz.

Si es que realmente era una ladrona.

La historia que le había contado había resonado en su cabeza, hasta que se dio cuenta de qué hacer. Con un movimiento suave, Raheem se separó de ella, dejándola acurrucada en el sofá. Ella emitió un pequeño suspiro de protesta antes de deslizarse a un sueño más profundo, y él sonrió un poco.

Se metió en otra habitación brevemente, con el teléfono en la mano.

—Sí, soy yo. No, perdona por despertarte, pero esto no puede esperar. Vale. Quiero que recopilés un dossier sobre Peter Bellingham, el hermano de Irene Bellingham. Sí, su mellizo. Vale...

Capítulo Cuatro

Irene se despertó lentamente, pestañeando contra la brillante luz de la mañana. Por un momento, ella pensó que los meses pasados simplemente habían sido un sueño. Aún estaba en su dormitorio de estudiante en Khanour, y no tenía nada de lo que ocuparse salvo sus estudios a los que había dedicado su vida. Su hermano estaba bien, y todo estaba a salvo.

Luego se despertó un poco más tarde y, aunque ya no estaba en la celda de la prisión, estaba lejos de casa.

La cama en la que Irene había estado durmiendo era enorme, algodón blanco por todos lados. Se empezaba a preguntar si era la cama la que le había dado una de las mejores noches de sueño que recordaba, pero entonces oyó la respiración de otra persona.

Entonces, por fin acabó de despertar cuando vio que no estaba sola. Durmiendo junto a ella no estaba otro que el mismo Raheem. Contra el escueto blanco de las sábanas, la piel oscura de Raheem parecía brillar. Por primera vez, ella podía mirarlo simplemente, y con la barbilla en la mano, aprovechó la oportunidad de hacer simplemente eso.

Su pelo era negro como la pez y tan brillante como la piel de una pantera, y ahora ella podía apreciar que tenía espléndidas pestañas, largas y negras. Había una traza de barba incipiente en su mentón, y mientras dormía, la mano que descansaba junto a su cara en la almohada se apretaba y soltaba, haciéndola desear tocarla para ver si él enroscaría su mano alrededor de sus dedos.

Incluso dormido, había una sensación de autoridad en él, pensó ella. Este era el hombre que mantenía al país en la palma de su mano, protegiéndolo de todos los venidos a su país y poniéndose en cabeza de su defensa. Junto a él, su lugar en el mundo parecía muy pequeño.

Irene se acordó que mientras superara esta semana, estaría bien. Mientras ella consiguiera jugar según sus normas, conseguiría quedar libre, y entonces, teóricamente, Peter también podría hacerlo.

Con pasmo, se dio cuenta de que él la estaba mirando.

—Buenos días— murmuró ella, y él le sonrió.

—En Khanour, se considera una tradición que las mujeres lleven a sus maridos una taza de té a la cama antes de levantarse.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella sin pensar.

—Muestra que ella sitúa la comodidad de él por encima de la propia, y que se levantó temprano con la comodidad de él en la cabeza. Es algo común tanto en las casas más distinguidas como en las más humildes.

—Pero apuesto a que las damas más pudientes tienen cocineros que lo preparan y lo traen a la puerta— apuntó y luego se ruborizó por lo conflictivo que sonaba. Afortunadamente, Raheem sólo

parecía divertido por sus declaraciones.

—Estoy seguro de que tienes razón. Personalmente, si me dejan elegir, yo prefiero mi propio ritual matutino.

—¿Y cuál es? —preguntó, y luego antes de que pudiera pensar nada más, se encontró arrinconada contra el colchón, con las sábanas y mantas en desorden a su alrededor.

—Este —dijo Raheem, medio segundo antes de que sus labios se abalanzaran sobre ella.

Ella se agitó un momento, pero luego el roce sensual de sus labios en los de ella la transportó. El calor entre ellos se reavivó, y la dejó aferrada al cuerpo de él. Imprudentemente, ella pasó sus manos por su espalda. Su piel era suave y cálida, pero cuando se dio cuenta de que no llevaba nada en la parte baja, se quedó helada.

—¿Qué pasa? —preguntó él, retirándose, y ella lo empujó conmocionada.

—¡Yo tampoco llevo nada!

—Hay ropa de dormir en los armarios, pero normalmente prefiero dormir desnudo...

—¿Qué me hiciste? —preguntó ella, pasmada, y un tono oscuro nubló los ojos de él.

Esta vez, cuando la apretó contra el colchón, él la miró directamente a los ojos. Había un fuego que en parte era pasión y en parte furia, y ella se preguntaba entonces si realmente debería de tener miedo.

—Nada —exhaló—. No te hice nada. No porque no quisiera. No porque no pensara en ello, sino porque no habría estado bien.

Irene apenas podía respirar, pero tomó suficiente aire para tragar antes de hablar.

—¿Se supone que tengo que agradeceréte? —preguntó ella—. ¿Por actuar como un ser humano en lugar de como un salvaje?

Por un momento, ella pensó que algo terrible se acababa de desligar. Luego, tan abruptamente como la furia había aparecido, se fue. Él la rechazó, y si había una traza de disgusto ahí, estaba dirigida hacia sí mismo.

—No —admitió él—. Pero créeme si te digo que no tengo la menor intención de forzarte a hacer nada que no desees.

Ella sintió que se relajó algo que había estado tenso desde que llegaron al oasis. No podía haber dicho lo que asustaba entonces, pero ahora podía decir que era el miedo de ser simplemente agobiada, o ser tomada contra su deseo.

—Me alegro —dijo ella, pero no podía evitar mirarlo con cierta cautela. Ahora sabía lo rápido que él podía ser, y notaba que él veía su propia desconfianza. Raheem suspiró.

—Prepararé el desayuno para ambos —dijo—. Deberías ducharte, y vestirte.

Ella supo que el asunto estaba resuelto, pero por algún motivo, necesitaba preguntarle algo que estaba en su mente.

—¿Me desnudaste? —preguntó, y una sonrisa parpadeó en sus labios.

—Sí. Te juro, sin embargo, que no miré ni me detuve más de lo estrictamente apropiado.

—¿Más de lo apropiado para qué?

—Más de lo apropiado para un marido y una mujer.

Ella enrojeció mientras él se levantaba, se vestía, y se dirigía a la cocina. Realmente había aterrizado en un lugar extraño. ¿Por qué, entonces, se sentía tan segura?

El desayuno era un delicioso plato a base de huevo, orgulloso y picante como era tanta de la comida de Khanour. Cuando ella notó que sorprendía que un jeque supiera cocinar, él se encogió de hombros.

—Me gusta tener mis cosas según mi gusto— dijo él—. Tiene sentido que tome el control en algunos aspectos de mi propia vida.

—Bueno, los resultados son espectaculares —murmuró ella, mientras rebañaba con pan los últimos restos de la salsa de tomate con una rebanada de pan crujiente—. Gracias.

—Bueno, deberías de dejar la mesa. Vamos a dar una buena caminata hoy.

Irene levantó la vista, pasmada.

—¿Ah, sí? ¿Dónde vamos a ir andando?

—El oasis es mucho más grande de lo que piensas —explicó él—. Está alimentado por una serie de lagos subterráneos, y a unas millas de distancia hay una cascada entre las rocas. Pienso que sería interesante subir su ladera.

A pesar de la situación, Irene no podía evitar animarse con el proyecto. Desde que vivía en la ciudad, había habido claramente muy poco tiempo en su vida para disfrutar de la naturaleza de ningún modo. Había crecido a no más de media hora de los parques nacionales, y la idea de lograr disfrutar de algún tipo de verdor era suficiente para hacerla sonreír.

Impulsivamente, se incorporó para envolver con sus brazos a Raheem, que estaba colocando los platos en el fregadero con detergente. Por un momento, ella podía sentir que él se ponía rígido en los brazos de ella, pero luego se relajó con su abrazo, inclinándose hacia ella.

—¿Te apetece? —preguntó suavemente, y por primera vez, ella se preguntó si su consideración era importante para él. Si lo que ella dijera le afectaba en absoluto.

—Sí —dijo ella con una sonrisa—. Muchísimas gracias.

Tras el desayuno, ella encontró un par de sandalias de marcha en el armario, pero como Raheem le dijo que no había riesgos en la senda, ella decidió mantener el vestido ligero. El día era brillante y despejado cuando salieron, y tomaron un ritmo razonable. Había algo extrañamente íntimo en caminar por el bosque juntos, porque podía ver que eso era lo que había crecido alrededor del oasis. Estaba el ocasional estallido del canto de un pájaro, pero por lo demás el mundo era silencioso, excepto por el fluir de la pequeña corriente que seguían.

A un cierto punto, Raheem se paró, señalando hacia delante. Cuando ella miró con detalle hacia donde señalaba, Irene estaba confundida al principio, hasta que ella descubrió la forma de un animal

sentado en silencio en la senda.

—¡Un conejo! —susurró ella, pero él sacudió la cabeza.

—Una liebre. Son mayores, y viven bajo tierra, al contrario que los conejos. Esa es enorme. Quizás es el abuelo de un gran clan.

Cuando avanzaron algo más, la liebre dio un salto en el aire con un quiebro impresionante en el cuerpo y corrió bajo tierra.

—Echo en falta ver animales de vez en cuando —dijo ella mientras caminaban—. Hay muchos menos animales en la ciudad de lo que estoy acostumbrada a ver.

—Están ahí si sabes dónde buscarlos —dijo él con una sonrisa—. Las liebres y los zorros van a la ciudad con cierta regularidad. Quizás en algún momento, sin embargo, debería llevarte para ver el oryx. Hay una manada cerca. Creo que la manada frecuenta este oasis.

Raheem no estaba equivocado cuando dijo que era una buena caminata. Pasaba el mediodía cuando llegaron a las rocas elevadas. Antes de que él permitiera que subieran, le hizo beber algo de agua y comer algo de cecina, cosas ambas que la reanimaron mucho más de lo que pensaba.

—Estaba más sedienta y hambrienta de lo que pensaba —dijo con sorpresa, y él asintió.

—Siempre es así aquí —dijo él—. Las cosas que te hacen daño se te echarán encima por sorpresa. A veces, si tienes muy mala suerte, verás que te han estado acechando durante años.

Había algo en el modo en que él dijo eso que la dejó pasmada, pero por el momento, lo dejó pasar. Había ido a caminatas bastante a menudo de adolescente, pero desde que empezó la universidad, el hobby quedó apartado más de lo que le habría gustado. Ahora se tenía que concentrar en subir por el sendero estrecho, mirando cuidadosamente dónde ponía los pies, y ocasionalmente sus manos.

Para su sorpresa, entró en un ritmo con Raheem que parecía como la cosa más natural del mundo. Sin ni siquiera pedir ayuda, él estaba ahí para empujarla o para echarle una mano si la necesitaba. Había algo increíblemente relajante en ser simplemente capaz de confiar en él para estar ahí, y quedar a expensas de él cuando lo necesitara.

Para cuando llegaron a la cima, ella ya estaba sudorosa y cubierta con mugre, pero entonces Irene dio un grito ahogado cubriéndose la boca con la mano.

La cascada que él le había prometido era maravillosa, corrientes de agua fresca y pura descendían en cascada sobre una cara rocosa para explotar en un estanque muy abajo. Desde donde se encontraban, la luz daba directamente en el rocío para crear un arco iris tenue, y era tan encantador que Irene no podía sino admirar el paisaje un momento.

Cuando sintió los brazos de Raheem a su alrededor, se inclinó hacia ellos.

—Gracias —susurró ella.

—¿De qué?

—Gracias por concederme esto, por ayudarme a llegar aquí... simplemente gracias.

Él se rió, besando la coronilla de ella.

—No, lo digo de verdad... ¿por qué has hecho todo esto? —preguntó volviéndose a él—. Sé...sé que no lo hiciste con ningún propósito cruel ni perverso pero...¿por qué me has traído aquí? ¿por qué me has salvado de la cárcel? ¿por qué todo esto?

Por un momento, ella pensó que él no iba a decírselo, o al menos que le restaría importancia. En cambio, Raheem se quedó muy rígido por un momento, y luego asintió. De su mochila, sacó una pequeña sábana que desplegó en el suelo. Le hizo el gesto de que se acercara a sentarse con él y, curiosa, se sentó.

—Hay muchas razones —dijo él suavemente—. Muchas. En parte fue porque sentí que te habías metido dentro de mi sangre aquel día. Cuando te encontré en el aeropuerto, eso me pareció el destino echándome una mano en la vida. Podría haber sido el destino que volaras lejos de mí, pero bueno, ningún ser humano puede ver el futuro. Luego se descubrió la estatua...

Ella se encogió con eso, y podría haberle alejado de él, pero él le tomó la mano gentilmente. Era increíble para ella lo amable que él podía ser cuando quería.

—... Y parecía como si te hubieran alejado de mí por error. Quizás simplemente estaba furioso porque mi imagen de ti había quedado destrozada, pero sentí más que eso. Sentí como si en ese momento no pudiera aceptar perderte. Así que tenía que estudiar la manera de volverte a recuperar.

Hubo un momento en el que simplemente admiraron la belleza que se presentaba en frente de ellos. Irene sabía que ella debería dejarlo ahí, pero algo en su interior le dijo que siguiera. Ella estaba cerca de algo, fuera una verdad de algún tipo o una especie de revelación. Cuando ella habló, su voz era tan baja que Raheem podría ignorarla si quisiera.

—¿Y qué pasa si acaba esta semana, y puedo elegir irme?

Ella podía oír cómo él tomaba una respiración profunda y luego otra. Irene miró a un lado, hacia la cascada, deseando que algo de su paz viniera a ella.

—Te permitiría hacerlo —dijo con voz bronca.

Irene respiró profundamente, sintiendo como si algo en su interior se hubiera liberado. Había llegado a ver lo que significaba la libertad después de su tiempo en prisión, y nunca había sido tan consciente del hecho de haberla perdido. Ahora sabía que su libertad era algo que nunca volvería a dar por descontado de nuevo, y ahora que la tenía, Irene pretendía atesorarla.

—Gracias —suspiró, tomando su mano.

Raheem parecía un tanto pasmado, pero apretó su mano amablemente, sin conceder más respuestas. Se sentaron cerca de la cascada durante un tiempo, y tras un momento, empezaron a hablar de otras cosas. Había una comodidad en ellos ahora que se había echado en falta antes, algo que simplemente era más dulce y agradable.

Confiamos, pensó Irene. Ahora confiamos en el otro.

Ella no estaba segura de qué significaría confiar tras el fin de la semana, pero por ahora, simplemente se deleitó en ello, dejando que la cubriera como una marea tranquila. Había aprendido a vivir el momento, y ahora mismo, este era el momento que ella quería.

Hicieron casi todo el camino de vuelta a la casa sin contratiempos, pero entonces, cuando estaban caminando por el sendero, el pie de Irene resbaló en una piedra suelta, haciéndola gritar mientras se fue cayendo. Con un juramento sofocado, Raheem la tomó antes de que cayera, pero antes de eso, se torció el tobillo

—Au, au...

Irene trataba de recuperar el aliento cuando volvió a gritar. Raheem la había hecho resbalar en sus brazos, levantándola completamente del suelo.

—Raheem, ¿qué haces?

—Te llevo —contestó, como si fuera la cosa más natural del mundo—. La casa no está lejos, y tú no eres nada pesada.

Sabía que no debería protestar. Parecía el colmo del lujo ser acarreada una distancia tan corta por un esguince que probablemente estaría curado para la mañana siguiente. Sin embargo, cuando él la aferró más firmemente, ella podía notar el corazón de él batiendo en su pecho.

Él se preocupa de verdad, pensó, y eso le hizo agarrarse a él un poco más fuerte.

—Gracias —murmuró, y él emitió un sonido agradable.

Volvieron a la casa justo cuando estaba anocheciendo. Raheem la sentó en el sofá para echar un vistazo a su tobillo, y ambos se sintieron aliviados al ver que no era una herida grave en absoluto. Cuando ella se puso en pie y caminó, el dolor se había pasado en parte, aunque podía decir que estaría un poco delicada durante unos pocos días.

—Nada grave en absoluto —dijo ella con alivio, aunque Raheem parecía un tanto más dubitativo.

—En serio, va bien. Lo siento más por tu pobre espalda... has sido tú el que me ha acarreado hasta aquí sin motivo...

Él se encogió de hombros.

—Mejor prevenir que curar. Si hubiese sido una lesión grave, sólo caminar podía empeorarla. ¿Hay algo que pueda hacer para hacerte sentir mejor?

Ella sacudió la cabeza, ligeramente divertida por la preocupación de su cara.

—Mira, puedo moverme exactamente como quiero, ¿ves?

Ella se levantó y caminó hacia él, y luego sin pensar en lo que estaba haciendo, rodeó con sus brazos el cuello de él, y lo atrajo hacia ella para un breve beso. Él devolvió el beso, pero cuando los brazos de él la rodearon, podía notar el cambio.

Lo que había empezado como un gesto tonto de agradecimiento envió flechas de placer a través de ella, un placer que ella estaba segura de que él también sentía. Ella podía notar el momento en el que su abrazo pasó de cariñoso y reconfortante a apasionado, y su cuerpo respondió amablemente. Ella gimió mientras las manos de él se deslizaban por su espalda, por su trasero y sus muslos antes de volver a subir

por su espalda.

Irene se perdió en las llamas hasta que pudo notar la prueba de su agitación apretando contra su propio vientre, mostrándola en términos nada inciertos cuánto la deseaba. Con un grito apagado, ella se retiró, casi cayéndose antes de que su hábil mano la sujetara a mantenerse derecha.

—Raheem...

La risa de él era áspera.

—A veces, me pregunto si tú eres mi castigo por algún extraño pecado —gruñó, casi para sí mismo—. A veces, pienso que debo de haber hecho algo malo para desear a una mujer que no me desea. ...

Tenía en la punta de la lengua decirle que también lo deseaba. Lo deseaba más que casi cualquier cosa que pudiera imaginar, pero él tomó su silencio por una confirmación.

—Pienso lo que te dije antes —dijo él—. No tengo la menor intención de forzarte en absoluto, pero quizás deberías mostrarte un poco más cuidadosa sobre cómo tocarme y lo que dices, ¿no?

—¿Y qué pasa si no quiero ser cuidadosa?

Su voz era más alta de lo que pensaba que iba a ser, y ambos se miraron un tanto pasmados.

—¿Qué es lo que dices, niñita americana? —pregunto él, y en esos momento, él parecía crecer más alto, más oscuro, más como un dios del desierto que un hombre. Irene tragó saliva.

—¿Y qué si toda mi vida he tenido cuidado? —preguntó ella—. ¿Qué pasa si estoy muy cansada de tener cuidado y ser precavida, y ... simplemente me quiero dejar llevar?

Raheem se rió y la malicia de ello le dio escalofríos en la espalda.

—Si te dejas llevar, entonces con certeza te atraparé, Irene— dijo él—, pero quizás deberías de estar seguro antes de hacerlo.

Cuando ella pareció poco segura, él meneó la cabeza.

—Ve a darte una ducha —dijo él—. Será bueno para tu tobillo, y te dará un tiempo. Para cuando salgas, puede que hayas cambiado de idea completamente. Yo no tengo ninguna prisa en convertirme en un error fatal que cometiste cuando estabas agitada.

—Creo que me conozco a mí misma —empezó a decir ella, pero él la miró.

—¡Vete! —dijo señalando.

Ella lo miró, este hombre increíblemente apuesto, y podía notar que le daba un vuelco el vientre. Su orden era embriagante, y le hacía querer perder totalmente el control, pero quizás era eso precisamente contra lo que él la estaba advirtiendo.

Lo miró por última vez, y entonces asintió.

Veamos lo que trae esta noche...

Raheem se preguntó si realmente se estaba volviendo loco.

La niñita americana era tentadora sin percatarse de ello. Él se preguntaba, un tanto, si su inocencia y

dulzura eran sólo una ficción, pero cuanto más tiempo pasaba con ella, más fácilmente podía notar que no. Él estaba completamente preparado para permitirle que negociara su libertad, pero una vez que la había tenido en el oasis, no podía imaginar hacerle eso.

Irene era como un rayo de sol, cálida y dulce, y convertía su ansia por ella en algo aún más profundo. Habría sido capaz de tratar y disfrutar con una ladrona internacional que fuera consciente de su propio poder. Contra Irene, inocente y amable, él se sentía completamente indefenso.

¿Qué diablos voy a hacer? —se preguntaba Raheem.

Podía oír el agua abrirse en la ducha, e involuntariamente, pensó en su forma desnuda saliendo del chorro de la ducha. Le había dicho la verdad esa mañana. La había desnudado para que pudiera dormir cómodamente, y ahora su mente estaba ocupada por el cuerpo que sabía que se estaba desnudando unas pocas puertas más allá.

Raheem tomó un hondo suspiro, calmándose un tanto. Sabía que esta semana podría ser todo lo que tuviera. Debía aprovecharla al máximo.

Tenía que hacerlo.

Capítulo Cinco

Irene no se sorprendió de ver a Raheem esperándola cuando salió de la ducha. Cuando estaba bajo el chorro caliente, no podía dejar de pensar en sus manos y el modo en el que se movían por su piel. Él era un hombre que sabía cuál era su lugar en el mundo, que sabía que todo en él estaba a su disposición. Una parte de ella, una parte de ella que realmente nunca había reconocido hasta ahora, respondía a su dominio, al cuidado que tomaba de ella y a su carácter completamente resolutivo.

¿Estaría tan mal dejarse llevar? Irene se había preguntado mientras se lavaba. *¿Sería tan horrible... dejarle pasar, una sola noche?*

Otra parte más razonable de ella dijo que algo así nunca sería para una sola noche. Incluso si él no volviera nunca a contemplarla, lo que hicieran juntos quedaría marcado en su piel, en su corazón, en su espíritu por el resto de su vida. Raheem era un hombre como los jeques legendarios. Lo que tocaba quedaba marcado para siempre.

Se había secado lentamente, pensando en cómo debía ser sensata, y cómo había más que su corazón en juego. El problema era que, pensara sobre lo que pensara, no importaba lo que considerara, él estaba ahí en su mente: su sonrisa, sus manos, su boca pecaminosa. Envolvió la toalla de seda alrededor de su cuerpo, y salió al dormitorio.

El sol estaba cayendo, lanzando sombras por toda la habitación. Él parecía un hombre hecho de sombras, sentado en la silla de piel cerca de la chimenea. No hablaba. En cambio, se volvió a mirarla con una expresión inquisitiva. En ese momento, Irene sabía lo que era, y lo que sería para siempre su elección. Él no la forzaría. Él no la coartaría. Lo que eligió después sería porque lo quiso, no por ninguna otra razón.

Irene tomó aliento profundamente, cruzando la habitación hacia él. Con cada paso, ella se preguntaba si era tan valiente como pensaba que lo era, si realmente tenía el valor de hacer lo que deseaba.

Entonces se plantó frente a él, y se le acabó el tiempo. Él no dijo nada. Sólo la miró. En sus ojos oscuros, ella podía ver las llamas de su deseo, pidiendo un fuego que correspondiera dentro del cuerpo de ella.

—Te deseo —susurró Irene, mirando al suelo.

No estaba segura de qué podía esperar después, pero fue la mano amable de él tomando la barbilla de ella, y pidiéndole que mirara hacia arriba.

—Más fuerte —fue lo único que contestó.

—Te deseo.

—Y quiero oírtelo más fuerte. Más aún.

—¡Te deseo! —dijo ella, y esta vez, su voz se quebró un tanto mientras lo decía. Notó su propia cara en llamas, y ella pensó que acabaría en una humillación. Los ojos de ella volaron para buscar los de él, pero en lugar de parecer crueles, había compasión en la mirada de él, incluso algo de humor.

—Bien —soltó—. Qué chica más buena, mi dulce Irene.

Ella estaba temblando por la fuerza de gritar su deseo, pero él pareció notar que no podía hacer mucho más. Con un toque que era tan certero como el viento del desierto, él tiró del nudo que mantenía su toalla atada. Lentamente, la retiró, alcanzándola para tirar la toalla por encima de sus hombros. Cayó al suelo como agua, y ahora no había nada para protegerla de su mirada intensa. Él podía ver cada centímetro de ella, y ella sentía los ojos de él vagar por su piel. Cuando ella levantó el brazo para cubrirse, él retiró sus brazos hacia abajo.

—Siempre he sabido que eras hermosa —dijo él, y la atrajo hacia sí.

Ella sonrió un poco nerviosamente cuando él acarició con la nariz su vientre redondeado, pero esa sonrisa se volvió un jadeo cuando ella sintió su suave lengua mojada lamiendo un rastro desde su ombligo hasta el primer brote de vello que adornaba su montículo. Las manos de ella aterrizaron en los hombros de él, pero ella no estaba segura de si quería retirarlo o atraerlo a ella. La piel de ella era cálida donde rozaba la boca, tibia donde la había dejado.

Ahora la besaba mientras subía por su cuerpo, incorporándose para colocar su boca en el primer pezón, y luego en el otro. Ella había tenido hombres que hicieron esto antes, pero nunca había sentido chispas de impresión tan brillante como las que sentía ahora. No había prisa de ningún tipo en los movimientos de él, ninguna huella de que él quisiera obtener nada más de lo que ya estaba haciendo. Él besó el cuerpo de ella como si tuviera todo el tiempo del mundo, y estaba listo para pasarlo explorándola. Ella jadeó cuando ambos se dieron cuenta de que la piel de los lados de sus pechos estaba escandalosamente sensible. Irene podía notar la sonrisa de Raheem mientras rozaba con la nariz su carne justo ahí, haciendo que ella se apretara más a él.

Él se puso en pie con un movimiento fluido, y con otro, la alzó en brazos. Nunca dejaría de sorprenderse de lo poderoso que era, de cómo podía moverla como si no pesara nada en absoluto. Él la llevó a la cama, y ahí la tumbó como si fuera algo infinitamente precioso.

Ella miró, con ojos brillantes, mientras él se quitaba la ropa. Con cada prenda que se quitaba, él revelaba más de esa constitución musculosa que ella había notado antes. Era perfecto como una estatua de mármol, fuerte como un dios. Cuando vino a acostarse cerca de ella en la cama, el aliento de ella se entrecortó cuando él comenzó a besarla, esta vez en la boca.

Cuando los labios la tocaron por vez primera, todos los miedos de ella salieron volando. Simplemente no había sitio en su mente para el miedo, cuando había tanto deseo, tanta ansia y placer. Él era tan paciente y meticuloso al besarla en la boca como con todo lo demás. Cuando al fin se retiró, ella sentía la boca mojada e hinchada, estremecida de deseo, y todo lo que quería era más.

—¡Qué chica tan perfecta! —ronroneó él—. Veamos qué es lo que más te gusta.

Empezó a besarla de nuevo, pero esta vez, él deslizó su mano descendiendo por su cuerpo, hacia la curva de sus pechos y su vientre, y más abajo hacia la piel sensible de su entrepierna. Cuando notó sus manos por vez primera rozando la parte superior de sus muslos, ella los cerró de golpe, pero tras unas pocas suaves caricias, se rindieron abiertos para él.

—Todo lo que estoy haciendo, quiero hacerlo —gruñó él—. No me rechaces a menos que vaya a hacerte daño. ¿De acuerdo?

—Sí, sí —consiguió soltar finalmente.

Su premio fue otro beso intenso, y cuando ella jadeó ante el primer roce de sus sutiles dedos en su raja, él lo bebió como si fuera vino.

Ella nunca se había sentido tan sensibilizada o tan dispuesta al placer. Durante unos extensos momentos, él rozó su carne mullida, jugando cuidadosamente con su vello púbico antes de deslizar un dedo delicado en su interior. Él provocó que la respiración de ella se hiciera algo más veloz. Había una sensación de placer, no de dolor; no había tenido ningún amante en mucho tiempo. Ella se preguntaba si podía decírselo, pero cuando él subió los dedos hacia su clítoris, ella ya había perdido la capacidad de preocuparse por nada.

Él rozó su clítoris con precisión infalible, tocándola justo del modo perfecto para que ella empezara a retorcerse de placer. Era algo tan intenso que ella casi lo empuja, pero entonces la besó más fuerte, haciéndola gemir de deseo.

No había nada que pudiera hacer Irene excepto tomar las sensaciones vívidas que él le concedía, tomarlas y dejar que alimentaran el fuego que la estaba consumiendo. Las sensaciones iban creciendo, una tras la otra, hasta que estaba jadeando de ansia. Ella sabía que él la murmuraba, con suaves ánimos, palabras de amor, pero no podía entenderlas, no mientras la sangre le golpeaba en los oídos y la llevaba a un clímax cuyas posibilidades nunca con anterioridad había imaginado que existieran para ella.

Ella no podría evitar derramarse si lo intentara. Una vez que el placer empezó a crecer, era imparable, expandiéndose como un incendio. Gritó, cubriéndose la cara con las manos como si su cuerpo se sacudiera hasta su término. Su clímax la dejó temblando y apagada. Sus manos finalmente cayeron de su cara, quedó mirando el techo con los ojos abiertos desmesuradamente, respirando rápida y profundamente.

Irene gimió un tanto cuando Raheem se incorporó sobre ella para besarla de nuevo. Respondió como pudo, pero había una pesadez en su cuerpo, como si sus huesos se hubieran vuelto acero.

—Eres tan hermosa cuando estás satisfecha de placer —murmuró—. Podría mantenerte así toda la noche, así de agotada, así de completa...

De algún modo, ella encontró el ingenio para responder, alcanzando a enlazar sus dedos a través del pelo negro de él.

—No...no, te deseo a ti...

—¿Cómo? —preguntó él, con su voz con tono irónico, pero ella estaba del todo seria.

—Digo ... digo que te deseo a ti. Y lo digo de verdad. Por favor ...

Las llamaradas de sus ojos se extendieron en un verdadero incendio, y ahora ella podía ver cuanto él había dejado a un lado su propio deseo. Algo en sentirse tan deseada encendió su propio deseo de nuevo, y ella se levantó para atraerlo con un beso.

Había algo diferente en este beso. Ahí había hambre, y había un ansia profunda y perdurable de ella que no se había apagado. Ahora ella podía notarlo apretando su erección contra ella, y ella sabía que él le daría lo que quería.

Irene chilló con sorpresa cuando él la hizo rodar colocándola encima de él. Ella nunca había parecido tan pequeña como cuando estaba desparramada sobre su constitución musculosa, tratando de mantenerla en equilibrio. Ella acabó con las piernas reposando a cada lado de sus muslos, y cuando ella sintió la verga dura de él apretando entre sus piernas, gimió.

Cuando él tomó sus caderas con las manos, ella lloriqueó, pero ella deseaba esto con todo su cuerpo, deseaba este tipo de intimidad con él. Ella se levantó como él le indicaba, y luego con un grito ahogado, se deslizó sobre su cuerpo.

Por un momento, estuvieron completamente parados juntos, él la llenaba, ella lo encerraba, como si estuvieran hechos el uno para el otro. Entonces con un sonido que era medio gemido, medio gruñido, él empezó a levantarla, arqueando sus caderas para poder empujar más fuerte dentro del cuerpo de ella.

Cuando ella se inclinó adelante para enlazar con las manos su pecho, ella podía ayudarlo con a levantarse y alzarse, gimiendo mientras él la llenaba hasta la empuñadura a cada estocada. Cuando ella lo miró, estaba pasmada de ver que sus ojos estaban abiertos de forma desmesurada y la miraba, con una expresión de anhelo intenso y posesión en la cara.

—Te deseo —dijo ella, y con un nuevo gruñido, los movimientos de él se hicieron más duros, más rápidos. Ella se colgó de él mientras él arremetía intensamente y sus movimientos la envolvían y la llevaban a lo alto.

Cuando él gritó, embistiendo dentro de ella con un último grito, ella clavó sus uñas en su pecho, de algún modo sintiendo la intensidad del orgasmo que lo recorría. Ella podía notar el calor líquido de él derramarse en su interior, y sollozó de plenitud.

Cuando Raheem estuvo por fin quieto, ella se derrumbó en su pecho, mientras los brazos de él la abrazaban estrechamente. Nunca había sentido nada tan íntimo antes, nunca había compartido con nadie el tipo de placer que había sentido así. Él aún estaba en su interior, aunque ablandándose, y el placer zumbó por todo su cuerpo.

Raheem fue el que se movió primero, moviéndola amablemente a un lado y retirándola con cuidado. Ella emitió un sonido de protesta que obtuvo una risa apagada de él.

—No te preocupes, que no voy lejos —dijo, alcanzándola para atraerla hacia él de nuevo. Se tumbaron juntos mientras sus corazones se calmaban, y el sudor se secaba en su cuerpo. Irene estaba casi dormida, cuando habló Raheem.

—¿Estás bien? —preguntó suavemente.

—Sí —dijo ella—. Me siento...bien. Tranquila.

Él sonrió un tanto, abrazándola algo más fuerte. Ella se preguntó si ella se cansaría algún día de estar en brazos de este hombre.

—Bien. Quería asegurarme de que no tenías ningún remordimiento. Ocurrió tan rápido.

Ella meneó la cabeza.

—Qué va, ningún remordimiento, sólo que quizás hayamos tenido que tomar un camino tan raro para llegar aquí.

El silencio que se hizo entre ambos esta vez fue más pesado. Irene había estado flotando tras su mutua intimidad, pero ahora se acordaba de por qué estaban en este oasis, lo que había hecho y lo que estaba en juego.

Con un aguijón de culpabilidad, se dio cuenta de que no había pensado en Peter ni una sola vez en los últimos días. Ella no sabía si la gente que lo retenía lo había soltado como prometido, o sólo se habían enfadado con su fracaso. Ella se aferraba a haber visto su mechón mientras estaba en la cárcel. Eso le mostraba que no iban a matarlo, y que aún estaba vivo.

—¿Irene?

—¿Sí?

—Háblame de Peter.

Las palabras de él seguían tan de cerca los talones a sus propios pensamientos que resolló. Se giró en sus brazos para mirarlo, con ojos desorbitados.

—¿Por qué me preguntas por Peter? —preguntó ella. Ella esa dolorosamente consciente de que su reacción intensa probablemente le había dicho más de lo que hubiese deseado, pero no pudo evitarlo.

—Lo mencionaste la noche pasada —dijo Raheem, acariciándole el pelo delicadamente—. Parecía que los dos estáis muy unidos.

Ella tomó aliento, diciéndose que era sólo una coincidencia. Raheem quería saber más sobre ella, y no había nada raro en ello. Si hablara de Peter, quizás eso la calmaría un poco más, la ayudara a estar en paz con la situación en la que se encontraba.

—Peter siempre fue un tanto torpe —dijo suavemente—. Incluso cuando éramos críos. Siempre se metía en problemas y mis padres de algún modo me lo pusieron a cargo. Incluso si éramos mellizos, siempre me sentí su hermana mayor. Lo protegí en el colegio, y me aseguré de poder hablar con sus profesores para conseguirle lo que necesitara.

Raheem frunció el ceño, mientras su mano recorría la espalda de ella cuando hablaba.

—¿Y dónde estaban tus padres en todo esto? —preguntó él—. Parece que eso debería de corresponderles a ellos, ¿no?...

Ella se encogió de hombros. Era tolerante en este sentido, pero había cierto punto a partir del cual no lo era tanto.

—Ya están fuera de la foto —dijo ella—. Realmente ...tampoco estaban presentes, supongo que podría decir. Estuvieron más que contentos en dejarme a Peter. ¡No es que sea un fardo!

Ella añadió lo último rápidamente porque de pronto se dio cuenta de cómo podría haber sonado.

—Es una persona estupenda, simplemente uno que necesitaría un poco más de ayuda aquí y allá. Yo era lo único que tenía.

Raheem no dijo nada, y por alguna razón, eso la hizo incluso más protectora.

—Suenas mal, pero tampoco fue que yo renunciara a mi vida entera por Peter, ni nada —siguió—. Simplemente estábamos muy unidos. Él era mi hermano, y durante la mayoría de la infancia, éramos todo lo que teníamos. Cuando vine a Khanour para estudiar, me siguió...

Se congeló de pronto, consciente de lo que acababa de decir. Para su alivio, sin embargo, Raheem no pareció notarlo. Siguió acariciando su espalda delicadamente.

—Parece que él te adora —dijo Raheem, y ella asintió con alivio.

—Sí, la verdad. Yo soy la persona a la que siempre se dirige. Se ha enfrentado por mí, y me ha protegido cuando ha podido.

—¿Y hace que te sientas segura?

Ella se encogió de hombros.

—Diría más bien que no. A veces es un tanto dramático, y para ser honesto, a veces está cargado de problemas.

—Ya veo. Cuando eres el que protege, puede ser difícil bajar la guardia.

Ella apretó los labios, incierta de lo que debería responder. Él tenía toda la razón en lo que decía. Sin embargo, sintió que era cierta traición a su hermano admitirlo.

—No creo que me esté explicando bien —masculló Irene, y Raheem sonrió.

—Yo soy hijo único, pero tengo primos, y crecí rodeado de una amplia y extensa familia —dijo él—. Entiendo perfectamente lo que es querer proteger a alguien incluso cuando no puedes, y sé lo duro que es dejar ese fardo a un lado.

—¿De verdad? —preguntó ella, mirándolo con curiosidad—. Eres un hombre que parece vivir para mandar, pero seguramente eso no es todo.

Ahora le tocaba sorprenderse a Raheem. Ella dudaba si alguien le había preguntado eso alguna vez.

—Me gusta mantener el control —dijo él por fin—. Me gusta estar seguro de que las cosas se hacen bien, y en muchos casos, eso es la única recompensa. Tengo todo el dinero que pueda necesitar, y tengo muchos servicios que se ocupan de mis propias necesidades...

—No es eso lo que pregunté —dijo ella amablemente— Lo que quiero saber es si alguna vez has deseado tener a alguien que se preocupe por ti de verdad.

Por un momento, Irene pensó que Raheem simplemente iba a ignorar su pregunta. Podía entenderlo. La necesidad de que le cuiden a uno era una que implicaban una vulnerabilidad aplastante. Ella podía entender que un hombre poderoso como Raheem pudiera rechazarla. Sin embargo, sospechaba que un

hombre tan poderoso como Raheem fuera exactamente el que pudiera necesitarla.

Él abrió la boca, con aspecto vacilante, y entonces sonó su teléfono. Parecía tan aliviado que Irene soltó una risita.

—Salvado por la campana —bromeó—. Ve y responde, pero recuerda que tengo muy buena memoria.

Él gruñó un tanto, tirándole del pelo en broma antes de responder. Ella lo miró retirarse, pasmada de nuevo por la auténtica belleza masculina que él personificaba. Había una facilidad descuidada y gracia en su desnudez, como si su estado natural fuera este mismo. No estaba más embarazado o avergonzado de su cuerpo de lo que podría estar un leopardo con sus manchas.

Ella se sentó en la cama, mirándolo mientras respondía a la llamada. Hablaba demasiado bajo como para que ella lo oyera, pero podía notar que era algo urgente por el modo en el que hablaba, algo tenso en la manera en la que estaba en pie.

Cuando él colgó el teléfono, se mantuvo quieto un momento, simplemente fijando el vacío, e Irene se empezó a preocupar.

—¿Raheem?

Él se volvió a ella, y volvió a la cama, pero había algo distante en él ahora mismo. De ir a un lugar seguro y cálido donde habían estado tan juntos, esto era como un jarro de agua fría. De pronto, Irene era consciente de un modo en que no lo había sido antes, de que estaba desnuda. Se cubrió los pechos con las sábanas.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, con voz rota.

Él parecía reacio a levantar la mirada hacia ella, pero cuando lo hizo, había una resolución en los ojos de él que la hizo morderse el labio. ¿Qué podía haber pasado?

—Irene, ¿qué hizo Peter en Khanour?

Ella sintió como si se detuviera su corazón. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, y sabía, que justo como había ocurrido durante toda la vida, la culpa a consecuencia de Peter estaba marcada en su cara.

—¿Qué importancia tiene? —preguntó ella, con la boca seca.

—Cuando hablamos la pasada noche, algo en el modo en que hablaste de Peter captó mi atención— dijo él. Mientras hablaba, había algo precavido en él.

—Para —dijo ella, de algún modo irracionalmente segura de que lo que dijera ahora arruinaría todo lo que había crecido entre ellos. Estaba al tanto de que en el fondo de su mente de algún modo que tenía tanto miedo de perder lo que había entre Raheem y ella, como de herir a Peter, pero eso podría esperar para más tarde.

—No ... no tenemos que hablar de esto, ¿no? —preguntó Irene, consciente de lo lastimero que sonaba—. ¿No podemos hablar de esto más tarde?

Raheem meneó la cabeza. Cuando se aproximó para acariciarla, ella se echó atrás, sacudiéndose.

Ella de pronto sintió frío, y se arropó a sí misma con los brazos, tratando desesperadamente de encontrar algo de calor.

—Me temo que no podemos —dijo él. Su voz aún era amable, pero era de acero—. Pedí a miembros de mi equipo que investigaran a tu hermano —dijo él— y ahora acaba de contactarme uno de ellos. Resulta que en menos de veinticuatro horas, ha encontrado bastantes cosas, y un montón podrían ser relevantes para ti y lo ocurrido. Dice que tu hermano tiene deudas de juego en los Estados Unidos, de las cuales a menudo has sido responsable financieramente. ¿Es cierto?

Irene sintió que se le secaba la boca. Sabía que su corazón latía más rápido y le costaba mirar a Raheem. Así era perderlo todo. Esto era lo que suponía el que ella hubiese traicionado a la persona que siempre había confiado en ella para que lo protegiera.

No podía contestar a Raheem. Sólo podía mirarlo con ojos enormes y asustados. Él parecía apesadumbrado y sin palabras porque era esto lo que había ocurrido entre ellos, pero estaba decidido. Esto era algo que tenía que suceder y él no quería parar.

—No te puedes quedar en silencio —dijo tranquilamente—. Es una información que necesito, pero la descubriré tarde o temprano. Esto no es algo que pueda perdonar. Te irá mucho mejor si optas por decirme simplemente lo que necesito saber.

Ella no podía hablar. No lo haría. Aquí estaba de nuevo, pero la diferencia era que quien llevaba el interrogatorio era el hombre que la hacía sentir como nadie.

—Yo quiero ayudarte —dijo él, y había un ligero temblor en su voz—. ¡Maldita seas, Irene! ¿Por qué no dejas que te ayude?

No podía aguantar más. Se puso en pie, obviando su desnudez. Cuando trató de escaparse, descubrió que su muñeca estaba agarrada en una sujeción sólida como el acero.

—No trates de huir de mí —dijo él con aristas en la voz.

Ella sintió como si le hubieran cortado las piernas. Con un suave sonido desesperanzado, se derrumbó en la cama como una muñeca obediente. Por un momento, parecía como si Raheem iba a seguir, pero entonces él la miró de más cerca, y la pena penetró en su mirada.

—¿Estás aterrorizada, no? —Aunque las palabras podrían haber sido agresivas, incluso amenazantes, desprendían lástima, una compasión que ella nunca había visto antes. Ella sabía demasiado como para hacerse ilusiones, sin embargo. Sabía que él era incansable cuando se trataba de ese asunto. Por su país, Raheem, no podía ser menos que eso. A fin de cuentas, ella era su enemiga, y de algún modo, ellos lo habían olvidado.

Ella asintió, con la mirada baja. El silencio era su mejor refugio. Era la mejor oportunidad para que su hermano sobreviviera. Los hombres que lo habían capturado no tenían corazón, terroríficamente poderosos y subversivos. Ella había perdido la cabeza, y ahora él estaba en un peligro mayor que nunca. Ella no debería haber hablado nunca. No debería haber dormido nunca con un hombre que no entendiera el hecho de que tenía que proteger a la única familia que le quedaba.

Irene no pudo impedir derramar lágrimas. Trató de ocultar la cara, pero Raheem tomó su barbilla en la mano, haciéndola levantar la mirada.

—Corazón... por favor...

Por fin, sacudió la cabeza.

Tumbate, entonces. No hay nada más que decir esta noche. Descansa.

Ella no quería tumbarse y dormir. Sabía que si iba a ser prudente con eso, debería haberlo rechazado. Debería haber ido a dormir en el sofá, o incluso debería de dormir en el bosque del oasis si fuera necesario. En cambio, sólo conseguía pensar en cómo se sentía Raheem, en cuánto quería estar cerca de él.

Irene respiró profundamente. No podía pensar en lo que depararía el día siguiente. En cambio, dejó que Raheem la tumbara en la cama junto a él. Quizás pudiera, durante un poco más de tiempo, hacer como si todo fuera bien.

Raheem estuvo despierto hasta mucho después de que Irene se durmiera. Cada vez que ella se revolvía, cada vez que gimoteaba en el sueño, él sentía que su corazón se encogía. Tras escuchar su charla durante un rato, él podía notar cuán solitaria había sido su niñez y cuán frecuentemente había tenido que asumir el papel de madre. Todo el mundo merecía más que eso, y alguien tan dulce y amable como Irene doblemente.

Por enésima vez, se preguntó si había algún modo de dejarla libre. Si hubiera alguna excepción que pudiera hacer, alguna excusa que pudiera encontrar. Daba igual cuántas veces él le diera vueltas al asunto, no podía encontrar ninguna escapatoria.

—Lo siento —susurró él, tocando su pelo delicadamente. Raheem querría poder decirlo mientras ella estuviera despierta, pero él sabía que no ayudaría en nada. Tras la noche pasional que habían pasado juntos, daba la impresión de que hubieran cruzado una especie de río. No había vuelta atrás a la comodidad que habían compartido antes. Sólo podían moverse hacia delante.

Raheem sólo suplicaba que si se movían adelante, lo hicieran juntos. Incluso después de estar juntos por un periodo de tiempo tan corto, él sabía que Irene le daba lo que necesitaba, algo que nunca había sentido antes.

—Por favor, por favor, háblame —murmuró él, pero ella sólo murmuraba en sueños, apretándose contra él. Él se preguntaba por qué ella dormía tan confiada a su lado, pero por qué no podía confiar en él a la luz del día.

Raheem rodó para fijar el techo, y al moverse, ella lo siguió, y apretó la cara contra su pecho. Ya había algo tan familiar en aquello, que él no podía aguantar pensar en cuando se hubiese ido.

Cuando él empezó su vigilia, sabía que él no podía ser el que cediera. No si quería ser el hombre que necesitaba su país. Sólo esperaba que Irene entendiera eso.

Que viera que lo que tenían en común era demasiado precioso para echarse a perder.

Capítulo Seis

Irene sabía que se había equivocado cuando empezó a hablar. Había pensado que cuando saliera de la cárcel podría simplemente avanzar en su vida, ser quien era realmente con Raheem. Ahora que sabía que eso había sido su mayor error, lo arregló del único modo que conocía.

Cuando se levantó la mañana siguiente, cayó en el mutismo que había sido su fortaleza y su prisión de las últimas semanas. Cuando Raheem la saludó, respondió con la cabeza, y cuando le preguntó qué es lo que le pasaba, sólo le dirigió una mirada triste. Si se quedara en silencio, no concedería nada. Era la única esperanza de su hermano tras lo que ella había revelado. Era suficientemente malo que supieran que estaba en Khanour. Cuanto más supieran sobre él, mayor sería el peligro que correría.

Raheem aguantó su silencio la mayor parte del día. Él también estaba en silencio, excepto cuando se iba a otra habitación para hablar con los hombres que andaban tras los rastros de su hermano. Cuando hacía esto, ella se tensaba como si cada músculo de su cuerpo se hubiese convertido en cemento. Simplemente no había nada que ella pudiera hacer, y ella sintió esa impotencia intensamente.

Finalmente, por la noche, Raheem se acercó a ella. Ella estaba sentada en el sofá, contemplando la belleza del oasis. Cuando él se sentó junto a ella, no se retiró. Aunque Irene sabía que debía mantener la distancia, aún había algo en él que la atraía como la punta de una brújula al norte. Cuando Raheem se estiró para rozar su cara dulcemente, ella se inclinó hacia él.

—Ese era mi hombre en la ciudad —dijo tranquilamente—. Tu hermano había desaparecido. Podemos seguirle la pista a sus andanzas hasta hace unos pocos meses. Sabemos que muy probablemente no ha dejado Khanour, a menos que sea mucho más listo de lo que me has hecho creer, pero mis hombres no lo pueden encontrar.

Ella estaba dividida. Por un lado, si no podían encontrar a su hermano, no podían arrestarlo. Sin embargo, si no podían encontrarlo, eso significaba que era más que probable que los contrabandistas no lo hubiesen soltado.

Peter, por favor... Lo siento...

Raheem tomó aire profundamente.

—Nos tienes que decir dónde está tu hermano. A menos que lo hagas, hay criminales que se están moviendo sin dejar rastro e infringiendo la ley obstinadamente. Estos hombres están esquilmando mi país y privándolo de las cosas que son nuestras por derecho, y no lo voy a permitir.

Ella miró al suelo. Él tenía razón. No había respuesta alguna que pudiera darle en absoluto. No había ninguna defensa que pudiera presentar para los hombres para los que había trabajado, y ella sabía que era sólo por la gracia de la voluntad de Raheem que no había resultado convicta y permanecido en prisión.

—¿Te ha pasado por la cabeza que esos hombres son peligrosos? —preguntó Raheem—. Son brutales, y si no dudaron en usar a una chica como tú, no hay manera de decir lo que le harán a un chico como él. Toda tu vida, has estado ahí para cuidar de Peter. ¿Qué piensas que está haciendo ahí afuera ahora?

Los ojos de ella volaron para encontrar los de él, y su boca formaba una *O* de dolor. Él había buscado el punto débil de ella y ahora lo había encontrado. Los peores temores de Irene sobre su hermano, que estaba sufriendo, herido o incluso muerto, cruzaron su mente, y no había nada que pudiera hacer para alejarlos, para echarlos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero esta vez Raheem no dudó.

—Tú quieres a tu hermano. Lo quieres por encima de lo que tus padres os han ofrecido a ambos, y tú no puedes darle la espalda. Entiendo esto. Pero, Irene, escúchame. Ahora no es momento para protegerlo con tu silencio. Esto no es solamente llevarse la culpa por estar ahí fuera en el hielo, ni ninguna otra cosa que podáis haber hecho de chicos. La vida de tu hermano está en juego, y los hombres de los que depende su vida son crueles y tienen recursos. ¿Sabes que le harán si se escapa de malas de ellos?

Irene gimió desde el fondo de la garganta, tapándose los oídos con las manos. Lo sabía. Se lo habían dicho. Le habían narrado con detalles dolorosos y atroces lo que iban a hacer si ella no hacía exactamente lo que decían.

Sin compasión, Raheem le retiró las manos de los oídos. Cuando ella lo miró suplicante, había dolor en los ojos de él, pero no se interrumpió.

—Depende de ti, reducir a estos hombres —dijo—. Depende de ti ayudarnos a sacar a Peter de esta situación.

—¿Le puedes garantizar una amnistía?

Raheem la miró como pasmado de que hubiera hablado al fin. La voz de ella sonó grave y ronca, como si fuera un instrumento que se fuera echando a perder por falta de uso. Ahora le tocaba ceder a él, y ella enlazó los dedos en los de él.

—¿Puedes? —preguntó ella—. ¿Se le puede perdonar lo que haya podido hacer?

Ella podía ver en los ojos de Raheem la urgencia por mentirle. Él quería mentirle y decirle lo que quería oír, y lo peor era que ni siquiera era para conseguir lo que quería. Quería mentirle simplemente para reconfortarla.

—No lo sé —dijo él por fin—. No puedo responder ni sí ni no, hasta que no vea la situación completa, hasta que no vea lo que ha hecho tu hermano. ¿Qué ha hecho, Irene?

Y con eso, Irene sabía que tenía que permanecer en silencio. Ella no tenía la menor idea de lo que había hecho, ni la menor idea. Ella no podía arriesgarse a que un juez lo encontrara culpable. El tiempo que ella había pasado en prisión había sido gracias a Dios breve, pero aún podía recordar vivamente la vista de la fusta de piel de camello, y la brutalidad informal de los guardias.

Miró los ojos oscuros de Raheem, e incluso si su corazón lloraba, meneó la cabeza. Retiró la mano

de la de él, y se dio la vuelta.

Él hablaba de nuevo, pero esta vez, ella se obligó a sí misma a no oírlo. Tenía que ser fuerte. Tenía que superar esta semana. Sabía que Raheem era un hombre de su propio mundo. La dejaría marcharse y luego no volvería a verlo.

El mismo pensamiento de estar alejada de este hombre la desgarraba. Con sorpresa apagada, se dio cuenta de que los sentimientos que atesoraba por él, tumultuosos y oscuros, se habían vuelto de algún modo reales y cálidos. Ella había descubierto que él era diferente de cualquier otro hombre que hubiera conocido antes. Lo que Irene no había descubierto era que se estaba enamorando de él.

Irene tenía que fiarse de Raheem. Él intentó todos los medios para convencerla de hablar con él. Le gritó, la acarició, trató de explicarle hasta qué punto era mejor que hablara simplemente. A veces, Raheem hablaba para sí, rudamente, y se sumían en el silencio juntos.

Durante esos momentos silenciosos, era casi como había sido antes de su revelación. Ella podía sentarse con él, agachada contra el cuerpo de él y mirando al oasis. Él empezaría nuevamente, en cambio. Le diría que Peter la necesitaba, que ella tenía a su alcance salvarlo, pero que rehusaba creerle. Él le había dicho la verdad antes. No podría garantizar la seguridad a su hermano, y más allá de eso, no había nada más que decirse.

A veces, daba la impresión de que Raheem quisiera olvidarlo todo. Bromeaba con ella por una palabra, cualquier palabra, daba igual. Sus zalamerías la hacían sonreír, pero ella no se permitía el lujo siquiera de una sola palabra. El primer error de ella había relevado el nombre de su hermano a ese hombre peligroso. No podía permitirse un segundo error.

A pesar de su silencio, él aún quería estar con ella. Podían sentarse juntos, él preparaba comidas deliciosas, y varias veces, él le ofrecía una toalla e iban juntos al oasis. En el agua fresca y cristalina, ella nadaba desnuda como no lo había hecho nunca. Al principio le causaba cierta timidez, pero para Raheem, la desnudez parecía su estado natural, un lugar que no necesitaba ni vergüenza ni detenimiento. Él extendía pacientemente la crema solar en el cuerpo de ella, y luego la besaba en el agua, enlazando sus miembros mientras se besaban con hambre. Justo cuando ella podía notar su excitación, y justo cuando la de ella misma empezaba a hacerse más potente, él se retiraba. Por un momento, Irene se preguntaba si era porque él no quería mancharse con alguien como ella. Entonces, ella se dio cuenta de que a él mismo también le resultaba difícil. Quizás no la amaba del modo loco en que ella lo adoraba, pero también le costaba.

Raheem la dejó sola hasta un atardecer pasadas dos noches. Había sido un día tenso, y la casa aún vibraba con los gritos de él. Había sido más enérgico de lo que lo había sido hasta entonces, y aunque ella se negó a recular, no podía evitar temblar como una hoja. En medio de una invectiva, Raheem se había detenido, mirándola antes de sacudir la cabeza y darse la vuelta.

Mientras ella miraba, temblando aún, él abandonó la casa a zancadas, y se internó en el bosque. Era como si el bosque del oasis se lo hubiese tragado. Estuvo fuera más de una hora. Ella empezó a preguntarse si volvería. Tras un rato, ella se preguntó si estaría herido.

Era demasiado fácil ver que iba a ocurrir eso. El oasis era hermoso, pero estaba aislado. Si se hubiese caído mal, se podía haber roto algo. Podría estar tumbado indefenso e incapaz de alcanzar la casa de nuevo. Se podría incluso haber...

Con una respiración entrecortada, corrió hacia la puerta. Irene no tenía ni idea de lo que haría si estuviera herido seriamente; todo lo que sabía es que no podía aguantar pensarlo perdido solo en la oscuridad...

Justo cuando alcanzaba la puerta, sin embargo, se abrió, y Raheem casi se choca con ella. Con un sonido suave de sorpresa, ella casi se cae, pero él la agarró, sosteniéndola en pie. En lugar de dejarla, sin embargo la tiró hacia él.

—¿Temías por mí, niñita americana? —preguntó suavemente. No había en su voz ni rastro del odio de antes, y ella notó un escalofrío de alivio que la recorría.

Ella asintió, mirando al suelo, y él le dio un beso discreto en la frente

—Siento haberte causado esa preocupación —dijo él—. Yo... lo siento por muchas cosas. Siento que no podamos ser nosotros mismos.

Ella se puso tensa, preguntándose si él iba a enfadarse con ella de nuevo, pero en cambio, la levantó en sus brazos.

—Vamos a ver si puedo darte algo para distraerte.

No la había tocado desde su conversación intensa sobre su hermano. Ahora él la llevaba a la habitación que compartían y la desnudaba con los rápidos gestos de un experto. Una parte de ella quería protestar por esto, pues sabía que cuanto más próximos estuvieran, más dolería al acabar la semana. En cambio, cuando él la besó y descendió por su cuello, ella sólo podía suspirar de placer e inclinar la cabeza para dejarle vía libre.

Esa noche, él la llevó al umbral del clímax una y otra vez. Usó las manos y la boca para levantar olas de placer más y más intensas, para interrumpirse en el último momento para hacerla gritar de ansia. Entonces él comenzaba nuevamente, ignorando los sonidos implorantes y los movimientos incansables del cuerpo de ella.

Cuando finalmente la llevó al clímax unas horas más tarde, ella estaba empapada de sudor y suplicando la misericordia que él se negaba a concederle. Su placer explotó en su interior con la fuerza de una supernova, encendiendo cada parte de su alma, abriéndola en un modo que ella no llegaba a asimilar. Estaba dividida, ardiente en cada parte de su cuerpo, y no podía dejar de gritar el nombre de él una y otra vez.

En cierto momento, Irene perdió la noción de lo que decía o incluso de quién era. No había nada que pudiera hacer sino flotar en las poderosas sensaciones que él le concedía. Cuando los ojos de ella

finalmente revolotearon palpitaron abiertos, ella se encontraba mecida en el pecho de él, que le murmuraba palabras tranquilizadoras. Ella podía notar su virilidad presionando contra su cadera, pero no hizo nada para aliviarse.

—Eres tan hermosa —destiló él— Tan perfecta. Chica hermosa, ¿o no?

A pesar del placer que aún zumbaba por sus miembros, ella sabía lo que debía ser su respuesta. Le llevó cada pedazo de su fortaleza para voltear la cabeza, incluso mientras se le hacía un nudo en la garganta. Ella cerró los ojos, rezando para que no siguiera. Ella no estaba segura de que su corazón pudiera resistirlo.

Ella podía notar sus ojos sobre ella. Por fin, él suspiró. Él se tumbó tras ella enlazando un brazo por su cintura y besándola en el hombro, como si hubieran dormido juntos cada noche.

—Duerme, corazón —dijo él, con la voz que latía de compasión—. Duerme. Esto ha sido demasiado para ti.

En aquel momento, ella estuvo tan cerca como era posible de hablar con él. Esa amabilidad le hizo concebir esperanzas de que pudiera ser igual de amable con su hermano, de que pudiera haber alguna esperanza para Peter, después de todo. Entonces, ella recordó que el hombre que dormía tras ella no era el que podría privar a Peter de su muerte. Era el que la había observado en el aeropuerto, su cara se había retorcido de la impresión y disgusto al darse cuenta de lo que ella había hecho.

Si ella quería mantener salvo a su hermano, era esto lo que debía recordar.

El día siguiente amaneció brillante y claro. Cuando ella echó un vistazo al oasis, Irene podía apreciar su belleza cristalina e imponente. Se sentó con la taza de té que Raheem le había preparado y se preguntó si volvería a ver alguna vez este lugar una vez que la semana acabara. El hecho de que ella no volviera jamás a verlo le rasgó el corazón, pero era casi un dolor bienvenido. No era el dolor de no volver a ver a Raheem, y por ello, era en cierto modo un alivio.

Raheem llegó tras ella, lanzándole un beso en la frente.

—Acaba el té, y ponte algo de ropa resistente —dijo él—. Hay algo que quiero enseñarte.

Cuando ella se vistió, él la acompañó a la parte de atrás de la casa donde había un jeep esperándolos. El robusto y reducido vehículo los llevó a través de las dunas al interior del brillante desierto. El calor estaba empezando a apoderarse de ella cuando Raheem paró en un pequeño realce del terreno. Irene lo observó, pasmada. No parecía mayor que la altura de su cintura, y ella se preguntaba para qué la había traído a través del desierto.

Él sonrió al apreciar su confusión, y se acercó al jeep para ayudarle a bajar.

—Créeme cuando te digo que esto es mucho más impresionante desde dentro— prometió.

Para su sorpresa, él la acompañó alrededor del relieve rocoso para revelar una apertura oscura oculta debajo. Alguna broma del viento y la roca había creado un portal a través de las dunas, un lugar

que de algún modo estaba libre de arena. Raheem sonrió y le aportó un casco de minero, para mostrarle pacientemente cómo colocárselo y girar el foco. Ella lo miró aprensivamente, pero él apretó su mano.

—Confía en mí —dijo él, y puesto que lo hacía en todos los asuntos excepto en uno, le permitió llevarla al interior de la tierra.

El suelo más allá de la abertura oscura era llano durante un breve tracto, pero luego, para su sorpresa, había escaleras talladas en la piedra. Su corazón empezó a latir más rápido, y siguió a Raheem que descendía los escalones mientras serpenteaban bajo tierra. El aire, tan caliente y seco ahí arriba, se hacía algo húmedo y verde abajo, y ella se preguntaba cuántos millones de años hacía que habían pasado desde que este lugar había sido tallado dentro de la roca bajo la arena.

Finalmente, llegaron al nivel del suelo de nuevo, y tras pasar a través de un breve túnel, Raheem e Irene llegaron a una enorme cámara que se estrechaba en alto como el techo de una catedral. Cuando Irene resolló, mirando en alto, podía ver los arcos distantes excavados arriba de ella, y se paró asombrada de la determinación y la habilidad de los artesanos que habían arriesgado sus vidas para crear tal belleza.

—Hay muchos nombres para este lugar, pero el más común es El Mudo de la Roca. La historia dice que había una vez unos espíritus peligrosos y fantasmas del desierto que venían a este lugar cuando necesitaban pensar. No estaba permitido hablar, y más de un demonio en este lugar resolvía alejarse de una vida maléfica y decidía obrar sólo el bien.

Irene pensó que podía entenderlo. Había algo solemne en este lugar, algo relativo a la oscuridad que los recubría desde tan algo. Ella no podía imaginarse lo que podría ser hacer ruido o ser polémico aquí. Algo en este lugar te desnudaba de cualquier pretensión, cualquier pensamiento de conflicto. Ella podía sentir cómo su paz se filtraba en ella como agua a la roca y apretó la mano de Raheem, mientras intentaba transmitir su agradecimiento simplemente por el tacto.

Él le sonrió, y ella pensó que él entendía lo que le quería decir.

—Ven aquí. Todo este sitio es asombroso, pero hay aquí algo que quiero mostrarte.

Él la llevó por el borde de las paredes, y a unos cientos de pasos de donde salieron, le enseñó un mural. Tomó cierto tiempo a sus ojos acostumbrarse al resplandor de su casco, pero cuando vio lo que él le mostraba, dio un grito ahogado.

El mural, a mucha profundidad, y en uno de los puntos más remotos del país, era tan imponentemente vibrante y bello como lo había sido cuando el artista tocó con su pincel los suaves muros de piedra. Era una pieza vibrante pintada en rojos y dorados, la escena de una colección de animales y jardines en flor. Ella podía ver las franjas anaranjadas y negras de un tigre, el pelaje blanco de una garza, así como los gráciles lomos y los cuernos de un venado. Cada animal estaba reflejado con vívido y cuidadoso detalle, rodeado de frondosos bucles de helechos y árboles.

Era una obra de arte única, y alrededor de ella desfilaban palabras en caligrafía árabe.

—Narra una historia —dijo Raheem calmamente. Tomó asiento en el frío suelo de piedra, y cuando Irene tomó la mano que él ofrecía, la guió a sentarse en su regazo. Podía haber algo sexual, pero ella se dio cuenta de que no tenía ninguna connotación de ese tipo. Él sólo quería cederle el asiento más confortable y próximo a él, y ella se lo agradeció.

—Había una vez un gran señor que tenía una colección de animales tan hermosa que nunca antes se había visto nada semejante —leyó calladamente—. Había un hombre apuesto, bendecido en todo. Era un amante de mala fama, un guerrero temible y un gran hombre de estado, pero lo único que conmovía su corazón era su colección de animales. Su obsesión lo obligaba a disponer de una muestra excelsa de cada animal del mundo, y con ese fin, mandaba a sus hombres a recorrer los confines de la tierra. Trajo altas jirafas de Nubia, enormes lagartos de sangre fría de los trópicos de océanos distantes, gatos mortíferos del país llamado Fu Sang. Con cada animal que traía a su colección, se volvía más ávido, y mandaba a sus hombres más lejos.

“Un día, mientras recorría su preciada posesión, notó una pequeña corza en una de las jaulas. Era pequeña y delicada, perfecta en todos los sentidos, pero en una colección de espléndidos pelícanos y rinocerontes sagrados, no había casi nada especial en ella. Él empezó a proseguir su camino, cuando, para su enorme sorpresa, ella lo llamó.

»—Por favor, detente a escucharme —dijo ella— porque estoy sufriendo un maleficio muy poderoso. Mi padre es un mago que se ha peleado con un brujo, y en su batalla, me transformaron y me han mandado aquí. Por favor, si me ayudas te conseguiré victorias y riquezas, más de las que pudieras haber visto en la vida.

»El señor la miró y se encogió de hombros. Ya tengo riqueza y victorias. No necesito estas cosas, pero necesito una corza perfecta en mi colección de animales.

»Tras sus palabras, la corza quedó pasmada, pero finalmente le realizó su última oferta.

»—Si me ayudas, te amaré como jamás en la vida ha amado ningún humano.

»El señor se detuvo, pensando.

Raheem entonces se paró, pero Irene estaba tan transportada por la historia que le llevó un momento percatarse de que lo había hecho. Entonces ella lo golpeó con el codo, sin pensarlo. La historia tenía su encanto. No la había oído nunca antes, pero alguien la había adorado, había llegado hasta el Mudo de la Roca para pintarla.

Raheem meneó la cabeza, con expresión solemne en la cara.

Mi padre me trajo a este lugar cuando yo era solamente un niño —dijo— y me mostró este mural. Toda mi vida, he querido saber cómo acaba la historia, qué ocurrió entre la corza y el hombre al que ella prometió amar.

Estupefacta, Irene siguió el dedo de Raheem que señalaba el panel del mural que estaba algo más allá de donde estaban sentados. Para su asombro, había un enorme trozo de roca quebrado. Al sentirse ligeramente asqueada, se levantó para investigarlo. No se trataba del trabajo de la erosión, ni un

accidente, por lo que notó. Era un acto deliberado de robo. Alguien se había querido llevar una porción de ese mural, probablemente para venderlo, y simplemente lo habían arrancado de la roca en la que se había pintado. Lo que quedaba era el daño que probablemente tenía décadas, pero parecía estar en carne viva, como una herida que no se curara nunca.

Ella se volvió a Raheem, que la miraba con detalle.

—Eso ocurrió en los años 20 del siglo pasado —dijo él—, cuando Khanour padecía la dominación francesa. No teníamos ni el dinero ni la industria que tendríamos más tarde, y Francia llegó y agarró la mitad de todo lo que hacíamos y más si se hubiesen podido salirse con la suya. Era una época oscura para Khanour, que se hizo aún peor, porque los franceses no sólo se llevaron nuestro dinero. También se llevaron nuestros tesoros. A veces, dijeron que era porque carecía de importancia real, y los objetos en cuestión se podían comprar, incluso si era sólo por una nimiedad. A veces, decían que era porque no sabíamos cómo gestionar las cosas hermosas, y querían mantenerlas a salvo. Todo lo que supimos fue que hacia el fin de la dominación colonial francesa, nuestro país estaba culturalmente arruinado. Sólo queda todo lo que puede mantener la tradición oral. Esta historia fue una de las cosas que perdimos.

Irene se sintió disgustada cuando pensó en ello. Cada cultura del mundo tenía una herencia, y ver a Khanour privada de la suya, que Raheem trataba desesperadamente de preservar, era brutal. Ella se sintió demasiado vacía para las lágrimas. Ella sintió como si le hubiesen exprimido cualquier emoción.

Durante el resto de la tarde, ella y Raheem exploraron la iglesia, para maravillarse con los pedazos de historia que había aferrados a ella, a pesar de los saqueos y ladrones. Irene se impresionaba constantemente por cuánto había sobrevivido incluso tras tanta pérdida. Algunas piezas se habían retocado y protegido, mientras que otras habían sobrevivido simplemente gracias a que estaban realizadas por gente con un ojo dirigido a la historia y a aquellos que venían tras ellos.

Raheem permanecía mudo durante la vuelta. Mientras conducía con confianza segura sobre las dunas, ella no podía evitar deslizar miradas furtivas. Incluso en reposo, había algo terriblemente serio en su mirada. Era un hombre de una estirpe de guerreros. Habían protegido su país como si fuera un juramento secreto. Ahora que en el Mudo de la Roca, ella tenía una idea de lo que él trataba de proteger.

Ella estaba perdida en sus pensamientos cuando volvieron a la casa. Ella se duchó y se puso un vestido ligero, ya que necesitaba dejar atrás el peso de la gravilla y la arena. Él preparó una comida ligera para ambos, pero cuando él se la sirvió, ella retiró el plato.

—Raheem.

Él levantó la mirada, pasmado.

—¿Irene?

—Tengo algo que decirte.

Ella respiró profundamente, y le dijo todo. Le explicó cómo la habían reclutado, y cómo habían amenazado a su hermano. Le dijo dónde había ido y con quién había hablado. Su excelente memoria le aportó los nombres, direcciones, todo lo que podía necesitar. Irene habló hasta que su voz estuvo ronca, y

luego, finalmente, le reveló todo a él, todo lo que necesitaba saber.

A mitad del relato de ella, él había sacado su teléfono, anotando la información que le daba a sus hombres. Por su aspecto decidido, ella notaba que estaba absorbiendo cada fragmento de información, tomando todo lo que ella podía darle y transformándolo en acción que podía proteger a su país.

Irene deliberadamente no pensó en su hermano.

Cuando hubo acabado se desplomó en la silla. Se sentía como si hubiese estado plantando batalla durante semanas. Y en cierto modo, lo había hecho.

—Gracias...—empezó él, pero ella lo interrumpió.

—No me des las gracias —susurró ella—. Por favor. Sólo déjame que me libere de ello. No puedo pensar en ello esta noche.

Él parecía preocupado por las palabras de ella, pero asintió. Cuando no pudo comer su cena, él no protestó, y sólo se la llevó.

Esa noche, él la dejó en la habitación principal, mientras que él se fue a la pequeña. Ella podía oírlo hablando con sus hombres, planeando lo que querían hacer y cómo. Irene vació su mente de todo esto. Todo lo que sabía es que la cama era muy ancha, y muy vacía. Cuando las voces de la otra habitación se habían apagado, se puso en pie, y cruzó el recibidor para encontrar al hombre que era, por ley y derecho antiguo, su marido.

—¿Le haréis daño a mi hermano? —preguntó, con voz desnuda y asustada.

Él la quería demasiado para mentirle.

—No lo sé —dijo.

Permanecieron en silencio, Irene había pensado que lloraría, que gritaría, pero tras todo este tiempo, sólo había un vacío limpio y gris. Todo era tan silencioso en su interior que ella pensaba que se volvería loca si no se llenara.

—Hazme el amor.

En cualquier otra situación, el aspecto de sorpresa de Raheem habría sido gracioso. Él se volvió para mirarla con ojos desorbitados.

—Irene...

A pesar de la preocupación, ella veía el calor creciendo también en él. La noche anterior, él no había hecho otra cosa que darle placer. El recuerdo de la última vez que habían disfrutado de verdad estaba fresco en la mente de él, y ella podía ver que su pasión trataba de dominar a su razón. —Sé lo que deseo —susurró—. Necesito... salirme de mí. Es así como quiero hacerlo.

Raheem se lamió los labios, su mirada la recorrió incluso si ella podía ver cómo luchaba consigo mismo por lo que más convenía a ella.

—No sé si estás en una situación mental...

—Estaba en una situación mental adecuada cuando te di lo que querías saber —dijo, con voz tranquila—. Ahora dame lo que te pido.

Un estremecimiento lo recorrió. Ella sabía que en la guerra que libraba Raheem entra su pasión y su razón, la razón perdería. El aire entre ellos se hizo pesado con la promesa de sexo. El espacio entre ellos estaba tan cargado que una sola chispa hubiese causado que prendiera.

Irene podía notar los ojos de Raheem sobre ella, haciéndola más consciente de su cuerpo de lo que nunca había estado. Ella era consciente del peso de su ropa, del modo en que el pelo rozaba sus hombros desnudos, la manera en que su falda ligera rozaba sus piernas desnudas. A pesar de estar plenamente vestida, ella no estaba segura de haberse sentido tan desnuda jamás en la vida.

—Si no quieres lo que está ocurriendo aquí, deberías decírmelo ahora —dijo Raheem bajando el tono. Había una pizca de amenaza ahí, algo casi salvaje. Debería de haberle hecho correr, pero en cambio, ella estaba atraída por ello. Era el modo en que parecía que ocurría siempre con Raheem. Todo lo de él simplemente la atraía más intensamente, la hacía desearlo más.

—Sí... sí que lo quiero —dijo ella suavemente.

El fuego oscuro que llameaba en los ojos de él despertó algo ardiente en ella, algo que se enroscaba en su cuerpo, y le hacía notar la piel como si estuviera viva de electricidad.

—Esta es tu última oportunidad, Irene —dijo él advirtiéndola. Cuando él dio un paso hacia delante, ella pensó en una pantera acechando a su presa, con ojos brillantes para captar cada movimiento.

Irene tuvo que tragar dos veces antes de poder hablar.

—No quiero una última oportunidad —dijo claramente—. Te deseo.

Era como echar gasolina al fuego. Ella sintió más que oyó su suave respiración interior. En cuestión de segundos, él había cruzado la habitación hasta donde quedaba ella, la había cogido de un abrazo salvaje. Antes de que pudiera decir otra palabra, su firme boca se inclinó hacia ella. Él era cálido, tan cálido en todo lugar, bañando sus sentidos en la auténtica virilidad de su cuerpo. Su fuerza, su aroma, el ansia de su boca, todo ello la superó, y con un gemido de deseo, se dejó llevar.

—He querido esto desde el primer momento que te vi —gruñó él—. Cuando por vez primera puse mis ojos en ti, sabía que necesitaba saber cómo te sentías, cómo sonabas cuando gemías de placer.

Ella notaba la tensión que se enhebraba en el cuerpo de él. Él era todo aristas y músculos. Cuando él se desplazó, ella notó su miembro apretando contra su muslo. Sin pensar en lo que hacía, se apretó contra él. El contraste del cuerpo firme de él contra su suavidad casi la hizo marearse de ganas y placer.

La risa de Raheem era casi un quejido.

—Podrías arruinarme con un simple abrazo —gruñó—. Esa es la clase de poder que tienes sobre mí. Eso es lo mucho que te quiero.

Ella se rió un tanto de la idea de que alguien como ella fuera capaz de dominar a un hombre como Raheem. Había algo increíble en ello, pero Raheem parecía perfectamente serio.

—Tú podrías hacerme suplicar —dijo él, cogiéndola en brazos—. Podrías hacerme arrastrarme si no tuviera cuidado.

—No es eso lo que quiero que hagas —susurró ella roncamente, y su risa de respuesta fue dura.

—No, pienso que sé lo que podría gustarte, bella mujer...

Él la tumbó en la cama, donde un solo rayo de luna iluminaba las sábanas blancas. Por un momento, él simplemente la miró. Ella se preguntaba qué pinta debía de tener, desparramada en abandono salvaje en la cama. Él se aproximó a su vestido. Al principio, ella pensaba que él quería desabotonarle, pero cuando ella se acercó a ayudarlo, él atrapó el fino tejido y lo desgarró del todo. Ella contuvo el aliento con la fuerza de él y su propia repentina desnudez. Tumbada sobre las ruinas de lo que quedaba de su vestido, y sólo con sostén y bragas de color melocotón, nunca se había sentido tan expuesta. Con las pupilas dilatadas, ella lo miró, y notó su sonrisa sardónica.

Él comenzó a besarla, apoyando su peso en los hombros. Con sensación de completo dominio y deseo, él jugaba con la boca de ella, recorriendo con la punta de la lengua su labio inferior, antes de deslizar la lengua junto a la de ella con intimidad insinuante. Ella nunca había pensado que besar fuera un acto terriblemente erótico, a pesar de su intimidad, pero ahora ella notaba que sólo añadía gasolina a su propio fuego. Cuando él apretaba la lengua contra la de ella, era una taimada insinuación de lo que iba a hacer luego, y el cuerpo de ella respondía a ello.

Irene pasaba las manos por el cuerpo de él, frustrada porque aún conservara la ropa puesta. Ella tiró sin éxito de la tela, deseando poder arrancarla con la facilidad de él. Luego, deslizó las manos por sus costados, hacia sus muslos, y luego tomó con las palmas su acero ardiente. El roce íntimo de ella lo hizo gemir y, por un momento, ella pensó que había quebrado su férreo control de hierro. En cambio, él retrocedió con una risa leve.

—Chica lista, pero demasiado lista, creo, demasiado lista.

Ella empezó a preguntar qué pensaba hacer él al respecto, pero entonces, él se lanzó a uno de los jirones de su vestido. Antes de que Irene pudiera imaginarse lo que él estaba haciendo, este atrapó sus muñecas, enlazándolas con la tela, antes de atar los cabos sobrantes a las barras del cabecero de la cama. Ahora estaba estrujada bajo él, con las manos indefensas sobre la cabeza. Podría haber sido espantoso, pero había algo en ella que ansiaba ser tan abierta, tan indefensa frente a un hombre en el que, según se iba percatando, confiaba de manera tan profunda.

—Bueno, ¿qué vas a hacer conmigo ahora?— preguntó ella, y de algún modo, le salió más sensual que asustada.

—Exactamente lo que deseo hacer —respondió, y comenzó a volverla loca.

Ella podía notar la electricidad entre ellos. Si ella era honesta, había estado allí, coloreando sus encuentros desde la primera vez que uno puso los ojos en el otro. A pesar de esa electricidad que quemaba a mayor voltaje que nunca, Raheem actuaba como si no notara nada. Como un hombre con todo el tiempo del mundo, empezó a rozar su piel desnuda poco a poco, primero con las yemas de sus dedos, y luego con sus palmas. Pasaba las manos de arriba abajo, por su cuerpo, para sensibilizar su piel hasta que se estremecía.

Con la misma fuerza descuidada que había usado con su vestido, arrancó sus bragas, para dejarla

jadeando por su desnudez. Raheem sólo se rió, cuando palpó su carne suave ahí, verificando su suavidad y humedad.

—Se te nota aquí tan suave —murmuró él—. Como si me desearas. Como si estuvieras lista para mí...

Ella lloriqueó mientras él trazaba un recorrido con un dedo burlón, por toda su raja, deslizándose contra la suave piel, antes de separar sus pliegues con una mínima presión. Ella podía notar lo húmeda que estaba, y eso fue antes de que sus dedos subieran para encontrar su clítoris. Con sólo una pequeña presión, ella recostaba sus caderas para encontrarse con él. Sus talones se hundieron en el fondo de la cama, mientras gimoteaba deseando más.

—Mira lo caliente que estás —se maravilló Raheem—. Tan hermosa...

Con un ligero movimiento, él deslizó un dedo en su calidez, para mojarlo y traerlo de vuelta a su clítoris. Su toque la volvió loca, pero ahora estaba casi gimiendo de desesperación. Ella podía sentir la presión de su propio clímax que crecía en su interior. Ella sabía que sólo con que... siguiera ... tocándola de esa manera, sería inevitable.

Justo cuando ella estaba temblando al borde del término, él retiró su mano, para hacerle gimotear.

—No, por favor, más —gritó ella, demasiado llena de ansia para preocuparse incluso de cómo sonaba—. ¡Por favor, Raheem, necesito más!

La risa de él era un gruñido ronroneando, y él empezó a tocarla de nuevo. Ella apretó los ojos cerrados, luchando por volver al lugar donde se encontraba antes. Pronto, su cuerpo empezó a temblar, a poner tenso y él retiró nuevamente la mano.

Ella no tenía palabras esta vez; Irene sólo se quejó en voz alta, con los ojos bien abiertos que coincidían con los de él. Irene estaba impresionada de ver que en vez de reírse de ella, su mirada era tan desesperada por el ansia como la de ella.

—Por favor —suspiró ella— ¿Conmigo?

Él pareció entender exactamente lo que ella quería decir. Él se levantó de la cama, para deshacerse de la ropa bruscamente antes de alcanzar el cajón de la mesilla. Ella miró con las pupilas dilatadas cómo se enfundaba un condón. Nunca habría podido imaginar lo sensual que era ver un hombre con las manos en su propio falo, preparándose para ella.

Cuando él se giró, vino a apretar su longitud completa sobre ella.

—¿Es esto lo que quieres? —preguntó él—. ¿No es así?

Con un grito apagado, ella asintió. Si hubiese podido, lo habría abrazado. En cambio, sus brazos estaban maniatados sobre su cabeza, apretándola indefensa bajo él.

Él se colocó de modo que las piernas de ella quedaran bien abiertas y se tumbó entre ellas. Ahora ella notaba su orgullo miembro duro contra su piel. Ella lo sintió apretando su rabo contra su entrada, y entonces con un movimiento suave, la penetró, sin parar hasta que estuvieron unidos tan cerca como pudieran estar nunca. La sensación de llenarse después de las dos provocaciones previas era exquisita, y

por un momento, Irene cerró simplemente los ojos, respirando por el puro placer de ello.

Ella no pudo deleitarse demasiado tiempo, en cambio. Con un alarido profundo que parecía resonar en los cuerpos de ambos, él comenzó a embestirla, aullando mientras se movía encima de ella. De algún modo, ella consiguió levantar los talones, de modo que podía apretar en alto contra él para incrementar el placer de ambos, y volverlo aún más salvaje.

Irene podía sentir cómo crecía el placer salvaje de su interior y, esta vez, ella sabía que no habría provocaciones, ningún momento en el que él pudiera parar. En cambio, las sensaciones que sacudían su cuerpo se elevaron más y más alto hasta que llegó un momento en que pensó que no lo aguantaría ni un momento más, y estallaron en un clímax que destapó un grito desgarrador de su garganta. Sus piernas se enlazaron alrededor de las de Raheem, mientras la electricidad bailaba por sus huesos, para hacer que gritara sin control una y otra vez.

Cuando remitió la primera avalancha de sensaciones, ella podía notar cómo Raheem alcanzaba su propia crisis, mientras sus estocadas se hacían menos suaves y más frenéticas. La clavó fuertemente una última vez, sacudiéndose como si se helara encima de ella. Se le ocurrió, perdida en su placer, lo apuesto que era él de verdad, y la manera en qué la belleza se grababa en cada línea de su cuerpo.

En cambio, él se agachó para besarla cortésmente antes de llegar para desatarla. Ella se incorporó sentada, quejándose un tanto mientras la vida volvía a sus manos y muñecas.

—¿Te duelen? ¿No estaba demasiado prieto? —preguntó él, y ella le sonrió un tanto, tímida por lo que había pasado hace pocos minutos, mientras gritaba su placer tan alto que resonaba en la habitación.

—Era la primera vez que alguien me hacía algo así —confesó ella—. No, no creo que estuviera demasiado prieto en absoluto.

Una ligera sombra oscureció la expresión de él, e Irene se apresuró a lanzar sus brazos alrededor de él. Ambos estaban ligeramente resbaladizos de sudor, agotados, pero había suficientes ganas en ella para tocarlo y reconfortarlo si lo necesitaba.

—¿No te he hecho daño, no? —preguntó él.

—En ningún momento —prometió ella—. Ha sido ... impresionante. Era maravilloso.

Él suspiró, cubriendo con su robusto brazo desnudo los hombros de ella.

—Nunca antes había sentido lo que siento por ti —confesó él—. Es... más que algo preocupante lo rápido que nos hemos...

Algo en el modo en que él hablaba le hizo levantar la mirada a Irene, incluso si estaba exhausta.

—¿Nos hemos qué? —ella preguntó, pero él estaba meneando la cabeza.

—No —dijo él—. Habrá tiempo para hablar de esto más tarde. Ahora mismo, deberíamos dormir.

—Tengo miedo de dormirme —dijo ella francamente—. Tengo miedo de lo que me puedan traer mis sueños.

Raheem se apenó un tanto con ello, pero la apretó fuerte contra sí. Incluso cuando el corazón de ella estaba machacado por lo que había hecho, había un cierto consuelo en ello.

—Ahora duerme —dijo él—. Yo mantendré a raya a tus sueños.

Ella suspiró suavemente, cerrando los ojos. El sueño ya la estaba alcanzando, y esta vez, cuando ella lo notó, sus sueños eran profundos y tranquilos.

Capítulo Siete

Irene se despertó con el sonido de hombres hablando. Por un momento, ella se quedó tumbada en la cama, desembarazándose de los retazos de sueños que no podía recordar suficientemente. Entonces, se dio cuenta de que las voces eran reales y no formaban parte de sus sueños, y se incorporó. Despacio, se vistió y se aventuró en el salón.

Raheem estaba allí, conversando con dos hombres vestidos de negro. Sus voces eran graves y serias, y cuando la miraron, se pusieron firmes con respeto. Raheem vino a quedar de pie cerca de Irene.

—Buenos días —dijo ella, consciente de que su voz era débil—. ¿Qué sucede?

—Estos hombres forman parte del cuerpo especial creado para luchar contra el crimen internacional. En breve, me uniré a ellos.

—Vas donde está mi hermano —dijo ella débilmente— Vas a encontrarlo.

Él dudó un momento, y luego asintió.

—Así es, Irene, ahora mismo, tienes una elección.

Irene lo miró. Se sintió atrapada entre algodones, sus palabras llegaban de muy lejos.

—¿Una elección?

—Sí. Tengo aquí a un hombre que te llevará de vuelta a la ciudad. Tiene instrucciones de llevarte a un hotel, uno de los que regenta mi familia. Todas tus cosas te están esperando, igual que un billete.

Ella parpadeó. Ella sabía que él había dicho que le permitirían dejar Khanour si lo deseaba cuando acabara la semana, pero ella en realidad no se lo había creído.

—El billete te llevará a la ciudad de Nueva York —dijo él— y junto con ello, hay órdenes de pago para ayudarte a instalarte donde quieras ir después. Es lo menos que puedo ofrecerte por la ayuda que has aportado, aunque haya sido reticentemente.

—Tú has mencionado una elección.

—Sí. —Le llevó un momento a Raheem, calmarse, y cuando habló, había cierto temblor.

—También puedes quedarte en el hotel. Yo llegaré tras el ataque. Después del asalto, podremos hablar de lo que ocurra después, de lo que realmente hay entre los dos. Si sigues ahí, sabré que quieres algún tipo de futuro conmigo. Si te vas... bueno, ya es otra cuestión.

Ella lo miró, sintiéndose aún sofocada por los algodones. Sus pensamientos se arremolinaban con imágenes y miedos sobre su hermano, pero había mucho más que eso. También estaba el fantasma de las manos de Raheem recorriendo su cuerpo, el modo en que cuidaba de ella, la tocaba, la hablaba. Las imágenes daban vueltas a su alrededor hasta que pensó que se desmayaría. Cuando Raheem se aproximó, a tocarle el pelo, ella tembló, pero no lo rechazó.

Raheem retiró la mirada, como si estuviera receloso, y fuera extraño o ridículo. ¿De qué tenía que

tener miedo un hombre como él?

—Espero que estés esperándome cuando vuelva a la ciudad —dijo solemnemente—. Pero si no estás...

Él dudó, y luego se inclinó hacia ella. Ella no tenía ni idea de lo que haría, si quisiera besarla, pero solamente llegó suficientemente cerca para decirle al oído.

—Te amo. Por favor, espera.

Ella quedó congelada, incapaz de entender las palabras que había oído. Uno de los hombres llamó a Raheem, y él levantó la mirada. Miró como si quisiera decirle algo más, pero entonces él asintió. Ya había dicho todo lo que había que decir.

Raheem y los otros hombres del cuerpo especial se marcharon, mientras que otro hombre se quedó, este vestido con uniforme de piloto.

—Señora, cuando se encuentre lista, volvemos a la ciudad.

—Por supuesto —dijo ella débilmente—. Estaré lista en sólo un momento.

El resto del día pasó en un suspiro. La llevaron primero en avión y luego en coche hasta el corazón de la Khanour metropolitana. Irene no podía evitar mirar por la ventana el mundo que había estado haciendo tic tac mientras que ella estaba primero en prisión y luego en medio del desierto. Notaba como si todo hubiese cambiado en cierto modo, o quizás era ella la que había cambiado.

En la suite lujosa, Irene no paraba de caminar. El billete que Raheem le había prometido reposaba en una funda de piel en el escritorio. Se acercó dos veces a tocarlo, y dos veces lo rechazó. Ella sabía que podía cogerlo, tomar el avión, irse y forjarse una vida en los Estados Unidos. En menos de un día de viaje, Khanour se volvería un capítulo extraño más en la historia de su vida. Peter... quizás había cosas que podría hacer por él en los Estados Unidos, políticos a los que dirigirse o personas para organizar movilizaciones.

Por fin, Irene cogió los billetes. Se hacía raro tener derecho a ir donde quisiera, cuando quisiera.

Tomó la decisión, y metió el billete en la maleta.

Dos días más tarde, Raheem se despertó de una cabezadita para descubrir que la operación había concluido del todo. Los ladrones habían estado mejor conectados de lo que pensaban, y habían tomado todo un sistema de cuevas cerca del desierto. La lucha había sido inesperadamente intensa, y cerca del final, su brazo se había rasguñado por una herida de bala. No era suficiente para detenerlo, pero redujo su ímpetu.

—Su Majestad, hemos encontrado al americano con el que nos dijo queuviéramos cuidado.

Raheem se puso tenso.

—¿Ileso?

—Sí, señor.

Raheem se incorporó, caminando hasta la tienda donde decían que se encontraba Peter Bellingham. Él pensó que estaba preparado, pero cuando vio la cara de Peter, aún sintió una punzada.

No eran idénticos, pero no había duda de que eran hermanos. Él tenía la misma tez clara, ojos azules, pómulos salientes y pelo rubio. Ahora mismo, parecía exhausto y receloso. Cuando Raheem se fijó con detalle, podía notar heridas más antiguas en sus brazos y piernas, cosas que habían ocurrido bien antes del ataque de hoy.

Raheem se sentó enfrente del hombre, y Peter lo miró sin decir palabra. Raheem se preguntó brevemente qué haría si el hermano Bellingham era otro defensor del trato silencioso.

—Es usted un hombre que ha estado últimamente bajo bastante discusión, señor Bellingham —dijo finalmente—. Hablemos de ello...

Seis horas más tarde, condujeron a Raheem en coche de vuelta a la ciudad. Sus hombres podrían llevar a cabo el resto. Había solucionado lo de Peter. Ahora estaba libre para pensar en Irene.

Era seriamente consciente de que podría no volver a verla jamás. Si había decidido que no quería estar con él, quizás era lo mejor, pero había una parte de él que rugía contra ello. Si se había ido a Nueva York, no quería nada más que ir a buscarla y traerla de vuelta. Quería enfrentarse a ella y hacerle darse cuenta que una conexión como la que tenían no se encontraba tan rápido, y que no debería de tirar por la borda apresuradamente.

Él aparcó esos pensamientos. Si Irene se había ido, él respetaría su decisión. Tenía que hacerlo.

Cuando Raheem volvió a la ciudad, se detuvo en su ático brevemente para ducharse y afeitarse. Vestido de nuevo de civil, tomó su propio coche para ir al hotel desde donde había encomendado a su chófer que la llevara.

Cuando preguntó por ella, sin embargo, el hombre del mostrador le dijo que había dejado la habitación. Raheem se sintió como si el suelo bajo sus pies se hubiera abierto para tragarlo. No le quedaba nada que hacer sino quedar en pie petrificado, pero, finalmente, empezó a moverse. Salió fuera hacia la luz menguante del atardecer y se preguntó qué es lo que venía ahora.

—¡Raheem!

Al principio, él pensó que ella era producto de su cerebro febril, una última extraña alucinación, antes de que tuviera que dejarla para siempre. Luego, Raheem se percató de que era Irene, y se volvió.

Había algo distinto en ella, cuando era una mujer libre. Estaba vestida con un vestido de lino negro que hacía resplandecer su piel, y cuando ella lo miró, estaba sosegada.

Él caminó hasta ella, pero antes de que él pudiera ceder a su instinto de abrazarla, se detuvo.

—Tu hermano está libre —le dijo.

Ella lo miró, con sus ojos azules desorbitados.

—¿Qué?

—Lo encontré, y está ileso. Al menos no ha sido herido por mis hombres. Los bandidos no fueron demasiado amables con él. Sin embargo, hablamos, y llegamos a un acuerdo. Tras un tiempo en una casa

de cura, entrará en el cuerpo de conservación del museo. Tendrá un empleo y un código de conducta. Si juega, será despedido.

Irene miró a Raheem tapándose la boca con las manos. No podía creer lo que él decía, pero sabía que era un hombre que simplemente no mentía.

—¿Salvaste a mi hermano? —preguntó alzando la voz.

Él asintió, y por vez primera, ella pudo ver la extenuación de sus ojos. Debía de haber venido directamente del desierto.

—Sí que lo hice —dijo él—. Hablé con él, y él era tan víctima como lo fuiste tú, en muchos sentidos. No era justo encarcelarlo, no más de lo que era encarcelarte a ti. Pero tú, podías haber oído esto en una llamada de teléfono, poco después. ¿No se supone que estabas volando a Nueva York?

Irene sacudió la cabeza.

—Era la decisión más sensata —dijo suavemente—. Sé que lo era. Khanour ahora tiene muy malos recuerdos para mí.

—Pero aquí estás.

Ella lo miró, un tanto tímida a pesar de todo lo que habían pasado juntos. Había tanto que ella no sabía sobre él, pero pensaba que en lo importante, en eso era bien conocido para ella.

—Aquí estoy —dijo ella—. Me di cuenta de que algunos de los mejores recuerdos de mi vida también estaban aquí. Raheem, siento no haber podido decírtelo hace tres días. Entonces lo sabía, pero no podía, no con todo aquello entre los dos.

—¿Y ahora que son distintas las cosas?

—Te amo —dijo ella, antes de lanzarse en sus brazos —Te amo, te amo. No quiero estar sin ti...

De alguna manera, ella se encontró en los brazos de él, y era como si fuera ahí donde hubiese querido estar la vida entera. De algún modo, la vida, con sus quiebros y giros inesperados la había conducido hasta este hombre, y ahora que estaba a su lado, nunca lo abandonaría.

—¿Te quedarás? —le susurró él— ¿Te quedarás conmigo?

—Sí que me quedaré —dijo Irene, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. Dios, lo siento, me da la impresión de que no he parado de llorar desde que te he conocido.

Deliberadamente, él se agachó y la besó mientras secaba sus lágrimas, lo que la hizo sonreír y aferrarse a él aún más estrechamente.

—¿Es esto para siempre? —preguntó ella, sosegada—. ¿Tú y yo tendremos esto siempre?

Él se echó atrás para mirarla, y ella no podía imaginar un hombre que pudiera hacerle sentir más. Este hombre era su marido, el que sería el padre de sus hijos, el que haría latir su corazón más rápido con una simple mirada o palabra.

—Sí —dijo Raheem, y cuando ella dijo la palabra, tenía toda la fuerza de una orden imperial—. Esto que existe entre los dos durará para siempre, y quedará escrito mil veces, para que no se olvide jamás

Ella pensó en el mural del desierto, en el tiempo que pasó en el oasis, en su hermano y en todo el miedo y el dolor por los que había pasado. Entonces, con una risa gozosa, Irene se lanzó en los brazos de Raheem, porque ella sólo podía pensar en ambos juntos.

FIN

[¡PINCHE AQUÍ](#)

**para suscribirse a nuestro boletín y conseguir EXCLUSIVOS
adelantos, actualizaciones en todas las ofertas, y nuevos lanzamientos!**